



KELLY DREAMS

Eternamente

Tygrain

LOVER TYGRAIN AL-HANAK 2



KELLY DREAMS

Eternamente

Tygrain

LOVER TYGRAIN AL-HANAK 2

ETERNAMENTE

TYGRAIN

(*Lover Tygrain Al-Hanak 2*)

Kelly Dreams

COPYRIGHT

ETERNAMENTE TYGRAIN

Lover Tygrain Al-Hanak 2

© 1ª edición junio 2018

© Kelly Dreams

Portada: ©

Diseño Portada: Kelly Dreams

Maquetación: Kelly Dreams

Quedan totalmente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

DEDICATORIA

A mi **Lucinda Cb**, por su cariño, sus palabras de ánimo, las risas compartidas... Eres una persona de lo más especial, no cambies jamás.

A **Mary Andrés**, gracias por formar parte de esta familia virtual, por acompañarme cada día en esta locura y por tus ánimos.

A mi **Cari**, que sepas que los unicornios son culpa tuya jajaja. No cambies, nena, eres un amor de persona y me encanta tenerte en el grupo.

A mi **Ele Sánchez**, porque has sido, eres y serás siempre uno de mis grandes amigos. Te quiero un montón, que lo sepas.

A mi **Maty Encinas, Maria Cristina Conde, Gemma Riancho y Tania Castaño**, no os hacéis una idea de lo mucho que ha significado para mí el poder conoceros por fin en persona. Me habéis dado las mejores horas y días que he tenido en mucho tiempo. Viajes como este sí que merecen la pena solo por veros.

Y un agradecimiento muy especial a **María Rivera, Marisa Guerrero, Kris Martin y Carolina Castillo** por estar siempre dispuestas a echarme una mano y hacerme ver las cosas a través de sus ojos.

Y, por último y no menos importante, una mención especial a mis compis de pluma, **Marisa Citeroni** y **Cristina Roswell** a quienes he tenido la fortuna de conocer un poco más virtualmente o en persona, sois fantásticas, chicas, no cambiéis nunca y seguid con ese pensamiento tan único y verdadero.

Gracias a este mundo que es la literatura, a la ventana al mundo que es el Facebook y a la especial unión que se ha dado en el grupo **Facebookeras**, hoy por hoy tengo la gran suerte de llamar amigas a muchas personas y saber que lo son incluso en la distancia.

Es a ellas a quién va dedicado íntegramente este libro.

ARGUMENTO

Jasmine Mukhtar estaba convencida de que el karma la odiaba, prueba de ello era que su regreso a Bahir vino acompañado de un ataque en pleno desierto que cambió su futuro en un abrir y cerrar de ojos. De pronto se encontró luchando no solo por su vida, sino por la del príncipe *tygrain* que el destino volvió a poner en su camino y a quién había jurado proteger.

Sharif Al-Hanak tenía en mente dos cosas: Capturar a los bastardos que estaban sembrando el caos en las tribus del desierto y llevarlos ante la justicia. Una tarea sencilla que, sin saberlo, lo conduciría a una trampa mortal en la que no solo estaría a punto de perder la vida, sino que también pondría en su camino a la única mujer a la que un *tygrain* no podía resistirse.

Unidos por una promesa, un príncipe *tygrain* y su guardiana deberán poner a prueba el vínculo que los une y enfrentarse a los secretos de un pasado que nunca debió ser desenterrado.

ÍNDICE

[COPYRIGHT](#)

[DEDICATORIA](#)

[ARGUMENTO](#)

[ÍNDICE](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

EPÍLOGO

SOBRE LA SERIE AL-HANAK

«Aquí dio comienzo mi legado, mi vida y perpetuidad. Aquí fui reclamado, aceptado y amado. Nunca nadie pidió mayor regalo y nunca nadie lo pedirá, pues no reside en pedir si no es dar. Aceptad vuestro destino, hijos míos, pues en él se encuentra la vida y la única eternidad».

Manuscritos de la Maktabat Alshra

CAPÍTULO 1

—Entonces, ha llegado tu hora.

Sharif dejó salir la pregunta mientras sentía como el estómago se le encogía a medida que el suelo iba quedando por debajo de ellos. Tiró de los anclajes del cinturón de seguridad solo para comprobar, como tantas otras veces, que estos seguían en su sitio.

—Lo dices como si el matrimonio fuera igual que encontrar la muerte. — La voz de su compañero, y piloto de ese infernal aparato, le llegó a través de los auriculares amortiguando un poco el sonido del motor que hacía girar las hélices del helicóptero—. Puesto que conoces a mi prometida, esperarías que vieses que estoy más cerca de alcanzar el cielo que de irme a la tumba.

—¿La conozco? —preguntó girando la cabeza en su dirección, su sorpresa era genuina.

La carcajada fue instantánea e hizo que se encogiese ante el sonido amplificado a través de los auriculares. Sus oídos eran demasiado sensibles para estos malditos aparatos.

—Sí, Shar, la conoces —confirmó risueño—. Fue compañera de juegos de tu hermano pequeño, según tengo entendido.

—¿Compañera de juegos de Tarek? ¿Tienes idea de la cantidad de compañeras y compañeros de juego que ha tenido ese gatito a lo largo de su vida?

Su hermano era una persona amistosa por naturaleza, le gustaba tanto estar rodeado de gente, como encerrarse a solas en la biblioteca con un libro y no volver a salir en días.

—Más que tú, seguro, gato ermitaño.

Puso los ojos en blanco.

—¿Vas a decirme por fin el nombre de tu prometida?

—Jasmine. —Lo miró de soslayo—. Una suculenta morena con los ojos más azules que te puedas imaginar. Es la hija del consejero Mukhtar.

—¿Una hija de la segunda familia? —Aquella era una pregunta retórica y ambos lo sabían.

—El matrimonio fue concertado hace tiempo, una alianza provechosa.

Sí, lo era, pensó él. Jason pertenecía a la tercera familia; Abdul Wahid, una de las primeras tribus de Bahir. Era el segundo hijo, mientras su hermano, Alí, ostentaba desde hacía ya unos años el cargo de jefe, heredado de su difunto padre.

La tercera familia era sin duda la que más arraigada estaba a las antiguas tradiciones, su hogar se encontraba en Khuzayma, una ciudad amurallada que formaba por sí misma un oasis en medio del basto desierto baharí. Su economía se basaba tanto en la ganadería, como en la explotación minera. De hecho, eran los propietarios del yacimiento de *granate demantoide* más grande de los Emiratos Árabes, una de las piedras preciosas tradicionalmente consideradas como de las más raras del mundo.

—Es una mujer agradable, inteligente, educada en nuestras costumbres...

—¿De verdad quieres casarte con una mujer así?

—...y ha pasado buena parte de su vida en Europa, con lo que tiene una visión de la vida bastante... interesante.

—Lo mejor de ambos mundos, ya veo. —Sacudió la cabeza con gesto burlón—. ¿Eso quiere decir que voy a tener que sufrirte en plan tortolito hasta la boda? Empiezo a pensar que sería beneficioso para mi salud cambiar de guardián.

—Buena suerte si esperas encontrar a alguien que te aguante todo lo que te aguanto yo, alteza.

—Me conformaré con que no sea tan cargante.

—Hieres mi pobre corazoncito, Shar —canturreó dedicándole una mirada de soslayo.

Puso los ojos en blanco ante la recurrente frase que solía utilizar. Era una de las pocas personas, más allá de sus hermanos, que se atrevía a decirle lo que le venía a la cabeza, su boca no tenía filtro y, para alguien criado en los estrictos protocolos palaciegos, era todo un regalo. Por otro lado, como miembro de una de las tres familias originales de Bahir, Jason también era consciente de su naturaleza *tygrain*, lo que le permitía ser él mismo.

—Sabes que tendría que picar piedra para llegar hasta él, amigo mío.

Se echó a reír, ambos sabían que esa apreciación podía ir en ambas direcciones.

—De acuerdo, ¿cuándo es el enlace?

—¿Ya quieres perderme de vista?

—Antes o después tendrías que abandonar la soltería. —Se encogió de hombros y se obligó a fijar la mirada en el horizonte. Odiaba viajar en helicóptero, era un felino y le gustaba demasiado estar en el suelo—. Es mejor hacerlo con alguien a quien conoces y por quien tienes sentimientos que con una completa desconocida. Tú al menos tienes posibilidad de elegir.

—¿Estás lloriqueando, gatito?

Sonrió de soslayo y lo miró.

—No me da la vida para tanto, además, solo me quedan un par de años y, después de eso, seré libre para hacer lo que desee.

—Dos años en los que podrías encontrarla, Sharif, a tu compañera.

—¿A alguien a quién no conozco de nada, con quién tendré que compartir el resto de mi vida y quién, dados los resultados de los últimos enlaces de mi raza, podría resultar ser una humana ignorante de su existencia?

—A Kaliq no le fue tan mal.

—La ignorancia de Sarah ante su naturaleza casi causa la muerte a ambos. —No pudo evitar que su felino emergiese a través de su garganta, gruñendo—. Quiero a mi hermana, porque Kaliq la ama y ha cambiado su mundo, pero no sé si eso es lo que yo quiero. A veces pienso que sería mejor ser solo un humano, entonces mi felino me muerde el culo y hace que me pregunte qué clase de mujer me espera ahí fuera. Y ese es el pensamiento más aterrador de todos.

—Eres más humano de lo que crees.

—¿Lo dice el tío al que mordí nada más conocerle?

Jason se levantó la manga dejando ver la horrible cicatriz que le habían hecho sus dientes y la pulsera de tres vueltas con cuentas que llevaba en la muñeca.

—Bueno, esto me ganó un puesto muy ventajoso, por no hablar de que te recuerdo que, si algún día me pasa algo, tú te harías cargo de cuidar de todo lo que es mío.

—¿Puedo retractarme?

—Ya es un poco tarde para eso, ¿no te parece? —Agitó la pulsera en un simbólico recordatorio.

Sus palabras vinieron acompañadas de la presión de su propio cuerpo pegándose contra el respaldo del asiento cuando este movió la palanca de dirección del aparato.

—Joder, Jason, avisa antes de hacer eso.

Él se carcajeó.

—No sé cómo puedes subirte en el jet con tanta facilidad y que aquí se te encojan hasta los huevos.

—En el jet al menos no me da tiempo a ver el suelo antes de tocarlo —gruñó luchando por mantener el tipo—. Odio volar, pero eso no es suficiente para que deje de rastrear a esos hijos de puta que se han pasado los últimos meses sembrando el caos en nuestras tierras.

Los conflictos habían dado comienzo hacía poco más de tres meses, al principio habían sido pequeñas escaramuzas, alguna cabeza de ganado

desaparecida y localizada después muerta, riegos saboteados... Todo parecía apuntar a una de tantas disputas entre tribus vecinas, pero aquello cambió la noche del primer incendio. Habían arrasado uno de los asentamientos nómadas hasta convertirlo en cenizas y lo habían hecho con sus habitantes todavía en sus tiendas y hogares. Aquello no había sido cosa de lugareños, ni siquiera de rebeldes, parecía el tipo de operación de un grupo armado, preparado para plantar el miedo y dejar muerte a su paso.

—Nuestros servicios de inteligencia no acaban de confirmar quienes son o su procedencia —comentó con voz fría—. Hablan de terrorismo, de posibles células durmientes, apuntan al mal actual sobre este maldito mundo.

—¿Yihadistas?

—Sí, pero no encaja. No es su *modus operandi*, además, hasta el momento no han reclamado la autoría y esos hijos de puta no iban a dejar de colgarse medallas si todo esto fuese obra suya.

Sacudió la cabeza y luchó con las náuseas, concentrándose en el territorio, en peinarlo con su aguda vista.

—No, esto tiene que venir de otro lado, pero, ¿de dónde? ¿De quién? Y más importante aún, ¿por qué?

—Antes o después lo descubriremos —declaró y le guiñó un ojo—. Sujétate las rayas, gatito, vamos a virar.

La maniobra le puso el estómago por corbata. Odiaba volar, lo odiaba con todo su ser, pero no podía dejar este asunto en otras manos. Kalik estaba teniendo un infernal momento en palacio con los asuntos políticos y Tarek estaba ocupado ayudando en las tareas de reconstrucción y en realojar a los damnificados de los recientes atentados en la línea de la frontera. Cada uno tenía una misión y la afrontaban lo mejor que podían, incluso Sarah se había puesto al frente de la parte económica y empresarial del sultanato con la ayuda y asesoramiento del consejero Mukhtar.

Respiró profundamente, tragó el nudo de saliva que se le había alojado en la garganta y retomó la tarea de rastrear el territorio desde el aire.

—Dirígete hacia ese desfiladero. —Le señaló un área rocosa a la izquierda—. Y bien, ¿vas a decirme cuándo demonios es la ceremonia o tengo que adivinarlo?

—Nuestras familias lo están... concretando —replicó mientras maniobraba—. Esperamos su visita para estos días, para alguno de ellos.

—¿Alguno de ellos? —chasqueó—. Ya veo que tienes unas ganas locas de contraer matrimonio.

Se encogió de hombros.

—Tengo prioridades, alteza, un trabajo a tiempo completo, quién acepte desposarse conmigo tendrá que tenerlo presente —replicó sin mayor acritud—. Y, dado que ella pertenece a la segunda familia, entenderá perfectamente que nuestro deber para con los Al-Hanak está primero que todo lo demás.

—Esa lealtad un día te llevará a la tumba.

—Mientras no sea hoy. —Se encogió de hombros y lo miró de soslayo—. Mira que tendrías que hacerte cargo de mi prometida si la diño.

—Ni muerto.

—Lo prometiste y ya sabes qué significa eso. Todo lo mío es tuyo si la palmo y todo lo tuyo es mío, si tú la diñas. —Se pasó la lengua por el labio inferior—. Creo que salgo ganando, Shar.

—No pienso hacerme cargo de ninguna mujer que no sea la mía propia, Jason, así que procura mantenerte con vida durante muchos años —resopló—. No le haré a mi compañera lo que mi padre le hizo a la suya. ¿Lidiar con dos mujeres? Ni loco.

—En ese caso, procura que la mujer que te llene el ojo sea tu compañera, amigo mío, así no tendrás que romperte la...

Su voz se apagó, su rostro se arrugó ligeramente mientras jugueteaba unos momentos con los botones de la radio. Su tigre se agitó al momento, notando la repentina tensión en el habitáculo; algo no iba bien.

—¿Qué pasa?

—Alguien está enviando un S.O.S. a través de la frecuencia para

emergencias —informó y, acto seguido escuchó lo mismo que había cambiado el humor de su compañero a través de los auriculares.

«Bajo fuego enemigo... emboscada... atrincherad... joder, ¡al suelo!... mierda... Alguien... ».

—Control de Bahir, aquí SAQR-4289Al-Hanak, reportando una señal de socorro en las coordenadas: $25^{\circ}32'51''N$, $59^{\circ}33'30''E$. Ataque desconocido a civiles.

La estática inundó los auriculares durante unos momentos, entonces se escuchó la voz de un hombre

«Aquí control de Bahir, recibido SAQR-4289Al-Hanak. Pasamos las coordenadas a las fuerzas de seguridad».

Su felino salió a la superficie en un intenso gruñido, muy en consonancia con su propia respuesta humana.

—Las fuerzas de seguridad tardarán tiempo en llegar y nosotros estamos ya en el aire —declaró mirando por la ventana, olvidando su incomodidad y dejando que su felino tomase las riendas—. Pon rumbo a las coordenadas.

—Sí, claro —replicó con palpable ironía—. No voy a llevarte a un lugar en el que están pegando tiros vete tú a saber a quién y por qué motivo, alteza.

—Bien, pues entonces desciende, aterriza e iré corriendo.

—Por encima de mi cadáver.

Lo miró dejando que el felino se reflejase en sus ojos.

—Deja el melodrama para tu prometida y pon rumbo a esas coordenadas, Jason. Ahora.

Masculló algo en voz baja mientras obedecía.

—Eres el príncipe más irritante al que me ha tocado proteger —replicó, entonces se dirigió de nuevo a la radio—. Control de Bahir, aquí SAQR-4289Al-Hanak. Cambio rumbo a $25^{\circ}32'51''N$, $59^{\circ}33'30''E$. Estamos a diez minutos de la localización de la llamada de socorro. Paso a sobrevolar en modo reconocimiento. Corto.

—Recibido SAQR-4289Al-Hanak.

Se giró hacia él y lo apuntó con un dedo.

—Que sepas que si me abren un expediente será por tu culpa.

Puso los ojos en blanco y señaló la consola con un gesto de la mano.

—Ponte en contacto con Samad, infórmale del cambio de ruta y de nuestras intenciones.

—Querrás decir, de tus intenciones.

—Comunica a palacio la situación y vamos de una puta vez.

—Esos modales, Sharif, esos modales.

No siguió discutiendo, siguió sus órdenes y viraron al momento hacia la derecha, volviendo a recordarle de nuevo lo mucho que odiaba esos aparatos.

CAPÍTULO 2

—¿Por qué demonios nos disparan?

Esa era sin duda una pregunta muy válida, pensó Jasmine parapetada detrás del maldito jeep que los había dejado tirados en medio del desierto.

—Esperaba que tú tuvieses la respuesta a eso, Jas.

Miró por encima del hombro a uno de sus dos acompañantes.

—Pues no la tengo, genio. —Se encogió cuando una nueva bala arrancó esquirlas a la piedra rocosa del desfiladero que se elevaba por encima de sus cabezas—. Todavía no he tenido tiempo ni de tomarme el primer café de la mañana...

—A alguien has tenido que joder a base de bien, nena —replicaron ahora desde el otro lado del coche, acompañando sus palabras con sus propios disparos—. ¿Seguro que no has insultado a nadie en el último poblado en el que hemos parado?

—Si alguien se ha sentido insultado, lo invitaré a un jodido café, a ver si así deja esta insensatez de los tiros. —Asomó la cabeza lo suficiente para tener que retirarla al mismo tiempo que tiraban de ella hacia atrás. Al momento se encontró en el suelo, con la mirada puesta en el pétreo rostro de su primo Thomas.

—No quiero que te vuelen la cabeza, nena, así que no la pongas a tiro.

—Me gusta demasiado dónde está como para querer perderla de esa manera, gracias —resopló y se encogió de nuevo ante una nueva ráfaga de fuego—. Joder... ¿es que no han oído eso de «*inmunidad diplomática*»?

—Está claro que no —rezongó Idris tirando de ella hacia atrás. Tan rubio como moreno era su hermano, el mayor de los dos hijos de su difunto tío era quizá el más sensato de todos los presentes—. ¿Por qué tengo la jodida sensación de que ese famélico camello que has arrastrado hasta aquí tiene la culpa?

Siguió la indicación de su gesto hasta su involuntario e irritado compañero de viaje he hizo una mueca. El camélido parecía ser el único al que le traía sin cuidado la lluvia de balas, era eso o que estuviese sordo como una tapia.

—Qué culpa va a tener el pobre, está tan flaco que las jorobas parecen a punto de caer hacia los lados.

—No estaba culpando al animal...

Abrió la boca para responderle como se merecía, pero un nuevo disparo y el consiguiente comentario de Thomas se lo impidieron.

—Lo que yo quiero saber es: ¿Cómo demonios hemos pasado de pedir agua en un pozo para el puñetero depósito del jeep a terminar con todo el puto coche agujereado, un camello famélico a la zaga y atrincherados en este jodido cañón mientras nos llueven tiros de todos lados? —La fulminó con la mirada en el momento en que se replegó para recargar el arma—. ¿Tienes alguna idea, Jasmine?

—¿Por qué me lo preguntas a mí? —resopló—. No tengo la menor idea de quiénes son esos lunáticos, llevo demasiado tiempo fuera de Bahir como para estar al corriente de sus movidas territoriales.

—Esto me parece algo más serio que penetrar en el territorio equivocado —añadió Idris, chasqueó la lengua y echó un vistazo al animal—. Envíales el maldito camello, al menos que sirva de distracción.

—Por encima de mi cadáver.

—Esos no están aquí por un famélico camello —siseó Thomas, echó la

cabeza hacia atrás y los miró a ambos—, y sean cuales sean sus intenciones, no parecen incluir el hacer prisioneros.

—Me estoy quedando sin munición.

—Solo queda una caja más —sacudió la cabeza y miró de nuevo hacia el asiento trasero del jeep—. ¿Dónde coño están los malditos refuerzos? Inténtalo de nuevo con el teléfono satélite.

—Sigue frito, tío, ni siquiera yo puedo solucionarlo —declaró levantando el cacharro que había sido víctima de los disparos.

Sacudió la cabeza y soltó una retahíla de maldiciones en su idioma natal.

—De verdad, Jas, si conseguimos salir de esta con vida, te devolveré al regazo de los Abdul Wahid y que ellos se encarguen de tus desastres.

—Apuntas hacia el lado contrario, Thomas. —Puso los ojos en blanco ante la absurda amenaza y echó un nuevo vistazo por encima del jeep—. Vamos en dirección a Samad.

—Eso será si llegamos a poner un pie en la capital —rumió Idris—. Y pensar que Bahir era uno de los países con tasa de delincuencia más baja hasta el momento. El sultanato empieza a perder el buen nombre con individuos como estos en sus tierras. El tío Harun no sabe lo que hace enviándote a ti como enlace diplomático del sultanato.

—No es que me haya dado oportunidad de elegir. —Puso los ojos en blanco al recordar la interminable perorata que le había soltado su padre apenas unas horas después de haber atravesado las puertas de su casa—. Tienes una obligación para con tu pueblo, una contraída por nuestros ancestros y *bla, bla, bla*. Como descendiente de una de las tres familias nativas del país, tu deber es servir a los *Tygrain* de Bahir y *bla, bla, bla*. Y, llegados a este punto, ya dejó caer lo único que sabía a lo que no diría que no; hallazgo arqueológico sin precedentes. En resumen, que si consigo salir de aquí sin un balazo, tendré que lidiar con un puñado de octogenarios que, con toda seguridad, no verán en mí otra cosa que una escandalosa y poco moderada mujer dispuesta a meter las narices en su trabajo. Si es que lo estoy viendo, siempre es igual. Oh, mi vida por

un camello.

—Ya lo has robado.

—No lo he robado, ha decidido seguirnos por sí mismo, ¿qué iba a hacer? ¿Acaso tú podrías dejarlo tirado cuando te mira con esos ojillos suplicantes?

—El cielo no quiera que las mascotas reales del sultanato te miren también de esa forma o más que su rescatadora te convertirás en su cena.

Dejó escapar un resoplido, pero no dijo nada al respecto. No había habitante en todo Bahir e incluso fuera que no supiese del extraño capricho de los dirigentes del país, de las salvajes mascotas que poseían como si fuesen gatitos domésticos y que eran característicos de cualquier zona del planeta menos de esa. Tigres en el desierto, una ocurrencia propia de aquellos que tenían tanto dinero que no sabían qué hacer con él.

Desde que era una niña siempre había sido consciente de la estrecha afinidad que tenía la familia real con aquellas bestias, de hecho, a los Al-Hanak se les conocía como los *Tygrain* de Bahir, nombre procedente de las raíces de la primera familia que se estableció en aquella parte del desierto y que dio comienzo a aquella dinastía.

Aquella era la versión oficial, la que cualquiera podía leer en los libros de historia y que nada tenía que ver con las antiguas palabras escritas a mano en libros tan antiguos que la tinta se había ido consumiendo. Historias fantásticas, amores inmortales entre dioses del desierto y mujeres mortales, una romántica leyenda que hablaba del nacimiento de una nueva raza, una que llevaba conviviendo con la humanidad desde tiempos inmemoriales.

Una insensatez que no se sostenía con ninguna base científica y que era muy difícil de aceptar como una realidad; sin embargo, lo era.

—¿Qué os parece si dejáis de discutir y buscáis la manera de poder salir de aquí de una pieza? —insistió Thomas, quién se apartaba de golpe para evitar un nuevo disparo.

—Podemos empezar mandando ese saco de pellejos, eso nos dará algo de ventaja para buscar una zona menos expuesta.

—El jeep no se moverá —les recordó a ambos—. Hemos conseguido el agua para el radiador, pero con todos los agujeros que le han hecho, es un milagro que no haya estallado todavía por los aires.

—Esperemos que hayan escuchado la llamada de emergencia que les hice antes de que esos cabrones me volaran de la mano el teléfono vía satélite.

—De ser así, el sultanato estará alertado y enviarán a alguien a sacarnos de aquí.

—Tuviste suerte de que lo que se jodiese fuese el teléfono vía satélite más arcaico que habían podido darnos —replicó Idris con una mueca—. Era tan grande que a veces se me cansaba el brazo.

—Sí, ha sido un buen parapeto.

—Señores, por favor.

—Te dije que no era una buena idea atravesar esta zona en jeep.

—Lo hemos hecho infinidad de veces y nunca ha pasado nada.

—Hasta hoy.

—Esto es lo que pasa por hacer de escolta —rezongó Thomas mirándola de reojo—. Deberías haberte quedado en Inglaterra.

—Créeme, lo hubiese hecho de mil amores —le soltó—. Pero eso sería ir en contra de las normas de esta familia.

—Como si no te las hubieses saltado ya a la torera.

La pulla de Idris le escoció lo justo, no era nada que no hubiese escuchado con anterioridad.

—Tenemos que salir de aquí, me estoy quedando sin munición.

—Parece que ellos también, es eso o están planeando otro curso de acción.

—Dada la cantidad de armas y munición que tienen y de la que nosotros carecemos, no me sorprendería.

—Bien, ¿y qué hacemos? —se exasperó ella—. Y no insistas con lo del camello.

—Que el cielo se apiade del hombre que te despose, prima, no sé si vivirá lo suficiente para ver nacer a sus hijos contigo al lado —gruñó Thomas, su

mirada era fulminante pero eso no la amedrentó. Habiéndose criado con ellos, les conocía perfectamente y sabía que darían incluso su vida con tal de verla a salvo. Solo esperaba que ninguno tuviese que perderla para salir de este problema.

—Necesitamos crear una distracción —murmuró echando un vistazo a su alrededor.

—Si tienes algo en mente, este es el momento perfecto para compartirlo, Jasmine.

Como si los cielos hubiesen decidido venir en su rescate, se empezó a escuchar el sonido del motor de un helicóptero.

—Decidme que «eso» no son imaginaciones mías.

Los hombres se giraron al momento, siguiendo la procedencia del fuerte estruendo que parecía romper en pedazos el cielo.

—Han recibido nuestra llamada de socorro.

El sonido se intensificó a medida que se acercaba, resonaba entre las rocosas paredes con la misma fuerza con la que ahora latía su corazón. El camello, el cual seguía al otro lado del jeep, pareció salir de su habitual parsimonia y empezó a moverse nervioso.

—¡Ese jamelgo va a salir disparado en cualquier momento!

El retumbar de las hélices hizo que Thomas casi tuviese que gritar las palabras, giró en la dirección que le indicaba y se quedó clavada en el lugar. Por encima de su cabeza, surgiendo por la parte norte del desfiladero apareció el responsable del estruendo, un helicóptero girando sin control, dejando tras de sí una estela de ennegrecido humo.

—Oh.Joder.Cristo.

Alguien la lanzó al suelo, cubriéndola con su cuerpo, manteniéndola pegada contra la pedregosa arena mientras el aparato pasaba sobre ellos dando bandazos, dejando tras de sí una estela negruzca.

—¡Agachaos!

El sonido ensordecedor de las hélices pasó sobre sus cabezas, demasiado

pronto lo siguió el impacto de estas contra las paredes del desfiladero, dejando cicatrices en la montaña y haciendo que parte del fuselaje saliese despedido en todas direcciones. Gritos de horror se mezclaron con el estruendo del impacto, con el sonido del fuselaje impactando contra el suelo, una repentina explosión hizo temblar la montaña, notándolo bajo sí misma. Intentó desprenderse del cuerpo que la mantenía cubierta, de los brazos que la apretaban como si fuesen de hierro para ver algo, pero todo lo que pudo hacer fue preguntar.

—Por Cristo, ¿se ha estrellado?

Empujó con toda sus fuerzas aquella montaña humana que tenía sobre ella, se revolvió hasta que él cedió permitiéndole moverse y vio la columna de humo elevándose hacia el cielo, las llamas crepitando entre los restos del fuselaje que quedaban esparcidos en un campo de devastación.

—Oh dios mío, oh dios mío...

El horror la inundó, se le cerró la garganta y todo sonido murió en sus labios cuando se incorporó y presenció lo que solo podía ser una representación del infierno. Gritos, alaridos macabros atravesaban sus oídos mientras el cerebro intentaba procesar las imágenes captadas por sus ojos. Cuerpos envueltos en llamas, corriendo de un lado a otro, adentrándose en el desierto antes de caer desplomados, sin dejar de arder.

—Que el señor del desierto se apiade de sus almas.

Las palabras, apenas un susurro emergieron de la boca de Idris, sobresaltándola, sacándola de ese estupor.

—No... no os quedéis ahí. —Se sacudió la inmovilidad—. Tenemos que hacer algo, hay que ayudarles, ver si hay supervivientes...

—Tú no vas a moverte de aquí. —La frenó Thomas, cogiéndola del brazo, entonces miró a su hermano—. Vamos.

No pudo ni replicar, la soltó y ambos, como un dúo bien engrasado, se adentraron en el desfiladero.

—Oh joder, joder, joder.

Se llevó las manos a la cabeza, se mesó el pelo con gesto desesperado y

retrocedió, le dio la espalda a aquel horror y centró la mirada en el jeep; el camello había desaparecido.

—¿Dónde...? —Barrió la zona con la mirada y vio al animal bamboleándose de aquella manera tan típica en esos jamelgos en dirección al desierto—. Oh, no, no, no...

Resbaló en su rapidez por rodear el vehículo y echó a correr detrás del animal que parecía tener alas en las patas. Abandonó su persecución cuando se hizo claro que el bicho no iba a detenerse, no estaba loca ni tan desesperada como para adentrarse en el desierto detrás de ese desagradecido jorobado. Jasmine maldijo al maldito, giró sobre sus talones y se tambaleó ante la inesperada explosión que se elevó en el desfiladero. Se llevó las manos a los oídos y se encogió automáticamente ante la deflagración, el miedo la impactó con tanta fuerza como lo habían hecho los pedazos de fuselaje contra la terrosa pared; los chicos habían ido en aquella dirección.

—Oh, joder...

Echó a correr a la desesperada, dándole la espalda al desierto para detenerse en seco cuando sus ojos captaron una imagen de lo más insólita, algo que cualquiera achacaría a un espejismo provocado por el estrés. Emergiendo de la humareda, arrastrando consigo un bulto que tenía todo el aspecto de ser un cuerpo, avanzaba un enorme tigre de bengala.

Se estremeció cuando esos ojos se clavaron en los suyos durante un breve instante, entonces otras pequeñas explosiones secundarias corearon la primera distrayendo su atención durante unos instantes, los suficientes para que el espejismo hubiese desaparecido y en su lugar hubiese ahora dos cuerpos totalmente humanos.

Sacudió la cabeza enérgicamente.

—*Rabi alsahra*^[1].

El término emergió de su boca de manera instantánea, aún si tenía dificultad para reconocer lo que acababa de ver como algo real y no un

espejismo.

CAPÍTULO 3

El humo era demasiado denso para ver a través de él, hacía que le picase la nariz y se le irritase cada vez más la garganta. Se incorporó lentamente, sacudiendo la cabeza en un intento por despejarse y ubicarse. Ya estaba en el suelo, de hecho se encontraba a varios metros del amasijo de hierros y llamas en el que se había convertido el helicóptero.

Desnudó las fauces, consciente de que había sido su naturaleza *tygrain* la que había evitado que permaneciese atrapado en esa trampa mortal, levantó el hocico y estornudó sin poder evitarlo, el penetrante olor del humo era desagradable, casi tanto como el de la sangre o el de la gasolina.

Muerte. El oscuro aroma se mezclaba con el de la sangre, el calor del incendio se hacía demasiado intenso incluso a través de la manta de pelo que lo cubría. Hizo un rápido barrido y supo que el accidente se había cobrado vidas inesperadas, muy posiblemente las de aquellos que habían sido reportados como «enemigo armado desconocido» por la petición de auxilio que habían recibido. No era así como deseaba que terminasen las cosas, no quería cadáveres en el suelo de su hogar, solo deseaba justicia y encontrar a los responsables de los asedios y asesinatos perpetrados contra las tribus de Bahir.

«*Jason*».

El nombre de su amigo penetró en su convulsa mente, obligándolo a moverse a pesar de la sensación de peligro que hacía que se le erizase el pelo.

Balanceó la cola como un nervioso látigo, consciente de que era su voluntad humana lo que lo empujaba hacia el peligroso objeto en llamas, agudizó el oído a cada chispazo y crepitar y pegó la nariz al suelo en un desesperado intento por localizar al hombre entre tantos olores.

«Jason, ¿puedes oírme?».

No obtuvo respuesta, no escuchó nada que no fuese el sonido del fuego, el chirrido del metal doblándose por el calor. Se echó hacia atrás, molesto por el calor que le acariciaba los bigotes, solo para obligarse a avanzar de nuevo.

Tenía que dar con él, descubrir si estaba vivo o muerto y, en cualquiera de los casos, recuperarle de la manera que fuese. Ningún *Tygrain* dejaba abandonado a su guardián, los miembros de las tres familias originales de Bahir estaban ligados a los Al-Hanak a través de generaciones y de la promesa de su antepasado común; Ibrahim.

Movió las orejas hacia atrás y entrecerró los ojos ante el sonido de una nueva explosión, permaneció inmóvil, pegado a la tierra, listo para saltar si era estrictamente necesario. El tiempo se agotaba, el crepitar de las llamas y del fuselaje se mezclaba con los inconfundibles alaridos humanos que le encogieron el corazón.

«Nadie se merece una muerte así».

No había tiempo que perder, tenía que ponerse en movimiento y buscar a Jason pues ignoraba si todavía estaba en el amasijo en llamas o había salido disparado del helicóptero en esa sucesión de giros y bandazos descontrolados. Los gritos del hombre obligándolo a saltar resonaban en su mente, un fiero recordatorio de que no podía dejarle allí.

«¿Qué coño ha sido eso?».

«¡Nos han dado!».

«Jason, baja esta puta cosa al suelo».

«Es lo que intento. Mierda, Shar, vas a tener que saltar».

«¿Es una broma?».

«¡Hemos perdido el rotor de cola! ¡Salta, maldito seas! ¡Cambia a

Tygrain y sal de este maldito cacharro!».

«¡Jason!».

«¡Salta, joder, sal de aquí!».

Se agitó nervioso, luchó contra la necesidad felina de retirarse, de buscar un lugar alto y la seguridad, continuó su lento merodeo blindando sus emociones humanas ante el horrible sembrado de cuerpos mutilados; allí habría al menos tres cadáveres, sin contar con los que habían sido pasto de las llamas. La sensación de peligro era cada vez mayor, el olor de la gasolina más fuerte y sabía que en cuanto las llamas llegaran al tanque, la explosión podría muy bien terminar incluso con él.

«Kaliq».

Alcanzar a su hermano mayor a través del vínculo que unía a los tres príncipes fue algo automático.

«Shar, ¿qué ocurre? ¿Dónde estás? La torre ha reportado la pérdida de señal con el helicóptero».

No importaba lo lejos que se encontrase de sus hermanos, el enlace siempre había sido endiabladamente fuerte en el desierto, como si sus ancestros amplificasen esa vía telepática permitiéndoles alcanzarse los unos a los otros si estaban conscientes.

«Accidente. Desierto. Petición de ayuda. Muertos. Refuerzos».

Permitió a su felino tomar parte del mando, sabía que necesitaba de su naturaleza para seguir adelante, como también de su férrea voluntad humana. Su hermano escucharía la urgencia en su voz y acudiría, el príncipe heredero del sultanato era capaz de movilizar a todo el maldito ejército del país de ser necesario para arrastrar su culo de vuelta a casa. Podían no compartir la misma madre, de hecho, Kaliq era hijo de la sultana, mientras que su hermano Tarek y él lo eran de la verdadera compañera de su padre.

Había una maldición sobre su familia, una que decía que si un Al-Hanak no se emparejaba antes de que llegase su trigésimo séptimo cumpleaños, no lo haría en esta vida. Su padre había dejado la esperanza a un lado en esa recta

final, había antepuesto el deber para con su pueblo y había contraído matrimonio con una buena mujer, solo para encontrar finalmente a su verdadera compañera.

Eso había sido también lo que había llevado a su primogénito a ir en contra de sus deseos un año atrás, a salir en busca de su propia compañera y encontrarla al límite del tiempo estipulado.

Ya fuese una maldición real o producto del azar, a él le quedaban dos años para encontrar a la mujer que lo completaba, que sería reconocida por su felino y cuya alma sería pareja de la suya; la esposa de un príncipe *tygrain*.

Dejó a un lado sus pensamientos y se concentró en la tarea que tenía por delante, una para la que se estaba quedando sin tiempo. Esquivó trozos de fuselaje, los signos de la muerte que teñía el suelo y avanzó atento a cada sonido, sabiendo que el próximo podría ser el último que escuchase.

La cabina era un amasijo en llamas, el calor le hacía daño en los ojos, hacía que los aromas se confundiesen y fuese prácticamente imposible diferenciarlos. Se acercó hasta dónde creyó que era seguro, el alivio colisionó entonces con la urgencia; no había nadie dentro de la cabina.

«¿Jason?».

Su felino gruñó su nombre, su agitación crecía por momentos, su cola era una muestra visible de ello. Retrocedió, cambió un par de veces más de dirección y arrugó la nariz, estornudando, por el penetrante aroma de la gasolina. Esta se derramaba del tanque y humedecía el suelo. Si una sola chispa saltaba hacia ella, si el fuego la alcanzaba —y lo haría—, todo saltaría por los aires.

—*Ahj...*

Sharif se quedó inmóvil ante lo que parecía un gemido humano, agudizó el oído, movió las orejas orientándose y se lanzó en un par de saltos hacia la zona rocosa en la que había quedado parte de la cola. Tendido boca abajo, inmóvil, con la sangre tiñendo el suelo bajo su cuerpo estaba el piloto del helicóptero.

«*Jason, Jason, Jason*».

Lo empujó con el hocico obteniendo un vago gemido, sus ojos se abrieron apenas una rendija y lo miró.

«Cumple... tus promesas. Ella... cumple tus promesas».

Su voz sonó agónica incluso en su mente, sacudió la cabeza e hizo lo único que podía dadas las circunstancias. Lo aferró por el cuero de la chaqueta que se empeñaba en llevar siempre que volaban, aunque hiciese un calor infernal, y lo arrastró a través del humo, sin ver siquiera por dónde iba, alejándolos a ambos de la bomba de tiempo en la que se había convertido aquel amasijo de hierros.

Tiró de él sin piedad, arrastrándole sobre la tierra, rogando que los movimientos no empeorasen su estado, pero el dejarlo en aquel lugar no era una opción, la muerte jamás sería la elección que tomase a sabiendas. Procuró llevarlo por la tierra más llana, descartando riscos que podría haber escalado sin problemas en otras circunstancias, caminó hacia atrás cuando veía que no podía llevarlo de lado, afianzó los colmillos en la tela esperando que aguantase lo suficiente y no se desgarrase por el camino y los alejó a ambos del detestable humo que se había metido ya en sus pulmones y hacía que todo en él se revelase por correr y escapar.

Afianzó las patas en cada paso sintiendo que las fuerzas empezaban a abandonarle, continuó arrastrando su pesada carga y avanzó a través del humo dejando atrás la nube más espesa para salir finalmente hacia la luz del atardecer. El sonido inconfundible de un aterrado camello llegó a sus oídos seguido por voces humanas, los gritos empezaron a hacerse más audibles al resonar como un interminable eco en ese pequeño desfiladero en el que había quedado atrapada la expedición. El polvoriento jeep entró entonces en su campo de visión y también lo hizo la figura de una mujer que corría hacia el desierto, siguiendo la estela del camello.

«Ayuda».

El sentir como le abandonaban las fuerzas fue suficiente para que emitiese ese desesperado llamamiento, una fuerte explosión se hizo eco al mismo tiempo detrás de ellos y la mujer se giró ante el estruendo, cubriéndose la cabeza por inercia al tiempo que se encogía. La deflagración del fuego se elevó con la fuerza de un cañonazo, la presión hizo reventar el tanque y esparció con

virulencia distintos trozos de fuselaje obligándole a dejar su carga en el suelo y agazaparse sobre él para impedir que el humano recibiese más daños.

Un lacerante dolor le quemó el costado haciéndolo gruñir en voz alta, un alarido que resonó entre el crepitar del fuego y que se sumó a la destrucción que los rodeaban. Giró la cabeza hacia el costado y desnudó los dientes al ver una considerable rajada ensangrentada que abría su piel, la sangre empapaba su pelaje y hacía que sus fuerzas disminuyesen rápidamente.

«Kaliq. Heridos. Explosión. Jason. Ayuda».

La desesperada llamada de auxilio abandonó su mente al tiempo que utilizaba hasta el último gramo de sus fuerzas para recuperar su forma humana, sabiendo que sería la única forma en que podría llegar a la ayuda más cercana; la de esa mujer. Apretó los dientes cuando su cuerpo humano ocupó el espacio del felino, el dolor se duplicó y no pudo evitar soltar un alarido animal un segundo antes de colapsar y sucumbir a la oscuridad.

CAPÍTULO 4

Había pocas cosas que Jasmine quería olvidar, creía que hasta la más deplorable de las cosas tenía su utilidad, una manera de recordarle que no volvería a tropezar de nuevo, que no cometería ese error, pero con Sharif Al-Hanak podía muy bien hacer una excepción.

Él era el tipo de cosa que deseaba olvidar por completo, que deseaba no haber conocido jamás, el tipo de hombre que quería borrar de su mente y que sin embargo no podía, no cuando se estaba muriendo ante ella.

—Jasmine...

Bestia o humano, lo mirase desde el ángulo que lo mirase, era un ser humano y estaba herido.

—Jasmine, ¿qué...? ¿Quién?

Salió de su estupor y se giró hacia Thomas, quién avanzaba a zancadas hacia ellos.

—¿Está vivo? Oh, joder... ¡Idris! ¡Ven aquí, joder! ¡Es su alteza Sharif!

Si bien sus conocimientos de medicina equivalían a poner una tirita, contaba con un médico de campaña en su reducido grupo. Su primo era un gran cirujano, que prefería atender en hospitales de campaña que en un enorme complejo.

La empujaron para hacerse sitio y quiso protestar por ello, probablemente lo habría hecho a pesar de lo irracional que sonaba eso de no haberse girado y

reconocer con horroroso estupor al herido que yacía a pocos metros de dónde se había derrumbado el príncipe.

—Oh dios mío, oh dios mío —jadeó echando a correr hacia el cuerpo tendido en el suelo—. No, no, no... por favor, oh, por favor.

Se llevó las manos a la boca, incapaz de hacer otra cosa que detenerse y quedarse mirando al hombre con el que la habían prometido en matrimonio, el mismo con el que tenía pensado reunirse en unos días para decirle que no podía casarse con él; el mismo que ahora permanecía con los ojos cerrados, el rostro ladeado y una enorme mancha de sangre cubriéndole el pecho.

—¿Jason? Jason, ¿puedes oírme? —Se lanzó al suelo, a su lado—. Oh por favor, no me hagas esto.

Un bajo resuello la llevó a inclinarse sobre él, acariciarle el rostro y ver cómo los párpados se levantaban brevemente, luchando por ver.

—Gu... guardián.

El sonido de su voz era casi ininteligible, obligándola a agacharse y poner la oreja.

—Shh, quédate tranquilo, todo irá bien... —le acarició el rostro—. Todo irá bien...

—Jas...mi

—Sí, soy yo —lo calmó, echó un vistazo a su espalda y alzó la voz—. ¡Idris! ¡Necesito ayuda!

Unos moribundos dedos se aferraron a su mano con una fuerza inusitada, llamando su atención.

—Cuida... él...

—¿Qué? —se acercó a sus labios para poder escucharle.

—Tú... nuevo guardián.

Sacudió la cabeza.

—No... no te entiendo, Jason —negó acongojada—. No te esfuerces, descansa, pronto estará aquí Idris.

Sus dedos se aferraron todavía con más fuerza y sus ojos se fijaron en los

suyos.

«Cuida de él por mí, Jasmine, protéjelo. Conviértete en su nuevo guardián y no te alejes de su lado. Necesita a alguien que lo quiera, que lo acepte por quién es y no por lo que representa».

La voz penetró en su mente con infinita claridad, sorprendiéndola casi tanto como el hecho de que no hubiese movido siquiera los labios al pronunciar aquello. Sus ojos seguían fijos en ella, se mantuvieron así unos segundos antes de que su cabeza se ladease ligeramente.

Un escalofrío la recorrió y el corazón se le detuvo con una certeza que no deseaba experimentar.

—¿Jason? ¿Jas...? —Las palabras se ahogaron cuando posó las yemas de los dedos en el pulso carotideo y comprendió que se había ido.

—Joder. —El exabrupto de Idris hizo que se sobresaltase, que fuese consciente de que estaba tocando un cadáver y saltase hacia atrás. Las lágrimas se agolparon en sus ojos, se le encogió el corazón y empezó a hiperventilar—. ¡Necesito una mano aquí!

—Jasmine, ¿quién...? —Las palabras de Thomas se cortaron en seco en cuanto vio el cuerpo tendido en el suelo ante ella—. Por todos los dioses.

—Es... Jason —musitó, no reconociendo esa voz como suya a pesar de estar surgiendo de su boca—. Está... él está... está...

Al momento se sintió alzada del suelo, sus piernas dudaron en sostenerla durante un momento, pero finalmente colaboraron.

—Mierda. —Escuchó mascullar a su primo—. Joder, oh, joder...

—¡Jasmine! Te necesito aquí, ahora.

La dura voz de Idris la volvió a llevar a su encuentro inicial, al espejismo que había visto y que ahora solo le mostraba la imagen de un hombre con una horrible herida abierta en el costado y en la parte del vientre. La bilis le subió a la garganta y el estómago le dio un vuelco obligándose a apartar la mirada y respirar profundamente para no vomitar allí mismo.

—Jas, tienes las manos más pequeñas que yo, necesito que me ayudes aquí

—insistió su primo con voz de mando—. ¡Ahora, maldita sea!

Se volvió hacia él con rostro desencajado.

—¿Qué... qué es lo que...?

—Necesito que introduzcas los dedos...

Sacudió la cabeza, echándose hacia atrás.

—No... no puedo.

—Jasmine, ¿quieres verlo morir a él también?

El impacto de sus palabras fue suficiente para hacerla espabilar, para que las lágrimas que había retenido empezasen a resbalar por su cara. Negó con la cabeza. Volvió a mirar ese rostro y luchó con la angustia que seguía presente en su pecho. No, no quería que muriese, no podía morir, no allí, no delante de ella.

—¿Qué... qué tengo que hacer?

—Por ahora, intentar no vomitarle encima —replicó entre dientes—. Aquí, necesito que taponés con los dedos justo aquí.

Guió su mano hasta el lugar requerido, a través de tejido blando y la creciente sangre roja que parecía no cesar de manar de aquella horrible brecha.

—No los retires hasta que yo te lo diga.

—¿Qué vas a hacer?

—Intentar que no se desangre hasta morir —declaró con voz firme—. Espero que alguien haya visto esa maldita columna de humo y vengán en nuestra ayuda o su alteza terminará uniéndose a los demás.

—Hagas lo que hagas, no le dejes. —Se acercó Thomas con semblante serio—. Jason Abdul Wahid está muerto.

—¿Qué?

Apretó los ojos con fuerza, se esforzó por no escuchar, por no recordar la ausencia de latido bajo sus dedos.

—Oh, joder.

—Voy a subir allí arriba, no quiero más sorpresas —declaró Thomas señalando hacia una parte escarpada del desfiladero—. Esa maldita columna

tiene que verse desde varios kilómetros a la redonda, no sabemos quién puede acudir.

Sus ojos acerados se encontraron entonces con los suyos durante un momento.

—Pagarán por esto, Jas, te lo juro.

Asintió, no podía hacer otra cosa, no sabía qué hacer, ni qué decir.

—Jas, presiona un poco más, sí... así... Bien, no te muevas.

Bajó la mirada al cuerpo masculino, evitando pensar en dónde tenía alojados los dedos y se centró en la pálida expresión de su rostro.

—No se te ocurra morirme delante de mí, alteza —musitó, inclinándose lo justo para poder hablarle a pesar de que seguía inconsciente—. ¿Me has oído? No se te ocurra hacerme una putada así, Sharif. Tú no, por favor, tú no.

Las cosas nunca debían haber salido así, aquella aventura no se suponía que incluiría persecuciones, disparos y muertes.

—No puedo creer que esté pasando todo esto.

—Sin duda no era el viaje tranquilo y recreativo que tenías en mente, ¿eh?

A pesar de la despreocupada pregunta, la voz de su primo era dura, estaba totalmente concentrado en lo que tenía entre manos.

—No, ni en mis más horribles pesadillas podría haber previsto algo como esto. —Nada podía prepararla para algo así, nada en absoluto.

Durante lo que le pareció una eternidad, siguió cada una de las instrucciones del médico al pie de la letra, sabía que no podían haber pasado más que unos pocos minutos, pero parecían años.

—Bien, ya puedes retirar los dedos, nena —le dijo al tiempo que utilizaba un pack de gasas para cubrir la zona—. Ahora, presiona aquí con la palma abierta.

Bajó la mirada y actuó por inercia, dejándose guiar.

—¿Se salvará?

—Espero que el señor lo tenga en cuenta, he hecho todo lo que podía con lo que tengo aquí.

Levantó la mirada e hizo sombra con la mano, a continuación emitió un potente silbido que fue replicado al momento por Thomas. Esos dos sabían cómo comunicarse sin necesidad de palabras.

—Alguien ha tenido que ver esa columna, si no escuchó la explosión, ha tenido que verla, tienen que verla —masculló mirando a su alrededor—. Las tribus no le darán la espalda a un posible accidente, no está en su naturaleza dar la espalda a uno de los suyos.

—Mientras no sean los agradables contertulianos a los que le regateaste el camello.

—Ese estúpido jamelgo se largó en cuanto cayó el helicóptero.

Un nuevo silbido y, ambos se giraron para ver a Thomas descendiendo a toda velocidad por la montaña.

—¡Se acercan jinetes!

Y eso, dicho en pleno desierto, podía ser tanto algo bueno como no serlo.

—Visten con el color de los beduinos.

Idris se levantó como un resorte, al momento siguiente se encontró con un arma en la mano libre y la mirada acerada de su primo en la de ella.

—Si se acerca alguien que no seamos ni Thomas ni yo, dispara primero y pregunta después.

—Es broma, ¿no?

No respondió, dio media vuelta y se apresuró a formar tándem con el soldado para enfrentarse a quién viniese, en caso de no ser precisamente amigos.

Un momento después tres jinetes entraron a través del cañón, dos de ellos detuvieron su montura mientras que el tercero saltó al suelo, prácticamente en marcha. Jasmine no se lo pensó, amartilló el arma y la levantó encañonando al hombre que avanzaba hacia ella a pesar del muro que habían formado sus primos.

—Comprobad si hay supervivientes —escuchó que decía en el idioma local, con un acento tan profundo que le costó entenderle a través del pañuelo que todavía le cubría el rostro—. Y vosotros, bajad las armas.

—¿A qué tribu pertenecéis?

Los dos acompañantes del tercer hombre parecieron tener problemas en seguir sus órdenes, sobre todo con aquellos dos encañonando al que suponía era su jefe.

—A la única que posee el desierto —informó sin mirar a ninguno, dirigiéndose directa hacia ella, al tiempo que empezaba a quitarse la tela del rostro, dejando su identidad al descubierto—. Baja eso antes de que le pegues un tiro a alguien por accidente, Jasmi.

Parpadeó tanto por el peculiar diminutivo de su nombre como por el rostro que reconoció a pesar de haber pasado tantos años.

—¿Tarek?

El hombre no respondió, pero no hacía falta, ignoró su arma, todavía levantada y se arrodilló para comprobar el estado de su hermano.

—Los cielos sean loados por ponerte en su camino, *saghira*^[2] —declaró el joven príncipe—. ¿Shar? Sharif, ¿puedes escucharme, hermano?

No hubo respuesta, era imposible que la hubiese, pensó con una angustia tan abrumadora que se encontró arrodillándose junto a ese hombre.

—Hay que sacarle de aquí —jadeó ella mirando al joven con el que había compartido parte de su infancia—. Tenéis que llevarle a un hospital, por favor.

El joven levantó la mirada para encontrarse con la suya, la examinó durante lo que le parecieron eternos segundos y finalmente asintió.

—Lo haremos, Jasmi, los refuerzos ya vienen en camino, lo sacaremos de aquí —le aseguró posando la mano sobre la suya durante un breve instante. Entonces miró a su alrededor—. ¿Dónde está Jason? Su guardián...

—Lo siento, alteza.

Aquellas tres palabras lo decían todo, no había necesidad de añadir nada más.

—Malditos bastardos.

El Tarek que ella conocía, el príncipe amable, divertido y despreocupado

había desaparecido de un rostro que ahora solo mostraba dureza y preocupación. Se llevó la mano al interior de la ropa y sacó un teléfono vía satélite que no tardó en conectar.

—¿Qué fue lo que les pasó? ¿Cómo es que estás aquí?

—El helicóptero cayó —dijo ella señalando el cielo con el arma que todavía sostenía—. Nos... nos estaban disparando, bandidos...

El chico miró su arma y ella la soltó al momento con gesto avergonzado.

—Así que la llamada de socorro era vuestra —replicó como si eso fuese una explicación suficiente a todo lo que ocurría allí—. Esos hijos de puta han ido muy lejos.

—¿Sabéis quiénes están detrás de esto, alteza? —Se interesó Thomas.

—Llevamos meses intentando dar una respuesta a esa pregunta —siseó entre dientes y se dirigió al teléfono—. Soy Tarek. He encontrado a Sharif, está herido pero vivo. Jason sin embargo... —Su silencio era lo suficiente elocuente—. Necesito una evacuación inmediata al hospital. Sí, el helicóptero ha caído, tan pronto hemos visto la columna de humo hemos cambiado de rumbo.

Levantó la mirada y la posó sobre ella.

—La doctora Mukhtar está bien, la tengo aquí conmigo, necesito también un transporte para ella y sus escoltas —declaró sin despegarse del teléfono—. Ocúpate de ello. Voy a dar caza a esos hijos de puta.

Dicho eso, cortó la comunicación, se inclinó, murmuró algo en un idioma que no conocía a su hermano y luego la miró una vez más.

«Vivirá por ti, sino por otra cosa, lo hará por ti».

Sus palabras la sacudieron, no porque las hubiese pronunciado en su idioma natal, sino porque él no abrió la boca y sin embargo, las escuchó a la perfección en su mente.

—¡Moveos! —Se levantó al momento y les dio la espalda, movilizando a su gente—. Quiero que se corra la voz, que todas las tribus sepan que han asesinado a uno de los hijos de la tercera familia y han herido a uno de los *Tygrain* de Bahir y que busquemos a los responsables... vivos o muertos.

La dureza y frialdad en sus palabras la estremeció, realmente sintió miedo ante su presencia.

—Sí, alteza.

Se volvió una vez más hacia Thomas, quién se había acercado a él.

—Tenemos un helicóptero medicalizado en camino y un jeep que os sacará de aquí y os llevará a Samad —le informó y la señaló a ella con un gesto de la cabeza—. Encárgate de que llegue a la capital de una sola pieza.

—Tengo una cuenta pendiente con esos cabrones, alteza —añadió Thomas con voz firme.

El joven Al-Hanak posó la mano sobre el hombro masculino y asintió.

—Lo sé, todos y cada uno de los que hemos sido tocados por esta destrucción la tenemos —declaró el joven príncipe—. Te necesito aquí, dejaré a dos de los hombres que me acompañan para que aseguren el perímetro hasta que llegue el transporte. —Su mirada fue entonces hacia el hombre cuya sangre todavía manchaba sus manos—. Protégelo con tu vida si es necesario, protégelos a ambos.

Por primera vez desde que conocía a Thomas, Jasmine lo vio acatar las órdenes de alguien sin rechistar, especialmente de alguien que era más joven que él.

—Contad con ello.

—Nos veremos pronto en palacio, *saghira* —le dijo entonces a ella—. Tenemos que ponernos al día.

Dicho eso volvió a montar en su caballo y lo guió hacia el desierto.

No pasó mucho tiempo tras su partida cuando escuchó el lejano sonido de un nuevo helicóptero. Mucho más grande que el que había caído sobre ellos, el aparato traía consigo un ruido ensordecedor y levantó una gran nube de arena en su aterrizaje. No había tocado todavía tierra cuando tres hombres saltaron de él y avanzaron agachados en dirección a ellos.

—¿Doctora Mukhat? —preguntó en inglés, uno de ellos con ese acento típico de los hombres nacidos en esa parte del desierto.

—Sí, soy yo —respondió al tiempo que echaba un rápido vistazo en dirección a Thomas, quién estaba en una posición ventajosa, en caso de necesitar abrir fuego. Ya no se fiaba de nadie, se inclinó un poco más hacia delante, como si de esa manera pudiese proteger al herido, y lo interpeló—. ¿Y usted es...?

El que había preguntado la ignoró con efectiva naturalidad, se acuclilló sobre el príncipe e hizo una rápida comprobación de su estado. Levantó la cabeza y se encontró con unos ojos verdes intensos, muy similares a los de Tarek, pero no se molestó en mirarla a ella, pasó al momento sobre el otro cuerpo tendido en el suelo. El dolor y la pena cruzó unos segundos por sus ojos.

—Descansa en paz, hermano —musitó en baharí. Entonces se giró hacia los dos que le acompañaban—. Contacta con el hospital, que tengan todo preparado para nuestra llegada.

—Sí, *amyr*.

Amyr. Príncipe. Jasmine comprendió al momento quién era el hombre al que estaba mirando y el por qué sus facciones se le hacían conocidas; estaba ante el príncipe heredero de Bahir.

—¡Vamos! ¿A qué estáis esperando? —clamó entonces el otro hombre, volviéndose a los dos sanitarios que traían consigo una camilla de palas.

—Hay que trasladarlo con mucho cuidado. —Se metió Idris, quién continuaba vigilando el estado de su paciente—. He detenido la hemorragia, pero podría volver a sangrar en cualquier momento. No hay nadie más con vida, hasta dónde puedo constatar.

—Ya le habéis oído —añadió de nuevo el príncipe Kaliq y permitió que Idris se hiciese cargo de dirigir a los recién llegados—. Vendrá con nosotros, doctor.

—Eso no tiene ni que pedirlo, alteza. —Estaba claro que incluso su primo sabía quién era el hombre que estaba ante ellos. El mismo que le dedicó una mirada tan intensa que incluso le provocó un escalofrío—. Está bien, Jasmine, ya puedes dejarle...

—¡No!

La palabra salió de manera urgente e involuntaria de sus labios, el miedo que sintió ante la posible separación la sorprendió tanto como la vehemencia en sus propias palabras.

—¿Y si vuelve a sangrar? ¿Y si...? ¿Y si lo que hiciste no sirve de nada? No puede morir, no le permitiré que se muera delante de mí.

Alguien la apartó, tirando de ella hacia atrás, la angustia se asentó sobre su pecho como una pesada piedra y su cuerpo reaccionó con un inestable temblor.

—Está bien, Jasmine, lo van a llevar al hospital, allí se encargarán de él.
—Thomas la sujetaba por los hombros, apretándola contra su cuerpo, protegiéndola de la cada vez más inquisitiva mirada del príncipe Kaliq.

Miró impotente como lo trasladaban a la camilla y se lo llevaban hacia el transporte aéreo.

—No... no puede morir... no se lo perdonaré.

Y aquel pensamiento era tan absurdo como desesperado, uno que ni siquiera sabía de dónde salía, pero que sentía en lo más profundo de sí misma. Su mirada cayó entonces sobre el otro cuerpo y sintió que todo volvía a hacerse más irreal, uno de los hombres que había bajado con el príncipe le cubría ahora con su propia chaqueta. El significado de ese gesto la impactó con fuerza.

—Jason...

—Está bien, Jas, dónde está ahora ya no siente dolor.

—Alí Abdul Wahid viene para aquí. —Escuchó que decía uno de los hombres de confianza del príncipe—. La tercera familia ha reclamado venganza sobre estos actos.

El heredero del sultanato de Bahir se limitó a asentir.

—Asegúrate de que la Dra. Mukhtar y sus guardaespaldas lleguen a palacio sin nuevos incidentes.

—No voy a ir a palacio —declaró, levantó la mirada y se encontró con la de él.

—Jasmine... —la avisó Thomas.

Negó con la cabeza, soltándose y caminó hacia él.

—No iré a ningún lado hasta que me haya asegurado de que él —indicó al fallecido—, esté al lado de su familia. Es... es mi deber, es... él es...

—Era su prometido, alteza.

La sorpresa volvió a bailar brevemente en los ojos del príncipe, fue algo fugaz pero estuvo ahí.

—Son extraños los caminos que nos pone el destino —le oyó murmurar—. Honra tu pasado, Jasmine Mukhtar, ven cuando estés preparada.

—Listo —anunció al mismo tiempo Idris ajeno al intercambio—. Tenemos que irnos ya. Tiene la tensión muy baja. Hay que darse prisa.

El comentario hizo que volviese a mirar de nuevo en dirección a la camilla que ya levantaban con el herido.

—Cuida de él, Idris.

Su primo se limitó a dedicarle una mirada y le dio la espalda, acompañando a los paramédicos al helicóptero, dejándoles solos con uno de los escoltas.

—Ya hemos dado parte de lo ocurrido, en breve estará aquí un transporte...

No se quedó a escuchar, giró sobre sus propios talones y luchó con la extrema angustia que la recorría. Las lágrimas inundaron finalmente sus ojos emborronando su vista, se las limpió con brusquedad y se arrodilló ante el cuerpo sin vida de su prometido.

La pena se instaló en su pecho, el dolor por una vida demasiado joven cercenada demasiado pronto, por alguien a quien siempre había visto más cómo un amigo que como al hombre con el que compartiría el resto de su vida.

—Siento que no hayamos tenido el tiempo suficiente para descubrirnos el uno al otro —musitó—. Espero que allí dónde viaje tu alma, sea recibida con amor y alegría. Descansa ahora, mi querido amigo. Algún día nos veremos en el otro lado.

—Jas...

Levantó la mirada y se encontró con la de su primo.

—Tenía que hacerlo, se lo debo.

Él se limitó a asentir y se quedó a su lado, en silencio, un enorme pilar en el que sabía podía sostenerse si así lo deseaba.

Echó un último vistazo alrededor, la columna de humo seguía ascendiendo hacia el cielo mientras el sol se ponía en el horizonte, un sombrío recordatorio de que las cosas en ese país no habían hecho más que cambiar.

CAPÍTULO 5

El tiempo parecía encapsulado, el sol no terminaba de decidirse a bajar y abandonar la tierra, era como si quisiera perpetuar ese día para toda la eternidad. No importaba que hubiese personas moviéndose a su alrededor, que las distintas tribus hubiesen acudido a la llamada de su principal dirigente y se uniesen para asistir en las tareas de limpieza y evacuación de los cadáveres. No había una sola alma viva sobre el arenoso suelo, sus manos seguían manchadas por la reseca sangre del hombre que había inundado sus sueños juveniles, las lágrimas se habían secado en sus ojos y en su pecho, adormeciendo sus emociones, protegiendo su propio corazón del dolor que habían sembrado un puñado de desconocidos.

—Jasmine, es hora de continuar.

Thomas posó la mano sobre su hombro, haciéndola notar su presencia pero sin conseguir ningún resultado. Estaba petrificada, su propio cuerpo se negaba a moverse, a romper la necesidad que tenía de permanecer en aquel lugar, de castigarse a sí misma por haber sido incapaz de sentir otra cosa que tristeza y horror ante la partida del hombre que estaba destinado a ser su esposo. Su alma se desgarraba ante la pérdida de un amigo, pero no era nada comparado al miedo que le corroía las entrañas y que todavía manchaba sus manos.

—Él ya se ha ido —insistió su primo, un silencioso recordatorio de que su velatorio había llegado a su fin—. Su tribu se hará cargo de ahora en adelante.

Siguió en silencio, la mirada perdida en el horizonte, en el vasto desierto que se abría ante sus ojos, un mar de arena que se había llevado consigo las esperanzas y el futuro de muchos hombres.

—Jasmine.

La voz cambió, como también el acento. Levantó la mirada y se encontró con una versión más adulta de su prometido, con unos ojos en los que, si bien había dolor, predominaba un helado fuego que le provocaba escalofríos. Venganza, esa mirada reclamaba una ardiente venganza.

Alí Abdul Wahid era un hombre al que respetaba, por quién siempre había sentido simpatía. El hermano mayor de Jason era alguien que siempre la había recibido en su hogar con los brazos abiertos, con quién había charlado en las visitas a las que las arrastraba su padre cuando pasaba temporadas en Bahir. Él era también un hombre de negocios, así que no le había sorprendido coincidir alguna vez en Londres. Pero, por encima de todo, era un hombre del desierto, el jefe de su tribu, sus raíces corrían profundas por este desierto.

—Se ha ido.

Una solitaria lágrima descendió por su seca mejilla hasta perderse en la arena.

—Ahora descansa en los brazos de nuestra madre, hermanita, no pondría estar en mejor lugar que ese. —Se arrodilló ante ella, le limpió la mejilla con un dedo y tomó sus manos para arrancarla de su inamovible postura—. Se fue cumpliendo con su más sagrado deber, nuestros ancestros lo recibirán como el guardián que es.

Sacudió la cabeza.

—No tenía que morir, no era su momento. —Apretó los labios—. Iba a decirle... yo quería decirle que... —Agachó la cabeza y dejó escapar un acongojado suspiro—. No tenía que morir.

—No, no era su momento —escuchó su voz, entonces notó sus dedos levantándole la barbilla—. Y los responsables de su muerte lo pagarán con sus propias vidas.

Tragó, no pudo evitarlo. Su voz sonó tan mortal como sus amenazas.

—Me lo llevaré a casa y tú debes ir a Samad, tu padre y su majestad te esperan.

—Tendrán que esperar un poco más —declaró decidida—. Iré contigo, os acompañaré a Khuzayma.

—Jasmine...

—Él habría hecho lo mismo por mí —insistió convencida de lo que debía hacer—. No he podido ser su esposa, pero siempre fui su amiga. No le dejaré en este último viaje, se lo debo.

—Habrías sido mi hermana más querida —declaró y le dedicó una breve inclinación, un gesto reservado únicamente para aquellos a los que se guardaba un profundo respeto—. Llémoslo a casa entonces. Tan pronto terminen los funerales, se te escoltará a Samad.

Asintió satisfecha con ese arreglo, se giró hacia Thomas, quién se había mantenido a una prudente distancia y lo vio asentir a su vez.

—Pondré al guardaespaldas del príncipe Kaliq al tanto de nuestros nuevos planes —le informó, incluyéndose en aquella comitiva funeraria—. Samad tendrá que esperar.

«Cuida de él por mí, Jasmine, conviértete en su nuevo guardián y no te alejes de su lado. Necesita a alguien que lo quiera a su lado, que lo acepte por quién es y no por lo que representa».

Las últimas palabras que le dedicó Jason resonaron en su mente como si acabasen de ser pronunciadas nuevamente.

—¿Jasmine?

Levantó la cabeza y asintió.

—Sí, Samad esperará.

Y su petición también tendría que hacerlo, antes lo acompañaría a casa y después enfrentaría su destino.

CAPÍTULO 6

Dos semanas después...

Hospital General Ibrahim

Samad, Bahir.

—Tarek se ha tomado como algo personal lo que te hicieron —comentó Kaliq, apoyado contra la ventana, de brazos cruzados—. Es la primera vez que veo a nuestro hermano pequeño más *tygrain* que humano.

Sharif levantó la mirada hasta encontrarse con la suya. El primogénito de los Al-Hanak había hecho suya la tarea de mantenerse al pie de su cama y había sido él quien había dado triste respuesta a su pregunta más temida; Jason estaba muerto.

Su tigre rugió en su interior movido por la pena y la venganza. Quería sangre, quería justicia para con su amigo y por dios que su parte humana también la deseaba con fervor.

—¿Cómo pudiste dejarle ir solo tras esos hijos de puta?

Sus recuerdos de los pasados incidentes estaban algo confusos en su mente, unos fragmentos se mezclaban con otros y, si bien estaba seguro de que alguien había disparado un proyectil contra el helicóptero, no lograba replicar

todavía la sucesión de eventos que los había llevado a estrellarse de esa manera.

Sabía por su hermano que el accidente se había llevado a algunos de los atacantes por delante, pero los más afortunados habían salido huyendo como alma que llevaba el diablo.

—¿Yo lo dejé? —resopló—. Te olvidas que el cachorro tiene ya treinta años, Shar, no es un niño y tiene voz propia. Últimamente más de la que pensé escuchar jamás.

—¿Quiere eso decir que ha dejado su reciente clausura en la biblioteca por algo más mundano?

—Lo mires como lo mires, Tarek siempre será un tigre de biblioteca y, desde que se iniciaron las excavaciones en Anwar Badr, su interés ha ido en aumento —aceptó con un ligero encogimiento de hombros—. Y no es el único, nuestro padre parece un niño con zapatos nuevos, ha llegado a bajar él mismo a las excavaciones para ver los avances, cosa que no le ha hecho ni pizca de gracia a la doctora Mukhtar. Así que, por favor, levántate de una jodida vez de esa cama y vuelve a coger las riendas de esto antes de que alguien salga herido.

La mención que hizo sobre dicha mujer trajo a su mente ese breve instante en el desierto, cuando la vio de pie en medio de un campo de cadáveres, pálida, asustada, pero lo suficiente entera como para estar dispuesta a hacer frente a quién intentase acercarse a ella. Aquel era uno de los recuerdos más nítidos que tenía. Era consciente también de que había conseguido arrastrar a Jason lejos del helicóptero antes de que este explotara y que algo le había herido, pero todo lo demás era oscuridad. Hacía tan solo una semana que había recuperado la conciencia por primera vez, encontrándose en el hospital y recién operado. Si hoy seguía vivo era gracias a la pericia de uno de los escoltas de esa mujer, quién había taponado la hemorragia hasta que pudieron trasladarlo al hospital y reponer la sangre que había perdido en el desierto.

—No estoy de ánimo para ponerme a lidiar con una muchachita terca como una mula —declaró con visible cansancio. Como *tygrain* tenía un metabolismo mucho más rápido, lo que hacía que se recuperase antes de las

heridas y su salud mejorase a pasos agigantados, pero esta vez sus heridas habían sido de bastante consideración—. Mi meta está en salir de aquí y encontrar al hijo de puta que ha provocado esta masacre.

Apretó los dientes consciente de que eso llevaría tiempo. No había una sola maldita pista de quienes eran esos hombres o bajo las órdenes de quién actuaban. Estaban demasiado bien estructurados para ser un grupo de forajidos y su meta parecía haber estado clara cuando atacaron también el helicóptero.

—Alí está ahí fuera peinando cada jodido pedazo del desierto en busca de alguna pista que nos pueda llevar a ellos —comentó dejando el tono distendido a un lado—. Khuzayma ha sido cerrada a cal y canto. La ciudad amurallada de los Abdul Wahid es ahora mismo una fortaleza inexpugnable.

La ciudad sede de la tercera familia de Bahir era una joya del desierto y, tras el atentado directo a uno de sus dirigentes, era una medida que antes o después esperaba que se tomase.

—Alí escoltó a la doctora Mukhtar a Samad personalmente después del funeral, la chica no solo se empeñó en salvarte la vida, sino también en acompañar a su prometido hasta su última morada. Tengo que reconocer que no recordaba a Jasmine y eso que fue compañera de juegos de nuestro cachorro.

Arrugó la nariz intentando recopilar lo que recordaba de aquella hembra. Sí, sabía por su hermano que la mujer había sido bastante contundente, de hecho, habían sido sus manos las que, en cierto modo, le habían salvado la vida.

—En esa época tú estabas comenzando a prepararte para las tareas que te vendrían encima con el tiempo, esas de las que te escaqueas siempre que tienes oportunidad. —Ambos sabían que esos «escaqueos» tenían mucho que ver con su preciosa y recién desposada princesa—. Solía venir a palacio en temporada de vacaciones, se quedaba algunos días y tenía bastante afinidad con Tarek, eran de la misma edad, si mal no recuerdo.

Pero aquello había sido en su infancia y, la mujer que había llegado para hacerse cargo de las excavaciones no era una niña con coletas. No, según le habían informado era un auténtico demonio del desierto.

—¿Todavía quieren colgarla?

Aquel era el motivo principal por el que Kaliq lo quería de vuelta. La mujer era una auténtica pesadilla con una paleta en la mano, así era como lo veía el grupo de excavación, a juzgar por las quejas que le habían dejado esa última semana sobre el escritorio. Pese a todo, lo que era indiscutible era la pasión y la profesionalidad que había esgrimido desde el primer momento en que pisó las ruinas.

La manera en que había sido descubierta esa antigua sala, bajo las arenas del desierto, había podido costarles la vida a él y a su compañera, una joven humana con tendencias suicidas.

—Las apuestas están quince a uno a que alguien la acogotará antes de que termine la semana —replicó con un suspiro—. Algunos trabajadores han empezado a hablar sobre supersticiones, maldiciones y otras tonterías por el estilo y eso ha cabreado un poquito a la doctora.

Bueno, ninguno de ellos negaría que ese lugar poseía una energía única, traída por los milenios de historia y lo que significaba en realidad para ellos, los *tygrain*. Pero más allá de eso, no había base alguna para tales supercherías.

—Todavía estoy sopesando si Tarek ha plantado su tienda en el campamento para evitar que la entierren viva o para escapar de los rumores.

—¿Qué rumores?

—Matrimonio.

—¿Nuestro padre está intentando casar a nuestro hermano pequeño?

—La presencia de Sarah ha hecho que quiera tener nuevas hijas.

—¿Y mi madre no ha dicho nada al respecto?

—Oh, sí, lo hizo. —Se echó a reír—. Zulema respondió a ello alto y claro durante una de las cenas familiares, le dijo a su compañero que debería pensar primero en los nietos, que era más acorde a su edad.

—Imagino que tu princesa no se quedó callada.

Kaliq sonrió incluso más.

—Sarah me advirtió que haría una nueva alfombra para la suite conmigo y

con cada animal de rayas del palacio si se me ocurre mencionar la palabra niños.

—Debo estar perdiendo facultades porque no le encuentro la gracia.

—La tiene si la ves desde mi lado.

Negó con la cabeza.

—Empiezo a pensar que no sería mala idea montar mi tienda al lado de la de Tarek o mejor aún, en el oasis. Me quedaré allí hasta hacerme viejo.

—Puedes huir, pero no esconderte, cuando *ella* aparezca estarás perdido.

Y nadie podía asegurarlo mejor que su hermano. En el momento que Kaliq reconoció el aroma de su compañera, todo su buen juicio se esfumó y no se detuvo hasta hacer de ella su princesa y traerla a casa.

—Al contrario que tú yo no estoy tan desesperado, me quedan todavía dos años de asueto —replicó recostándose contra los almohadones.

—El tiempo pasa demasiado rápido —comentó frotándose la barbilla—, en ocasiones tienes lo que buscas justo al alcance de la mano y no lo ves.

—¿Intentas decirme algo?

Sonrió de soslayo, sus ojos reflejaron su naturaleza durante unos instantes.

—Es algo que mencionó Tarek y, después de lo que vi en el desierto, no he podido sacármelo de la cabeza.

—¿El qué?

—Jasmine pertenece a la segunda familia, es la primogénita del consejero Mukhtar, uno de los amigos íntimos de nuestro padre y parece que tiene actitudes para convertirse en guardiana.

La sola palabra hizo que se tensase y replicase con un fiero:

—No.

Kaliq enarcó una ceja ante su réplica.

—Tarek dijo que «habló» con ella de mente a mente...

—¿Su felino la reconoció como su pareja?

Negó con la cabeza.

—No, de hecho, dijo que su vínculo era contigo.

—¿Conmigo?

Se incorporó de golpe y soltó un gruñido ante el repentino dolor en su vientre y costado.

—Espacio, tigre, espacio.

—Joder... eso duele... mucho.

—Tienes suerte de estar vivo, Shar, lo que los médicos lo han considerado un jodido milagro —declaró serio—. Has vuelto a nacer.

—Y para ello alguien ha tenido que morir.

—Encontraremos a quién ha hecho esto y pagará por ello.

Apretó los dientes entre el dolor físico y su propia congoja.

—Es culpa mía, Kaliq, yo fui el que le ordenó que se dirigiese hacia las coordenadas de la señal de socorro. —Maldijo entre dientes—. Mi decisión lo condujo a la muerte.

—¿Qué pasó? ¿Qué ocurrió allí arriba?

Se relajó contra los almohadones, cerró los ojos y tragó, buscó en su mente cada uno de los movimientos, de las palabras que habían intercambiado entre ambos.

—No... no llegué a sentir el peligro hasta que lo vi a través de la ventana —murmuró—. No hubo tiempo para nada, vi la estela un momento antes de que algo impactase contra el rotor de cola y el helicóptero se desestabilizase.

«¡Hemos perdido el rotor de cola! ¡Salta, maldito seas! ¡Cambia a Tygrain y sal de este maldito cacharro!».

«¡Jason!».

«¡Salta, joder, sal de aquí!».

Sujetaba frenéticamente la palanca mientras luchaba por maniobrar aquella infernal batidora, mascullando alguna cosa entre dientes mientras avisaba por radio de lo que estaba ocurriendo.

«Mayday, mayday, aquí Al-Hanak... nos han dado, estamos cayendo».

El frenetismo del momento estaba grabado a fuego en su alma, como el rostro desencajado de su piloto un instante antes de que se girase hacia él y se recompusiera.

«Tienes que cuidar de ella por mí, Shar, así que sal de aquí».

Se había estirado sobre él para desanclarle el cinturón de seguridad y obligarle a seguir sus órdenes.

—Mi gato tomó el mando y lo próximo que supe es que estaba en el suelo y el aparato estaba en llamas. —Volvió a abrir los ojos, era incapaz de soportar aquellas imágenes—. Le encontré, lo arrastré fuera de allí y algo explotó... creo que fue el tanque de gasolina. —Bajó la mirada a su vientre vendado—. Es posible que me alcanzase un fragmento de fuselaje durante la explosión...

«Cumple... tus promesas. Ella... cumple tus promesas».

Se le encogieron las tripas, notó esas traicioneras lágrimas haciéndole cosquillas en los ojos y se obligó a respirar para mantenerlas a raya.

—Quiero a los responsables de esto, Kaliq, quiero a los malditos responsables de esto.

Su hermano le apretó el hombro.

—Las tribus de las fronteras están alertadas, han creado sus propias partidas de búsqueda, así que es cuestión de tiempo que esos hijos de puta aparezcan. Y cuando lo hagan, desearán no haber derramado ni una sola gota de sangre en nuestro desierto, Sharif, lo juro.

Su tigre respondió al tono duro y peligroso del de su hermano, quería sangre, quería venganza y antes o después la obtendría.

—Padre quiere esperar a que estés completamente repuesto para realizar una ceremonia baharí para honrar a Jason —le informó—. Estarán representadas las cuatro casas de Bahir, las tres familias principales y la casa Al-Hanak.

Asintió con un movimiento casi imperceptible.

—Alí también ha estado aquí —le informó con voz monótona, sabiendo que lo sucedido había dejado un profundo sentimiento de pesar en toda la familia—. Quería que tuvieses esto.

Lo vio darle la espalda durante un momento, sacó algo del armario de la habitación y, cuando se giró para entregárselo se quedó sin respiración.

—Dijo que entenderías de que se trata y que eres el único que debe

guardarlo.

Tragó y extendió la mano, temblaba tanto que se detuvo un momento para serenarse. Varias cuentas entrelazadas en tres filas formaban una sola pulsera. La primera de ellas estaba formada por esferas de color negro, en las que se interponía alguna de color marfil o roja, las dos siguientes eran de tono claro, una más que la otra. Deslizó los dedos sobre ellas, acariciando con reverencia la de color rojo, la que él le había conseguido a modo de broma.

—Cada una de estas cuentas pertenece a una estupidez —murmuró con una triste sonrisa—. O así las llamaba él. Las claras, pertenecen a su primer año como guardián y dijo que fueron las más... livianas. La segunda fila la añadió completa, estaba convencido de que las necesitaría. La tercera... son mis propias estupideces, yo le regalé esta cuenta —acarició la roja—, en recuerdo de lo que nunca debía dejarme hacer.

—¿El qué?

Levantó la mirada y se encontró con la de su hermano.

—Romper mis promesas.

Deslizó la pulsera alrededor de su muñeca derecha, más allá de la cinta del hospital y sintió su peso en el alma.

—Has dicho que la doctora Mukhtar tiene un vínculo conmigo, pero eso es imposible —retomó la revelación que había dejado caer Kaliq—. Esa mujer era la prometida de Jason.

—No sé cómo explicarlo, pero estaba allí, Tarek también lo sintió, es como si ella se hubiese enlazado a ti de algún modo —elucubró—. No tiene que ver con la fuerza que hay en un emparejamiento, fue como estar ante un pariente lejano, alguien que sabes que pertenece a la familia, pero no es propiamente familia. Es muy similar a la sensación que tenemos cuando nos encontramos frente a un descendiente de la línea de Ibrahim.

—Bueno, ella es la primogénita de una de las tres familias, desciende de su línea. Es una hija del desierto.

—No viste la manera en que protegía tu peludo culo mientras estabas

inconsciente —chasqueó su hermano—. Es una guardiana.

—No.

—Es el curso natural de las cosas —le recordó.

—No deseo otro guardián. —No pondría a nadie más en peligro.

—No es tu elección y lo sabes.

—Mi guardián ha muerto estando a mi lado, no deseo ese destino para nadie más.

—Ella ha presentado la solicitud formalmente ante el sultán.

Aquello lo dejó perplejo.

—¿Qué?

—Jasmine Mukhtar, primogénita de la segunda familia de Bahir y descendiente directa de Ibrahim, ha solicitado formalmente ocupar el lugar de tu guardián —le informó con total tranquilidad—. Y ha sido respaldada por las dos familias.

—Tiene que ser una broma.

Negó con la cabeza. Le palmeó el hombro y se encontró con su mirada.

—Será mejor que aproveches para descansar ahora que puedes, hermanito, ya habrá tiempo para que te pongas al corriente de todo.

—Esto es una pesadilla.

Negó con la cabeza.

—Espera a emparejarte, entonces sabrás lo que es caminar por el infierno y disfrutar de las llamas.

CAPÍTULO 7

Esta era la hora favorita de Jasmine, cuando el asfixiante calor del día daba paso a la brisa del atardecer y el sol empezaba su descenso hacia el horizonte. El momento en que podía abandonar la jornada de trabajo en las ruinas que le habían sorbido el alma y darle la espalda al equipo de expertos que, más que ponerse de acuerdo, se dedicaban a cuestionar su profesionalidad y juventud al mando de un proyecto como aquel.

Lo que comenzó como una pesadilla de viaje dos semanas atrás la había llevado a tomar una serie de decisiones que, en otras circunstancias jamás se habría planteado siquiera. Se obligó a replantear su estancia en Bahir, la cual había esperado que fuese breve para dirigir sus pasos hacia la meta que se había propuesto.

Había declinado cortés la oferta del sultán Hafez de alojarse en el palacio de Samad, lo cual le había valido más de una reprimenda de su propio progenitor, pero al final habían aceptado su decisión. Ambos habían llegado equivocadamente a la suposición de que su mudanza al campamento tenía que ver más con estar cerca del yacimiento arqueológico para el cual la habían convocado, que el mantenerse al margen de la asfixiante necesidad de estar pendiente de la evolución del príncipe Sharif.

Se sentía encerrada entre aquellas paredes, las rígidas normas de palacio solían volverla loca en su juventud y ahora, ya de adulta, la cosa no mejoraba.

Necesitaba poder moverse a su antojo, entrar y salir sin dar explicaciones, tener el cielo despejado sobre su cabeza, algo de lo que su madre la había privado al llevársela a Inglaterra y que solo recuperaba cuando volvía al Bahir. Había olvidado lo mucho que echaba de menos el desierto, la paz de espíritu que encontraba en su país de origen y ahora que lo había recuperado, no deseaba que la enjaulasen de nuevo.

Sin embargo, trasladarse al campamento de la excavación no fue tan ventajoso como pensó que lo sería, había demasiado ego concentrado en un espacio reducido y, la mayoría de este procedía de los hombres. Si bien no era la única mujer en el grupo, sí era la única con voz cantante y eso parecía no sentar demasiado bien a ciertos sectores. Los dos primeros días habían estado a la expectativa, pero en cuanto empezó a cuestionar sus métodos llegaron las críticas y la condescendencia... y con ello también llegó la presencia de Tarek.

El joven príncipe baharí se convirtió en una constante en aquella excavación, su actitud amistosa la había llevado a retomar el contacto que habían tenido de niños, encontrando en él no solo un aliado sino un entusiasmo por el proyecto que tenían entre manos tan contagioso que no era extraño verle con las manos en la tierra, manchándose como cualquiera de los demás trabajadores.

«Este es el comienzo de mi pueblo, aquí reside quién soy. Ya no se trata de leyendas, de algo intangible, Jasmi, nuestros ancestros salieron de aquí, los de ambos».

Esos últimos días también había estado pernoctando en el campamento, su tienda estaba cerca de la suya, como si quisiera asegurarse de que todo el mundo estaba al tanto de que la doctora Mukhtar estaba bajo la protección de los Al-Hanak. Si hubiese sido otro de los príncipes o si el sultán le hubiese puesto alguna escolta como era su intención, quizá se hubiese enfadado, posiblemente rebelado, pero no podía enfadarse con Tarek, simplemente no estaba en sus genes.

—¿Pensando en hacer una excursión?

La inesperada voz a su espalda la hizo dar un respingo, estaba tan

ensimismada en sus cosas que no le oyó acercarse.

—Si me quedo un segundo más aquí voy a cometer un asesinato y luego probar la momificación.

El príncipe se echó a reír, miró por encima del hombro y finalmente se volvió hacia ella.

—No sé si estarán preparados para encontrarse una momia que ni siquiera estaría disecada.

—Ese puñado de... expertos... no están preparados para encontrarse nada que no aparezca en sus queridos y sagrados libros —bufó, cogió la bolsa que siempre la acompañaba en sus excursiones y se la cruzó sobre la cadera—. Deberías sacar a tu gato y que se diese un paseo por sus tiendas, solo para que les suba un poco la presión...

—¿Del mismo modo que te subió a ti cuando te encontraste con Ka en palacio? —le recordó con gesto divertido—. Mi hermano está convencido de que has decidido trasladarte al campamento por eso.

Se sonrojó, no podía evitar pensar en aquel particular momento en el que se había visto las caras con uno de los grandes *tygrain*. Estaba segura que nunca había pasado tanto tiempo sin respirar como en ese momento. El felino había aparecido por un pasillo, sin duda acababa de levantarse de su siesta ya que lo había visto bostezar, dejando a la vista los enormes dientes de sus fauces. Su reacción fue inmediata, un gritito que habría dejado sordo a cualquiera y que hizo que el animal arrugase la nariz, sacudiese las orejas y la mirase con obvia ofuscación para luego fijar esos ojillos dorados sobre ella.

El encuentro no había durado más que unos instantes, sobre todo porque al tigre pareció importarle poco su presencia y continuó su camino no sin restregar ese inmenso y caliente cuerpo peludo contra ella al pasar.

—Estabas pálida como una hoja cuando te encontramos —continuó Tarek rememorando el momento—. Pensamos que te había pasado algo al escucharte gritar.

Se llevó las manos a las caderas.

—Tú también habrías gritado si te encontrases con un bicho de cuatrocientos kilos paseándose como un gato doméstico por los pasillos de tu casa cuando no te lo esperas.

—Me los encuentro a diario, Jasmi, sobre todo cuando me miro al espejo.

Arrugó la nariz ante el jocosos comentario. Tarek era muy dado a hacer ese juego de palabras. Como miembros de una de las tres familias, había sido instruida en la existencia de los *tygrain*, pero una cosa era saberlo y otra comprobar con tus propios ojos que las leyendas que habías escuchado de niña eran una jodida y peluda realidad.

—Espero que ese bicho estuviese desparasitado, sobre todo si se sube a alguna cama.

La carcajada que soltó él resonó en la tienda.

—Se lo preguntaré a Sarah la próxima vez que la vea, ella es la que deja que Kaliq se suba a la cama.

La esposa del príncipe heredero parecía una mujer encantadora, no había tenido oportunidad de hablar a menudo con ella, pero las veces que habían coincidido mantuvieron una conversación agradable.

Optando por cambiar de tema, se fijó en que su interlocutor parecía recién duchado y listo para salir.

—Y tú, ¿vas a dejar también el campamento?

—Le han dado el alta a Sharif y soy el encargado de llevarle a casa y evitar que haga lo que no debe hacer.

La inesperada información hizo que el corazón le diese un salto. La mención del hombre trajo a su mente lo ocurrido de nuevo en el desfiladero. Las imágenes del accidente se habían repetido una y otra vez en su mente, las había repasado incluso mientras dormía, como si su inconsciente buscara una explicación al espejismo que había presenciado y a la cacofonía de desbocadas emociones que la atravesaron desde el momento en que lo encontró tirado en el suelo; jamás se había sentido tan bipolar en su vida como durante aquellas horas.

—Esa es... una buena noticia —aceptó con lo que esperaba fuese cordial

educación.

—Sí, lo es. —La miró de soslayo—. ¿Quieres venir conmigo? Después de todo, eres su nueva guardiana.

El jocosos recordatorio le arrancó un ligero sonrojo. Aquello había sido un acto que había tomado por sorpresa a más de uno, especialmente cuando presentó ante el sultán su requerimiento avalado por dos fuertes pesos de la primera y tercera familia.

—No creo que sea un buen momento para... esa clase de presentaciones —se disculpó—. Dejemos que se instale, repose y...

—Querrá verte en cuanto esté en palacio, Kaliq lo ha puesto en antecedentes sobre tu nombramiento.

—¿Se lo ha tomado muy mal?

Se encogió de hombros.

—Dejaré que se lo preguntes tú misma a la vuelta —declaró inclinándose sobre ella, besándola en la mejilla como solía hacer—. Hoy se celebrará la ceremonia baharí para honrar a Jason.

—Lo sé —aceptó y le frotó el brazo—. Allí estaré.

—Sé que lo harás, *saghira*, sé que lo harás. —Señaló con el pulgar por encima del hombro—. Tengo que irme ya. Si vas a salir ahí fuera, procura mantenerte siempre cerca del agua, ¿de acuerdo? No queremos que te ocurra nada.

—¿Qué podría ocurrirme? —Señaló hacia el exterior—. Aquí hay gente por todos lados...

—Y ambos sabemos que tú te alejarás de ellos y te adentrarás en el Oasis —le soltó convencido—. Te gusta demasiado la soledad... igual que a Shar.

—Me quedaré en la misma zona de siempre, la que me enseñaste —le recordó—. Si os parece bien, alteza.

El joven príncipe le había mostrado en su primera visita al campamento la parte privada que tenía la familia real dentro del Oasis, un paraíso en medio del desierto del que se había quedado instantáneamente prendada.

—Tienes permiso para vagabundear por la propiedad de los Al-Hanak, doctora —le aseguró con su mismo tono de voz—. Disfruta de tu tarde, *saghira*.

Resopló ante el apodo que le había puesto, no es que «niñita» pudiese aplicarse a ella, aunque sabía que Tarek lo hacía con referencia más familiar, llamándola «hermanita».

—Tú también —optó por responder cuando él ya salía de la tienda, recibiendo únicamente una despedida con la mano.

Sacudió la cabeza, echó un último vistazo a su tienda y salió con intención de tomar su propio camino.

Él no se había equivocado al decir que le gustaba la soledad, aunque más que gustarle la necesitaba. Había momentos en los que necesitaba estar sola con sus propios pensamientos, en que su mente funcionaba mejor sin tanto ruido alrededor y, al mismo tiempo, la ausencia de compañía le permitía disfrutar de uno de sus hobbies; dibujar.

Posiblemente sus bocetos no fuesen muy buenos, pero le servían a la hora de plasmar sobre el papel las ideas que se agolpaban en su mente cuando trabajaba en las excavaciones.

El lugar que le había mostrado Tarek se encontraba a unos veinte minutos a pie del campamento, adentrándose en la parte frondosa del oasis y siguiendo la línea del agua hasta una pequeña piscina natural al abrigo de una pared de roca y con los juegos de luces y sombras que proveían las palmeras. Allí solo escuchaba el sonido de los pájaros, la brisa del viento y sus pensamientos, era el lugar perfecto para dejar volar la mente y viajar a los recónditos misterios que aguardaban en el interior de las ruinas.

Durante la última semana habían estado utilizando tecnología de amplio espectro y eco localización, los nuevos avances ya se habían utilizado en los yacimientos de *Machu Pichu* y en las pirámides de Egipto para crear una especie de mapa 3D de las construcciones basándose en el rebote del eco sobre las estructuras que todavía se encontraban bajo tierra. Era realmente útil a la hora de hacerse una idea de lo que les esperaba, de a qué profundidad estaban dichas

estructuras y si era viable o no llegar a ellas sin poner en peligro todo lo demás.

Las pruebas preliminares habían arrojado luz sobre lo que parecía ser la base de una amplia vivienda compuesta por varias cámaras o habitaciones que conectaban con la sala principal en la que estaban trabajando. Sorprendía su distribución ya que no era lo que se esperaría de la época en la que se suponía había sido levantada, pero lo mismo pasaba con la sala en la que estaban trabajando, especialmente con las decoraciones y material que revestía las paredes y el suelo y que, si bien se encontraban en esa parte del desierto, no eran propios del periodo de tiempo en el que estaban datadas las ruinas.

Eran muchos los misterios, demasiadas las incógnitas y aquello no lo hacía sino todavía más interesante y mágico.

Jasmine se instaló en el lugar de siempre, las piedras conservaban todavía el calor del sol y las palmeras le proveían de la sombra que necesitaba. El lago parecía un plato tranquilo, reflejando el escenario del otro lado. La paz era completa y el ambiente propicio para relajarse. Dejó la mochila con sus herramientas a un lado, cogió el cuaderno y los lápices y se dispuso a bosquejar lo que hoy había visto en esa extraordinaria habitación. Aquella era la antesala a otro espacio mayor, una habitación que, si las mediciones de la máquina eran acertadas, sería al menos tres veces más larga que la del hallazgo principal. La pregunta era, ¿cómo entrar en ella sin dañar la estructura?

—Tiene que haber alguna entrada, alguna manera de acceder a ella desde este punto —murmuró para sí, examinando el dibujo que había hecho de la primera sala—. Si piensan que van a abrir un boquete en la pared y ya está, la llevan clara. Por encima de mi cadáver.

Nadie dañaría ese lugar mientras ella estuviese al mando de la excavación, por alguna extraña razón, sentía que su deber era proteger los secretos que allí permanecían ocultos, unos que quizá cambiasen la perspectiva de la humanidad para siempre.

CAPÍTULO 8

—¿Te das cuenta de que mamá me arrancará la piel a tiras por no llevarte directamente a casa?

Sharif levantó la mirada por encima del jeep y se encontró con la de Tarek. Hacía poco más de una hora que había salido del hospital y su necesidad por el desierto era demasiado acuciante para ignorarla. Era un *tygrain* después de todo y aquel era su hogar, el lugar en el que se sentía completamente vivo.

Tras su coqueteo con la muerte y pasarse dos semanas encerrado entre cuatro paredes necesitaba estirar las patas, dejar salir a su tigre y entrar de nuevo en contacto con su naturaleza.

—No te hará nada si no apareces por allí.

—Quieres que se haga un bonito abrigo con mi pellejo, confiésalo.

Sonrió de soslayo y volvió a posar la mirada en la vasta extensión que se abría ante él.

—Demasiado calor para poder lucirlo, Tar, demasiado calor —le aseguró. Cerró la puerta que todavía permanecía abierta y rodeó el vehículo al tiempo que se estiraba lentamente. Las heridas todavía le tiraban, pero eso no impediría que hiciese lo que tenía que hacer—. Necesito esto, necesito... respirar.

—Es fácil, Shar, coge aire por la nariz y suéltalo por la boca.

—Empiezas a parecerte demasiado a Kaliq.

—El cielo no lo permita —replicó el cachorro con un visible escalofrío—. Me gusta demasiado mi forma de vida como para tener que cambiarla por la

suya.

Sacudió la cabeza y lo miró por encima del hombro.

—¿Cómo van las cosas en las excavaciones? —Optó por cambiar de rumbo la conversación—. ¿Han sacrificado ya a la doctora?

—Lo habrían hecho si ella hubiese dado muestra alguna de debilidad, por suerte para ti, tu nueva guardiana es una gran profesional y no le da miedo un puñado de vejstorios pagados de sí mismos.

—No es mi nueva guardiana. —No pudo evitar que su voz sonase amenazadora—, no es nada para mí.

—Pues eso no te deja en muy buen lugar, hermanito, un poco de agradecimiento no te mataría —le soltó—, especialmente cuando ha sido buena parte responsable de que sigas respirando.

—Parece que te ha conquistado —bufó molesto por esa continua intención de alabar a esa mujer—, que os ha conquistado a todos.

—A mí no tiene que conquistarme. —Se encogió de hombros—. Fue mi compañera de juegos en el palacio, la única que no tenía miedo de ensuciarse ni que me ensuciase yo. Es una humana muy interesante, deberías conocerla... sin desangrarte sobre ella.

—Así que la muchachita salvó el día, esa parece ser la opinión general, ¿eh?

—Te salvó a ti, lo cual, a ojos de nuestra familia, es suficiente para ganarse no solo nuestra gratitud, sino también nuestro afecto —se apoyó en el coche y se cruzó de brazos—. Ya solo por eso debería de caerte bien.

—La invitaré a cenar si con eso consigo que todos dejéis de hablarme de ella.

Empezaba a detestar a la mujer a pesar de no conocerla. Su único recuerdo de ella se mezclaba con el dolor y la desesperación, con la anunciación de la muerte y no era uno que quisiera conservar.

Si tan solo pudiese deshacerse de sus promesas con tanta facilidad como de sus recuerdos.

—Sé que no quieres oírlo, pero lo he sentido, Shar, cuando estabas ahí tirado y ella se inclinó sobre ti, protegiéndote, sentí que os pertenecíais el uno al otro —continuó el chico—. Mi tigre sintió el vínculo entre ambos.

El comentario hizo que se girase hacia su hermano.

—Estás dando por hecho algo absurdo, hermanito, si ese vínculo existiese, si ella fuese mi compañera, ¿no crees que me habría dado cuenta de ello? No es como si pudiese pasar por alto algo así.

—No he dicho que ella pudiese ser tu pareja...

—Es lo que has insinuado, al menos Kaliq ha sido más reservado en sus suposiciones.

—No sé si se trata del mismo tipo de vínculo, es algo mucho más antiguo, una sensación similar a la que me produce el contacto con las ruinas de Anward Badr. —Buscó una forma de explicar lo que quería comunicarle—. Cada vez que me adentro en el viejo palacio siento el pasado en cada piedra, es una atracción inusual. Y cuando estoy cerca de Jasmine, siento lo mismo, es cómo si algo me empujase hacia ella...

—Es la primogénita del consejero Mukhtar, cabeza de la segunda familia de Bahir, desciende de la línea de Ibrahim y tú eres un *tygrain*, ese es el motivo por el que sientes esa atracción. Misterio resuelto.

Sacudió la cabeza.

—Es más que eso, es una guardiana —declaró convencido, sus ojos clavándose en los suyos—. Me escuchó, Shar, hablé con ella y me escuchó. Y no fui el único.

Y eso la convertía en un valioso activo. Había muy pocos descendientes de las tres familias que tuviesen una conexión directa con los *tygrain*. No sabía si se trataba de un gen específico, si este se saltaba alguna generación, no eran muchas las personas que, sin formar un vínculo como el del emparejamiento, pudiesen estar abiertas a ese tipo de vínculo con los Al-Hanak.

Los descendientes de Ibrahim con su segunda esposa eran el origen de las tres familias más antiguas de Bahir y se habían convertido en los guardianes de

los primeros *tygrains* del desierto. Según los escritos que se conservaban en la biblioteca de palacio y de los que seguramente Tarek se sabía de memoria, los primeros descendientes de aquella nueva rama habían tenido un vínculo único con los hijos del Señor del desierto y su humana compañera. Algo muy distinto del vínculo de emparejamiento y que él había tenido con Jason hasta el momento de su muerte. La ausencia del mismo todavía lo afectaba, era como si le hubiesen arrancado una parte de sí mismo y hubiesen llenado ese agujero con hielo.

—Bien, pues será una guardiana, pero desde luego, no la mía —zanjó con vehemencia.

—El accidente no te quitó ni pizca de tozudez, si acaso empeoró tu carácter.

—No fue un accidente, fue un atentado y los responsables siguen ahí fuera —concluyó levantando el rostro hacia el cielo. Se tomó unos segundos para orientarse en base a la posición del astro rey y calculó que quedarían unas tres horas más de luz antes de la puesta de sol—. Volveré en un par de horas, atravesaré el oasis y volveré por el campamento. Puedes recogerme allí y acompañarme oficialmente a casa.

—Dos horas, tigre, te doy dos horas —lo apuntó con el dedo—. Ni siquiera tu mal humor hará que desees perderte la ceremonia.

Omitió cualquier tipo de respuesta, enterró el dolor en lo más profundo de su alma y dejó que su naturaleza felina tomase el mando. El encontrarse sobre cuatro patas fue toda una liberación, se deshizo de su conciencia humana y empezó a trotar hacia las dunas de cálida arena que le esperaban.

Si había un lugar en el que podía permitirse dejar a un lado quién era y lo que representaba ese era el desierto. Allí todos los problemas de la humanidad desaparecían y sólo estaban el tigre y la sensación de libertad. Las ataduras de los convencionalismos dejaban de existir y podía dar rienda suelta a su espíritu como un cachorro.

Después de tanto tiempo encerrado necesitaba poner a prueba de nuevo sus músculos, incluso en forma felina podía notar todavía las heridas pero eso no era

impedimento para que trotase y ascendiese por la caliente arena. Agitó la cola y se lamió los bigotes, podía oler el agua a lo lejos, en aquel parche verde que resaltaba en medio del desértico color amarillo. Continuó su paseo disfrutando del sol sobre su pelo, del aroma del desierto y de aquellos que llegaban a él desde el oasis.

Un par de pájaros presintieron su presencia, pues se elevaron al momento por encima de las palmeras, su instinto felino se revolvió dispuesto a jugar y se encaminó hacia el privado vergel que le esperaba a los pies de las dunas. Levantó la cabeza y olfateó los alrededores de manera sistemática, movió las orejas ante los lejanos sonidos que se levantaban al otro lado de aquel remanso, sin duda procedentes del campamento que habían instalado a tenor de las recientes excavaciones. Había sido un acierto acotar la zona destinada a las tareas de investigación, permitiendo a los trabajadores habilitar allí una zona para pernoctar y preservar el resto del oasis para el uso personal de la familia real. El haber añadido además la advertencia de que las «mascotas» de la familia merodeaban por aquella zona había servido también de medida disuasoria para cualquiera que quisiera saltarse los límites del perímetro.

Dejó escapar un suspiro gatuno y saltó hacia la línea del agua, hundió las patas delanteras y disfrutó de la sensación de esta lamiéndole el pelo, haciéndolo ronronear. El contraste del previo calor del desierto con el frescor del agua era indescriptible, hacían que se sintiese de nuevo como un cachorro. Chapoteó de aquí para allá, disfrutó del inocente juego hasta estar lo suficiente mojado como para decidirse a nadar.

A los *tygrain* les gustaba el agua y él la adoraba, le encantaba poder impulsarse con sus patas de un lado a otro, aunque en esta ocasión debió tomárselo con calma, pues sentía el tirón de la herida en el costado. Se tomó su tiempo, nadó moviendo las patas, poniendo a prueba sus fuerzas para finalmente emerger con el agua chorreándole del pelo. Se sacudió desde la cabeza a la cola y empezó a deambular por la orilla buscando un lugar en el que poder tumbarse al sol y secarse. Una enorme piedra en una de las zonas escarpadas de la pared

parecía el lugar adecuado para ello. Saltó con agilidad, sus patas impulsándole para auparle y llevarle a donde quería. Sacudió la cola con satisfacción, bostezó abriendo las impresionantes fauces y se dejó ir como un gato cansado. El calorcillo era de lo más agradable, la siesta indispensable después de un poco de ejercicio y un baño. Se estiró y se sumergió poco a poco en el país de los sueños, dejó que el sol fuese secando su pelo y se olvidó del mundo y de su reciente coqueteo con la muerte.

Tanto como adoraba su hogar, ahora mismo le reportaba una mezcla de recuerdos agridulces. Antes o después tendría que alejarse de él, solo así podría poner en orden sus pensamientos y que las heridas que no se veían a simple vista empezasen a cicatrizar. Pero aquello tendría que esperar hasta que se resolviese el actual conflicto que les había explotado en las manos.

Arrugó el hocico y estornudó, el respingo hizo que se encogiese por la molestia de la herida, la ignoró y se incorporó sacudiéndose el pelo ya casi seco antes de apoyarse sobre las patas delanteras y estirarse hacia atrás. El calor del sol seguía adormeciéndole, bostezó una vez más y estaba dispuesto a dejarse caer de nuevo sobre el costado de no haber captado unos inesperados sonidos.

Agitó las orejas, moviéndolas para orientar el lugar del que procedía el ruido. Pisadas, pies pequeños y algo torpes avanzaban desde algún lugar a su izquierda. Olfateó el aire a pesar de que sabía que no se trataba de nadie de su familia. ¿Alguien había decidido saltarse las normas?

Arrugó el hocico y se puso lentamente en pie, una leve brisa le acarició el pelo y entonces lo captó. Un suave y sutil aroma, uno dulce y especiado al mismo tiempo y que hizo que todas sus terminaciones nerviosas despertasen de golpe.

La modorra lo abandonó por completo, abandonó el lugar que había escogido para descansar y saltó al suelo sin más. Había algo en ese aroma que lo empujaba a investigar, a descubrir de dónde venía, a quién pertenecía, relegaba su lado humano y atraía al felino.

Avanzó con cautela, como un depredador que ha olfateado a su presa y la

tiene en el punto de mira. Avanzó en contra del viento, sigiloso y cauto y sus ojos felinos pronto dieron con el intruso.

Se agazapó en un recodo, se ocultó tras unos matorrales y piedras y contempló absorto a la hembra humana mientras dejaba una bolsa encima de las piedras y empezaba a quitarse la blusa y shorts. Se quedó en ropa interior, un sencillo conjunto negro que revelaba el tono canela de su piel. Llevaba el pelo oscuro recogido, era curvilínea y la sola visión le hizo la boca agua.

«No puede ser».

La había reconocido al instante, incluso estando de espaldas reconocía ese pelo, la forma de los hombros, su silueta correspondía a la de la mujer a la que había pedido ayuda, la misma que, supuestamente, le había salvado la vida; Jasmine Mukhtar.

«Cumple... tus promesas. Ella... cumple tus promesas».

Las últimas palabras de su amigo lo golpearon si cabía con más fuerza, pero ello no disminuyó la repentina e inexplicable sensación de posesividad que le sobrevenía mientras la miraba.

«¿Qué broma del destino es esta? No puede ser... ella no puede ser... Mía».

Y sin embargo lo era, su felino se revolvía en su interior, arañaba las barreras que separaban sus dos mitades en un abierto reclamo.

«Mía».

No había sombra de duda en su mente, sus sentidos despertaban ante su presencia, ante su aroma y el deseo crecía con rabiosa intensidad. Quería verla más de cerca, oír su voz, tocarla y descubrir a qué sabía.

«Mi compañera».

La frase surgió al momento, tomó forma y supo que no había manera de ignorarla. Esa era la realidad, una para la que quizá no estuviese preparado, pero era la única que tenía.

Se relamió, pero se obligó a mantenerse todavía en su puesto de vigilancia. Su presencia lo tenía hipnotizado, vio cómo se aseguraba el recogido y se

adentraban en el agua, se mojó el rostro, los brazos, se estremeció ante el cambio de temperatura y finalmente se sumergió por completo.

La pérdida momentánea de su visión lo hizo gruñir. Abandonó su puesto de vigilancia y avanzó de manera oblicua, manteniendo en todo momento la mirada puesta en el agua. Llegó hasta sus ropas, el aroma se hizo más intenso y se sintió completamente noqueado. Sacudió la enorme cabeza y volvió a mirar el agua para verla resurgir de espaldas a él; era como una Venus que emergía, una encantadora ninfa del desierto.

Se giró mientras se escurría el agua de la cara y entonces sus miradas se encontraron durante un instante que le pareció eterno.

—Oh, joder.

Su ahogado jadeo fue como un golpe en su alma. No había equivocación posible, esa mujer, la misma hembra a la que había pedido ayuda en el desierto, quién le había salvado la vida, no era solo una guardiana, ni el recordatorio de una promesa, era su compañera. La había encontrado.

«¿Qué mierda voy a hacer ahora?».

—No me lo puedo creer.

La vio hundirse de nuevo hasta la barbilla y extendió un brazo acusatorio.

—Ah, no, eso sí que no. ¡Tigres mirones!

¿Tigres mirones?

Siguió agitando la mano, echándole con tanta energía que empezó a salpicar a su alrededor.

—Esto no tiene ni pizca de gracia, que lo sepas. ¡Lárgate de aquí! ¡Fuera! No quiero saber ni quién eres y da gracias por ello.

Al parecer la chica estaba al tanto de la naturaleza de sus congéneres, pero ahora eso le importaba menos que nada. Sacudió el pelaje de la cabeza a la cola, se lamió una vez más el hocico y echó a andar en su dirección solo para detenerse a los pocos pasos. Había pisado una bolsa con una de sus patas, bajó la cabeza y olfateó el objeto que se encontraba al lado de su ropa,

—¡Oye! ¡Ni se te ocurra tocar mi ropa!

Su exabrupto no lo detuvo, pero sí lo hizo el escuchar los chapoteos para luego verla caminar en su dirección. O al menos, esa había sido su primera intención. Con el rostro mojado, el pelo húmedo pegado a su cabeza y esa mirada enfurruñada, era una hembra atractiva. Tenía unos bonitos y grandes ojos turquesa que contrastaban con la evidente ascendencia baharí que poseían el resto de sus facciones. Si bien no era la clásica belleza que quitaba el aliento, era alguien a quien sin duda habría tenido en cuenta como algo más que un succulento filete femenino de haber podido pensar con claridad.

—Gato malo, no toques mis cosas.

Agitó la cola y, solo para ver su reacción, cogió la bolsa entre los dientes y la sacudió.

—¡Gato del demonio! ¡Suelta eso ahora mismo!

No sólo no lo dejó sino que siguió sacudiéndola hasta que de él cayeron algunas cosas.

Martillo, pala, pincel...un block de dibujo... lápices. ¿Esa era la sala principal del palacio en ruinas?

Escuchó una vez más el chapoteo y finalmente pudo recrearse con esa succulenta hembra avanzando hacia él con la ropa interior empapada.

—Deja eso. Déjalo ahora. Vamos.

Agitó la cola y, oliendo su temor optó por permanecer en el lugar, esperando a ver qué hacía a continuación.

—Vamos. Ya te has divertido bastante —repuso cruzándose de brazos—. ¿Quién eres? ¿Tarek? ¿Kaliq? ¿Algún familiar de visita?

El escuchar el nombre de sus hermanos en su boca le arrancó un bajo gruñido. Quería escuchar el suyo, no el de esos dos.

«Frío, frío».

La vio sobresaltarse, sus ojos se abrieron ligeramente pero no hizo mención al hecho de haberle escuchado.

—Anda, deja eso y vete —insistió ignorando su respuesta—. No traigo caramelos, ni siquiera una triste galleta de chocolate... No encontrarás nada

interesante.

Por el contrario, ella lo era, algo de lo más interesante e inesperado. Y también un problema, uno enorme.

«¿Galletas de chocolate?».

Volvió a actuar como si la hubiese pinchado, ladeó la enorme cabeza y se lamió los bigotes.

—Sabes, los gatitos grandes como tú no deberían hablar con chicas como yo, no a menos que estén encerradas en una habitación acolchada y con camisa de fuerza.

«Si esa es tu habitación ideal, tienes un serio problema».

—Esa está lejos de ser mi habitación ideal, pero de un tiempo a esta parte, creo que es la más adecuada. Se me van a fundir los plomos.

«Oh, espero que no, Jasmine».

Entrecerró los ojos, mirándole atentamente.

—De acuerdo, ¿quién eres? —preguntó—. Tú sabes mi nombre, así que, lo mínimo que puedes hacer es... decirme el tuyo. Luego me quedaré con cara de idiota y podrás reírte de tu bromita toda la semana.

Su irritación era palpable, sacudió la cola, abandonó la bolsa que había vaciado y dio un par de pasos hacia atrás. Al momento su mente humana tomó las riendas, el cambio llegó por sí solo, con la misma naturalidad de siempre su piel desapareció, su cuerpo felino se diluyó como si no fuese más que partículas antes de volver a formarse en el humano.

—Oh, señor —jadeó ella, sus ojos se abrieron hasta lo imposible y se le quedó mirando como si no pudiese creer que estuviese allí—. Tú... estás... estás bien... y vivo.

—Gracias en gran parte a ti, por lo que he oído.

La manera en que volvió a sobresaltarse al escuchar ahora su voz lo hizo sonreír.

—¿De verdad estás aquí? ¿No eres un espejismo?

—¿Qué te hace pensar que soy un espejismo?

—Estamos en el desierto. —Señaló lo obvio.

—En realidad estamos en Abdel Haqq, el desierto queda unos pocos kilómetros en esa dirección. —Señaló un punto en el horizonte—. Así que, creo que eso confirma que no soy un espejismo.

—Pero, estabas en el hospital, Tarek me dijo que iba a... buscarte.

—Lo hizo.

—¿Siempre respondes con frases cortas?

—No siempre.

—Lo has vuelto a hacer.

—Lo siento.

Se quedaron allí, mirándose el uno al otro y Sharif no podía pensar siquiera en qué hacer a continuación. De hecho, sí sabía lo que quería hacer, pero no creía que ella se lo fuese a tomar bien.

—¡Estuviste a punto de morirme en mis brazos!

La desesperación que escuchó en sus palabras hizo gimotear a su felino y, de una manera incomprensible, también le afectó a él. Estaba preocupada, angustiada, en realidad.

—Como ya dije, parece que si hoy estoy aquí es gracias a ti.

Ella se mordió el labio inferior.

—Me obligaron a meter los dedos en tus tripas, ¿tienes idea de lo asqueroso que es eso? —Golpeó el suelo con el pie, visiblemente ofuscada. ¿Lo estaba sermoneando? Si era así, resultaba toda una novedad para él—. Había sangre por todas partes y yo me estaba volviendo loca.

—Me parece bastante cuerda ahora mismo, dadas las circunstancias.

—¿Qué cuerda ni que ocho cuartos? He estado hablando con un tigre y, un momento después, apareciste tú. Eso no es signo de cordura, te aseguro que no lo es.

—Estás hiperventilando, Jasmine.

—¡No es verdad! —replicó al tiempo que empezaba a tambalearse—. Ay Dios, puede que sí lo haya estado haciendo.

—Sería conveniente que te sentases unos momentos.

—Lo haría si encontrase una silla, pero estamos en el desierto... no, dijiste que no era el desierto y... Ay dios.

Sus palabras se desvanecieron en el mismo instante en que su cuerpo acusó la falta de oxígeno y colapsó. Solo la rapidez de sus reflejos felinos hizo que la recogiese en sus brazos antes de que diese con la cabeza en el suelo.

La sensación de ese menudo y cálido cuerpo tocando el suyo fue como una brutal descarga eléctrica, se estremeció de la cabeza a los pies, su corazón empezó a bombear con mayor rapidez, llevando la sangre a través de sus venas a los demás órganos en un desesperado intento por mantenerle en funcionamiento. Esos claros ojos coronados de densas pestañas negras lo miraron con tal indefensión, que todo lo que quería hacer era apretarla contra él, protegerla de cualquier cosa, incluso de sí mismo.

—Te estabas muriendo en mis brazos.

—Tú evitaste que lo hiciese.

—Siento que hayas perdido a tu guardián.

—Y yo que tu perdieses a... alguien importante para ti.

Se negaba a verla como a la mujer de otro, ni aunque este fuese su mejor amigo, el cual había dado su vida por la de él y la había puesto a ella en el camino.

«Gracias por este regalo, hermanito, cuidaré de él con mi propia vida. Descansa ahora, Jason, descansa».

CAPÍTULO 9

—Ya puedes soltarme.

—¿Es totalmente imprescindible?

—Si quieres, te vomito encima.

Aquello pareció ser suficiente poder de convicción para que esos brazos se despegasen de su cuerpo y ella sintiese la pérdida del calor que la envolvía.

—Eres un hombre razonable.

—En estos momentos no demasiado.

Lo miró de soslayo y, por primera vez en los últimos minutos se permitió reconocer en él a quién era, al príncipe Sharif Al-Hanak, segundo en la línea de sucesión y hermano del joven Tarek. Tal y como advirtió la primera vez, el parecido entre los dos era notable, la gran diferencia estaba en los ojos azules del hombre que permanecía de pie ante ella, un rasgo heredado de su madre, la segunda esposa del sultán Hafez y, según decían los rumores, el verdadero amor del dirigente.

Teniendo en cuenta la palidez extrema que poseía la última vez que lo vio, tendido en el suelo, con la sangre cubriéndole las manos, el buen tono que ahora mostraba, así como la apabullante masculinidad que envolvía a esa montaña de hombre, le resultaba casi impensable. Este tipo que la miraba con pacífica intensidad y le sacaba algo más de una cabeza poco tenía que ver con el moribundo que había contribuido a salvar.

Un oportuno estremecimiento la recorrió por entero poniéndole la carne de gallina, un sutil recordatorio de su desnudez.

—Oh, mierda, mierda, mierda —jadeó encontrándose sin manos suficientes para cubrirse—. ¡Dese la vuelta ahora mismo, alteza!

—¿Es realmente necesario?

La pena que escuchó en su voz contrastaba con el brillo pícaro que bailoteó en sus ojos mientras la recorría sin ningún disimulo.

—O se da la vuelta o juro que lo mando de nuevo al hospital.

Enarcó una ceja ante su rabioso comentario y cambio en su trato, pero ante la duda, prefirió darle la espalda.

—Supongo que me lo merezco. —Creyó escucharle murmurar—. Te pido disculpas, no esperaba encontrarme a nadie en esta zona en particular, pertenece...

—A la familia real, lo sé —replicó vigilándole con un ojo mientras se vestía rápidamente, haciendo una mueca al sentir como la mojada ropa interior empapaba su camiseta y los shorts—. Tarek ha tenido la amabilidad de mostrarme las inmediaciones y concederme el permiso para poder disponer de este lugar, pero si es un problema para vos, tened por seguro que...

—Jasmine. —La forma en que pronunciaba su nombre le provocaba unos deliciosos escalofríos—. Preferiría que siguieses tuteándome, no hay necesidad de todo este formalismo cuando... me has salvado la vida.

—Sois uno de los príncipes de Bahir y yo solo una de vuestras súbditas, lo correcto es dirigirme a vos como corresponde.

—¿Súbdita? —sonrió de soslayo—. Juraría que me han informado de que cierta miembro de la familia Mukhtar ha decidido postularse como mi guardiana y ha sido aceptada. No sabrás quién puede ser, ¿verdad? Me gustaría... conocerla mejor.

Sus mejillas adquirieron un leve sonrojo.

—Me está tomando el pelo, ¿verdad?

—No. ¿Me lo estás tomando tú a mí?

Abrió la boca para decir algo, pero la cerró al momento. Desvió la mirada y vio la mochila tirada a un lado y sus cosas esparcidas por el suelo. No se lo pensó dos veces, se agachó y se puso a recogerlas a la velocidad de la luz.

—Lamento el desastre, me dejé llevar por mi gato.

Cerró los ojos con fuerza y luchó por respirar cuando la imagen de un enorme tigre sacudiendo su bolsa volvió a pasar por su mente. A esta le siguió entonces otra, la del felino desvaneciéndose como si no fuese más que humo y volviese a materializarse en ese hombre.

—¿Estás bien? —Su voz sonó demasiado cerca, ni siquiera había sido consciente de que se le hubiese acercado y allí estaba, frotándole la espalda con la palma de la mano mientras ella luchaba por no hiperventilar—. Te has puesto repentinamente pálida.

—¿He empezado a correr en círculos agitando los brazos?

—No.

—Entonces estoy bien —respondió, entonces se llevó una mano al vientre y cerró los ojos luchando contra las arcadas que le sobrevinieron—. Creo que voy a vomitar.

—Respira profundamente y todo irá bien.

Levantó la mano, pidiendo aire entre ellos.

—¿Le importaría guardarse las manos para usted mismo, alteza?

—Prueba con «*Sharif*».

Ladeó la cabeza lo justo para mirarle.

—Puedo vomitarle ahora mismo en los zapatos y zanjamos el asunto.

El maldito se rió y su sonrisa fue devastadora.

—Has evitado que muriese desangrado en el desierto, Jasmine, eso te da derecho a llamarme por mi nombre.

—En realidad, el que evitó que se desangrase fue mi primo Idris, a él le debe el estar ahora mismo aquí.

—Ya me he encargado de transmitirle mi más profundo agradecimiento.

Sacudió la cabeza y volvió a mirarle de soslayo. Se sentía de nuevo como

una adolescente incapaz de articular una palabra correcta delante del chico que le gustaba. Pero ya no era una niña, ya no era la compañera de juegos del más joven de los príncipes y tampoco se quedaba embobada admirando al segundo de ellos.

—Tarek... quiero decir, su alteza, no debería haberle dejado...

—¿A mi hermano sí lo llamas por su nombre de pila y a mí no?

—Conozco al príncipe desde que éramos niños, fuimos... compañeros de juegos.

—Según recuerdo tanto mi otro hermano, Kaliq, como yo, morábamos en palacio en esa época, así que...

—Y según recuerdo yo, ambos estaban demasiado ocupados como para fijarse en una niñita que correteaba por los pasillos jugando con uno de los enormes tigres.

—Chicos jugando a ser hombres, demasiado pagados de sí mismos como para fijarse en algo más que sus juguetes —replicó él con un chasquido de la lengua. Parecía genuinamente divertido—. Era un chiquillo arrogante, ¿no?

—Yo no he dicho eso.

—No hacía falta, lo tenías escrito en la cara. —Le acarició la punta de la nariz con el dedo y sonrió—. En cuanto a mi hermano, le pedí que me dejase a unos cuantos kilómetros de aquí. Necesitaba estirar las patas, tengo una importante conexión con el desierto y con este lugar.

Estirar las patas. Sí, podía imaginarse a ese enorme tigre que casi le para el corazón corriendo sobre las dunas como si realmente perteneciese a ese lugar.

Tanto tiempo escuchando historias fantásticas, leyendo antiguos documentos a la luz de una vela, oteando en la vida de sus antepasados a través de las páginas fragmentadas de un diario y la realidad se presentaba ante ella de manera tan natural.

—Y fue una suerte que me concediese mi petición, de lo contrario no te habría encontrado aquí.

—Dadas las circunstancias de dicho encuentro, me atrevo a decir que

hubiese preferido uno más... formal —carraspeó—. El cual se produciría con toda probabilidad durante la ceremonia de esta noche.

La mención del evento pareció provocarle cierto malestar, su semblante mudó durante unos segundos antes de volver a mostrarse despreocupado.

—¿Se encuentra bien?

Negó muy lentamente con la cabeza, un gesto, una afirmación que no se esperaba.

—¿Qué es? ¿La herida? ¿Te duele? Diablos, voy a matar a Tarek, no debería haberte dejado...

Levantó la mano, callándola. Su mirada se encontró con la suya y su sonrisa, aunque triste, la tranquilizó.

—No me hagas caso, estoy algo... confuso por los recientes acontecimientos. —Aquello sonaba a excusa y no a una buena, precisamente—. ¿Te importaría acompañarme hasta el campamento? Le prometí a Tarek que podría recogerme a la puesta de sol y, dado el tiempo que ha pasado, creo que voy a llegar un poco tarde a mi cita. Me vendría bien contar con una aliada.

—¿Qué le hace suponer que tengo la menor intención de ser su aliada?

—Que eres mi guardiana.

Sus palabras le provocaron un nuevo sonrojo, parecía burlarse mientras lo decía, como si el hecho de que se hubiese postulado ella misma le pareciese gracioso.

A Alí no se lo había parecido en absoluto, el señor de Khuzayma había tomado su petición como una burla, como un insulto al cuerpo todavía presente de su hermano. Jasmine había soportado de forma estoica cada una de sus acusaciones, le permitió que se desahogase, que vertiese todo lo que llevaba en su interior y aliviase de ese modo su carga.

«No vuelvas a pedírmelo, Jasmine, por el cariño que te tengo, olvidaré que hemos tenido siquiera esta conversación».

«No deseo herirte, Alí, has sido como un hermano para mí desde que tengo memoria. Nunca te haría daño a propósito, ni a ti ni a Jason. Pero si algo

tengo, si por algo se nos conoce a las tres primeras familias es por nuestro honor y lealtad. No es de mí de quién sale dicha petición, sino de Jason. Fue lo último que consiguió pronunciar antes de... dejarnos. Le escuché de sus labios, un intento desesperado que luego se repitió con total claridad en su mente».

Le habló de los últimos momentos de su hermano, lo consoló dejándole saber que no había muerto solo y que sus últimas palabras habían sido para honrar su palabra y a su familia.

«Cada una de nuestras familias tiene un deber eterno para con los tygrain de Bahir. Forma parte de nuestra cultura, de nuestras tradiciones, de lo que nos enseñan desde la cuna. Como sus guardianes, nos corresponde apoyarles, permanecer a su lado en todo momento y ser sus más fieles defensores. Nuestras familias comparten un pasado común, poseemos un vínculo que va más allá de la sangre, que se remonta al nacimiento de esta tierra, Jasmine, pero es un vínculo que se forja libremente, sin coacción y por amor. Jason veía a Sharif como un hermano y cumplió con su deber hasta su último aliento. Está bien, hermanita, si esto es lo que deseaba mi hermano, lo que tú deseas, te apoyaré».

—Mi familia siempre ha sido leal a los Al-Hanak, mi padre tiene al sultán en una gran estima y me consta que esta es recíproca —murmuró volviendo al presente y al hombre que tenía frente a ella—. Pero ellos han tenido años para conocerse, para confiar el uno en el otro y, siento decíroslo, príncipe Sharif, yo a vos no os conozco...

No realmente. El hombre que estaba ante ella nada tenía que ver con el adolescente al que había admirado entre las sombras, con el que había fantaseado en su infancia. Este era alguien completamente distinto y que, sin embargo, le inspiraba tanta devoción como lo había hecho en su inocencia.

—¿Traicionarías a tu propia familia y la alianza que tiene con los Al-Hanak por ello? —La sorprendió con aquella pregunta—. ¿Traicionarías el secreto de mi familia ahora que lo has visto con tus propios ojos, Jasmine?

Tragó, no pudo evitarlo. Su tono de voz había cambiado y la mirada en sus ojos era fría, completamente helada y le provocó una punzada de miedo.

—Juré sobre mi alma y mi sangre que nunca rebelaría ningún secreto de los que me fueron confiados por la *Maktabat Alsahra*^[3] —replicó con total seriedad, su mirada fija en la de él—. Nunca haría daño a las personas que me abrieron las puertas de su hogar cuando era solo una niña, que han tratado a mi padre con respeto y han evitado que me matasen a mí y a mis guardaespaldas en medio del desierto. Respeto las tradiciones de mi pueblo, puede que no sea tan... baharí como le gustaría a mi padre, pero sé dónde están mis raíces y cómo honrarlas.

—La Biblioteca del Desierto, muy pocas personas tienen acceso a tal conocimiento. —Su tono cambió una vez más, había perdido el borde acerado, pero seguía pareciendo un poco frío, distante—. Si ha compartido contigo parte de su sabiduría, no hay mejor candidata que tú para el puesto de guardiana.

—¿Eso quiere decir que no va a matarme y enterrarme debajo de una palmera?

Una sonora carcajada atravesó el solitario paraje, su rostro cambió radicalmente al sonreír.

—Eres divertida, lo admito —respondió entre risas—. No tengo intención de hacerte daño alguno, Jasmine, no está en la naturaleza *tygrain* herir a una... guardiana.

¿Por qué tenía la sensación de que esa no era la palabra que había querido utilizar?

—Pero entiendo tu desconfianza y estoy dispuesto a hacer lo necesario para erradicarla —aseguró con renovado interés—. Dejemos a un lado el asunto de *tygrain* y guardián y, comencemos por ser amigos, ¿te parece?

Miró la mano que le había tendido y luego a él.

—¿Amigos?

—Por algún lugar habrá que empezar, ¿no te parece?

Se lamió los labios, miró de nuevo su mano extendida y claudicó.

—Está bien, supongo, que puedo... intentarlo.

Le giró la mano y se la llevó a los labios.

—Hazlo, Jasmine, pon todo tu empeño. —Le besó los nudillos provocándole con el gesto un relámpago de emoción—. Y te prometo que yo haré lo mismo.

CAPÍTULO 10

—Has encontrado compañía, por lo que veo.

Sharif levantó la mirada y se encontró con ese brillo travieso en los ojos de su hermano.

«¿Te lo has pasado bien?».

«¿Esto ha sido cosa tuya?».

Sacudió la cabeza lentamente.

«Ella tiene plena autonomía para ir y venir por dónde le place, una concesión de nuestro venerable padre».

«Y sabías que estaría allí».

—No sé si la recordarás, Shar, pero ella es la mujer que evitó que pasases al otro barrio.

Su respuesta fue gruñir, un sonido nada humano que le provocó sendas miradas por parte de los dos presentes.

—Curioso.

La miró y asintió con sencillez.

—Algunas personas tienden a molestar al felino que hay en mí. —Señaló a Tarek con un gesto de la barbilla—. Y él es uno de los que me provoca cualquier cosa menos ronronear.

—¿De verdad ronroneas? —Lo preguntó en un tono de voz tan bajito que tuvo que esforzarse por escuchar.

Se inclinó sobre ella, sin tocarla y dejó que su garganta emitiese un bajo y grave ronroneo felino.

—Solo cuando la situación lo amerita.

—Joder...

Su exabrupto lo hizo sonreír.

—Deberías cambiarte de ropa, las temperaturas suelen bajar con rapidez y no quisiera que pescases un resfriado por mi culpa.

—¿Te has bañado con la ropa puesta?

Tarek, quién había asistido al intercambio con abierta curiosidad, posó la mirada sobre la parte superior de la camiseta. Su respuesta fue instantánea, un nuevo gruñido emergió de su garganta, una profunda y lisa advertencia.

—Deja de mirarla —rezongó con voz ronca, el tigre hablando por él.

—¿Si cierro los ojos te sentirás mejor?

«*Suenas un poquito... territorial, ¿no te parece?*».

«*No me provoques, Tarek, no es un buen momento para que pongas a prueba mi paciencia, no delante de mi mujer*».

—¿Es ahora cuando os bajáis los pantalones y competís a ver quién tiene la meada más larga?

Ambos la miraron entre sorprendidos y divertidos.

—Lo siento, tengo dos primos que se comportan igual que vosotros, una al final termina por acostumbrarse a vivir entre... orangutanes.

—Especie equivocada, Jasmine —le respondió sin poder evitar que sus labios se curvasen en una perezosa sonrisa—. Nosotros venimos de la rama felina.

«*Así que, ¿ahora es cuando dices "Tarek, tenías razón"?*».

El brinco que dio Jasmine a su lado fue suficiente para que su felino gruñese otra vez, una advertencia dirigida al cachorro. Él acababa de utilizar el vínculo común en lugar del familiar que tenía con él y ella parecía haberle escuchado.

—¿Era necesario?

—Soy un gatito guapo, grande y muy educado —aseguró con gesto perezoso—. Y me encanta que me rasquen la barriga, por cierto.

—Esa es más información de la que necesitaba, gracias —declaró levantando ambas manos y girando sobre los talones para alejarse de ellos—. Mi cerebro va a estallar si sigo cerca de vosotros.

—Prometiste intentarlo, Jasmine.

Se detuvo, se giró hacia él y se encogió de hombros.

—Sí, pero no dije que día iba a empezar a hacerlo.

—Puedes empezar esta misma noche, acompañándome en la ceremonia.

—Acabas de salir del hospital, alteza, ¿no deberías tomarte las cosas con calma?

—Lo estoy haciendo —declaró con voz suave—. Tu presencia, me calma.

No supo que contestar a eso, pero tampoco fue necesario.

—Estás atrapada, Jasmi, solo dile que sí y cámbiate —la aconsejó Tarek intentando no reírse—. Si no deseas quedarte a pasar la noche en palacio, te traeré de vuelta.

—Dos *tygrain* juntos sois demasiado con lo que lidiar.

Dicho eso se alejó con decisión, desapareciendo en el interior de una de las tiendas.

—Parece que mis suposiciones no iban tan desencaminadas después de todo —comentó el cachorro girándose hacia él—. No solo era el vínculo de un guardián...

—Es mi compañera, sí —aceptó sin vacilación—. Pero no sé de dónde ha salido ese vínculo inicial, ni cómo no me di cuenta en el desfiladero que era ella.

—Es distinto al que noto entre Kaliq y Sarah, en mucho más... amplio, menos específico. —Negó visiblemente confuso—. Pero la conexión contigo es mayor que la que tiene conmigo o con Kal.

—¿Y por qué crees que es así?

—Supongo que se debe a que es una guardiana, como Jason. —Se encogió de hombros—. Por otro lado, al ser tu compañera, es normal que su vínculo contigo sea mucho más fuerte.

Arrugó la nariz y resopló.

—¿Qué ha hecho que no quiera quedarse en palacio? ¿La han molestado? —Deslizó la mirada hacia la tienda en la que había desaparecido—. No es seguro para una mujer quedarse sola en el campamento, mucho menos durante la noche.

—Jasmine pertenece al desierto, Shar, tú mejor que nadie debería saber lo que eso significa —le recordó—. Y no ha estado sola en ningún momento, ¿por qué crees que me he mudado aquí?

Chasqueó la lengua y lo miró.

—Es mía, Tarek, mía. —Un recordatorio, uno que no deseaba dejar lugar a dudas—. Y no me gusta la idea de que esté aquí por las noches.

—Puedes quedarte en mi tienda y vigilarla tú mismo —le soltó él—. O aún mejor, quédate en la suya y así no tendrás que quitarle el ojo de encima. Aunque, más te vale ponerte un cinturón de herramientas alrededor de las caderas y quedarte pegado a su culo, porque esa chica se pasa la mayor parte del día metida entre polvo, mugre y vestigios de nuestro pasado.

Cambió la dirección de su mirada hacia el lugar en el que estaban excavando, el mismo en el que su hermano había sufrido un accidente que podría haberle costado no solo su vida, sino también la de su compañera. El incidente había puesto al descubierto las ruinas de un palacio anterior a los restos que se veían a simple vista y, en modos que todavía no podía explicar, también había sacado su pasado a la luz.

—¿Estamos haciendo lo correcto desenterrando el pasado, Tarek?

—Creo que *ellos* quieren que lo hagamos —respondió en voz baja—. Cada vez que bajo ahí, es como si las paredes hablaran aunque no puedo entender lo que dicen.

—¿Qué quieres decir?

—Las mediciones del espectro han creado un mapa virtual de lo que podría estar todavía encerrado en la montaña. —Se encogió de hombros—. Es como si el palacio hubiese prosperado en el interior de la rocosa mole. Jasmine cree que la parte visible podría ser posterior a la sala que descubrió Kaliq, muy

posterior.

—Sabemos que se produjeron varias reconstrucciones antes de que nuestro abuelo decidiese mudar la residencia real a Samad y construir el nuevo palacio.

—Sí —aceptó el chico—. Y ese es el motivo por el que nuestro padre cree que la sala que encontramos podría muy bien pertenecer a la familia original; al primer *tygrain* y su compañera humana.

Una teoría que se había encargado de compartir con ellos y que había motivado el escoger con lupa a cada una de las personas que tenían acceso a la excavación.

—Kaliq comentó algo sobre la incomodidad de ciertos... expertos ante la presencia de Jasmine —comentó recordando la previa conversación con el príncipe heredero—. Quiero saber quiénes son y, sobre todo, que les queda claro que ella está ahora bajo mi protección.

—Ahora es cuando hablas como un *tygrain* recién emparejado.

—Me temo que no he hecho más que empezar —murmuró echando un nuevo vistazo hacia la tienda de su compañera—. Y temo que las cosas se pondrán cada vez más peligrosas si no voy con cuidado.

—Bueno, ya conoces cuál es la solución rápida, Kal la puso en práctica con notable éxito.

Negó con la cabeza.

—Yo no soy él, prefiero hacer las cosas de otro modo —replicó pensativo.

—No hay demasiadas opciones al respecto, gatito, si te vieses ahora mismo en un espejo, lo entenderías. Casi puedo verte agitar la cola mientras te relames los bigotes. —Él lo miró—. Y, al contrario que Sarah, Jasmine procede de una familia con largos lazos con los Al-Hanak. Sabe quién y qué eres, sencillamente ve por la vía corta: Tú compañera, yo *tygrain*. ¡Fiesta!

Su felino gruñó a través de su garganta visiblemente ofendido.

—Puede que sea consciente de nuestra naturaleza, que conozca nuestra raza, pero no está acostumbrada a estar a nuestro alrededor.

—Sí, Kaliq y yo nos hemos dado cuenta de ello cuando se la encontró en

medio del pasillo al poco de llegar a palacio y casi le salen los ojos de las órbitas —chasqueó la lengua—. Ese es uno de los motivos por los que ha querido trasladarse al desierto. No deja de ser curioso, pues recuerdo jugar con ella siendo un cachorro. ¿Sabes? De algún modo ella me fascinaba, me gustaba estar a su alrededor. Mamá me dijo que solía buscarla cuando venía a palacio con el consejero.

—Es curioso cómo mueve los hilos el destino, apenas recuerdo verla por el palacio.

—¿Te acuerdas de esa vez en la que padre y el consejero Mukhtar se quedaron encerrados en el despacho del sultán?

—Como para no recordarlo, su voz todavía me resuena en los oídos de los gritos que nos pegó a Kaliq y a mí. —Hizo una mueca—. No quiso creernos cuando le dijimos que había sido la hija de una de las sirvientas, una mocosa menudita y descalza que había estado jugando con la llave hasta que se le rompió dentro de la cerradura.

—Pues esa mocosa menudita y descalza es tu compañera —señaló divertido—. Y la travesura fue idea mía. Aunque lo que yo tenía en mente era cerrar la puerta y dejar la llave por fuera, para que cualquiera pudiese abrirla, pero se rompió.

Hizo un esfuerzo para rememorar ese momento, para recuperar el recuerdo de esa niña.

—Le debo a Kal diez dólares —comentó con una peculiar sonrisa—, espero que no quiera que le sume los intereses. Estaba convencido que tú habías sido el que había orquestado aquello, que habías embaucado de algún modo a alguna sierva.

—Sí, bueno, tengo que decir que Jasmi y yo lo confesamos todo, de hecho, fue ella la que inició la confesión y lo hizo ante nuestro padre. Ver a una niña de este tamaño diciéndole al sultán que no os castigase a vosotros por una travesura suya fue toda una lección. —Tarek parecía rememorar aquellos momentos—. Siempre ha sido tu fiel defensora, ¿sabes? Supongo que ahora eso

tiene mayor sentido, de algún modo, estaba destinada a ti. Y eso me alegra y mucho, me gusta la idea de que sea mi nueva hermana. Es especial y pertenece a este lugar, al desierto, al igual que nosotros.

Siguió su mirada, el sol había empezado a descender en el horizonte tiñéndolo todo de esos adorables naranjas y rosados.

—Necesitaré que me pongas al día de todo lo relacionado con el proyecto, de lo que se ha hecho en mi ausencia. Kaliq me puso al corriente de lo que has estado haciendo últimamente, incluyendo el rastrear a esos hijos de puta.

El semblante jovial de su hermano cambió al momento, adquiriendo un gesto frío, serio. No se había dado cuenta de lo mucho que había madurado Tarek, para él siempre había sido un cachorro, su hermanito, a quién adoraba.

—Las tribus del este: Arslan, Sahin y Husayni, se han puesto a nuestra disposición —le resumió—. Han formado una alianza para cuidar y vigilar a los pueblos fronterizos. El reciente ataque ha levantado ampollas en los *baharis* y las siete tribus nómadas que se asientan en nuestro territorio. El ataque a un jeep con el miembro de una de las tres familias, el asesinato de uno de los hijos Abdul Wahid, la masacre perpetrada contra su gente en su propia tierra... No lo perdonarán, han atentado contra lo más sagrado para ellos.

—¿Tenemos alguna idea de quiénes son los responsables?

Negó con la cabeza.

—Mercenarios contratados por alguien, renegados de alguna de las tribus... —Dejó escapar un profundo suspiro—. El tipo de armas que encontramos en el desfiladero vienen de Oriente Medio, los cuerpos que han quedado reconocibles todavía no han sido identificados en su totalidad, pero por su aspecto parecen ser baharíes. Algunos de los hombres que estaban conmigo cuando acudimos a tu llamado reconocieron en los caídos a un par de miembros de otras tribus.

—Así que es posible que alguien esté reclutando a nuestra propia gente para atacarnos —caviló—. Pero, ¿por qué? ¿Qué es lo que buscan?

—No lo sabemos. Nadie ha reclamado hasta el momento la autoría del

atentado y, aunque hemos hecho lo posible para mantener todo esto lejos de la opinión pública, cómo siempre las cosas terminan por filtrarse. Y Sharif, odio tener que lidiar con los medios de comunicación. Me siento un poco idiota hablando a un palo con una pelota acolchada.

Sonrió, no pudo evitarlo. La parte de los medios y todo lo que conllevaba la prensa lo llevaba él.

—¿Qué es lo que ha salido publicado?

—No mucha cosa —aceptó con un suspiro—. Ese periodista amigo de mamá, el del pelo azul, se encargó de maquillar la noticia principal.

Luca Davis había llegado a Bahir años atrás para cubrir un reportaje sobre el país, sus costumbres y dar así a conocer al mundo ese pequeño rincón árabe y se había quedado prendado de la capital. Era un buen periodista, un hombre honesto y se había ganado su respeto y la amistad de su madre, lo cual era de por sí algo inaudito.

Si había algo que caracterizaba a Zulema Al-Hanak era su elegancia y discreción, como segunda esposa prefería quedarse entre bambalinas y dejar todos los temas de estado sobre los hombros de su compañero y la primera esposa de este. A pesar de ello, su madre era una mujer extremadamente inteligente y, cuando Luca llegó a palacio se lo supo meter en el bolsillo para toda la eternidad. Ambos mantenían una cordial amistad, de hecho, había sido su progenitora quién le había presentado a la actual esposa del periodista.

—La nota de prensa oficial habla de un accidente de helicóptero en el desierto. Un desafortunado accidente que le costó la vida al piloto e hirió de gravedad a uno de los pasajeros. Que, obviamente, no tiene un nombre que pueda ser reconocido por el pueblo llano. Las causas del siniestro están bajo investigación pero todo apunta a una falla mecánica, una explosión en el rotor de cola. Hasta aquí todo bastante ajustado a la verdad, ¿no?

Asintió.

—¿Alguna nota sobre el asalto al jeep?

—Mamá creyó que sería útil que la población supiese que hay un grupo de

hijos de puta dispuestos a «asaltar» a turistas, de este modo las agencias de turismo que ofertan excursiones y demás actividades podrán tomar sus propias medidas.

Un movimiento inteligente.

—De acuerdo —aceptó digiriendo todo lo que acababa de escuchar—. Tenemos que descubrir quién está detrás de esos ataques, quién es la persona, facción o lo que sea que mueve los hilos y da las órdenes. Y eso, hermanito, puedes seguir haciéndolo tú. Solo te pido una cosa, Tarek, no te expongas, si ves algo raro, da media vuelta y lárgate. No te arriesgues.

Su concesión pareció sorprenderle en un principio, pero asintió.

—No tengo la menor intención de arriesgar mi pellejo gratuitamente, le tengo demasiado aprecio —declaró intentando dotar sus palabras de cierta jocosidad—. Por otra parte, ya que estás aquí y esa polvorilla que se ha ocultado en su tienda es tuya, te cederé el honor de seguir su bonito culo y vigilarla. Yo volveré ahí fuera. —Señaló el desierto con un gesto de la barbilla—. Creo que salgo ganando, Shar.

Resopló, puso los ojos en blanco y le palmeó la espalda.

—Te lo recordaré cuando encuentres a tu propia compañera.

—Solo pido que ella no sea ni como Sarah, ni como Jasmine o perderé todas las rayas el primer día que tenga que pasar a su lado.

El comentario le arrancó una sonrisa, no pudo evitarlo, Tarek parecía realmente convencido y suplicante al decir aquello.

—Esa es una visión que no me perdería por nada del mundo.

—Sí, bueno, ocúpate de tu presente, que yo me ocuparé de mi futuro cuando este venga a pegarme una patada en el culo.

Le dedicó un guiño y miró el reloj.

—Será mejor que llame a casa y pase el parte o enviarán al ejército a buscarnos —replicó con una mueca y le lanzó las llaves del jeep—. Quédate con esto y conduce tú. Ella lo hace de terror. Yo volveré a pie.

Cogió el llavero con un tigre sonriente y puso los ojos en blanco.

—¿En serio?

—¿A que es mono?

Optó por ignorarle y le dio la espalda.

—Llegaremos a tiempo para la ceremonia —le avisó—. Dile a padre que la abriré yo.

Con un último gesto de asentimiento, el más joven de los Al-Hanak, cambió a su forma *tygrain* y se alejó trotando hacia el desierto.

CAPÍTULO 11

—A veces me pregunto si la gente viene a estas cosas para rendir homenaje a la persona que se ha ido o para ver a las que todavía quedan con vida.

Jasmine reaccionó a las palabras de su padre con un leve asentimiento de cabeza.

—Los vivos siempre han dado más de qué hablar que los muertos —murmuró en respuesta—. Y cuando se trata de alguien que ha vuelto del más allá, la cosa se magnifica.

Su progenitor era un hombre reservado, a sus sesenta años era capaz de decir más con una mirada que con un puñado de palabras. Le miró y se encontró con sus ojos azules, un duplicado de los suyos, quitando esa similitud y el color castaño oscuro de su pelo, ahora salpicado por canas, no podían ser más distintos. Thomas era sin duda quién más se le parecía físicamente, de ahí que a menudo lo hubiesen tomado por hijo suyo en vez de por sobrino.

—Es un milagro que su alteza esté hoy con nosotros —bajó incluso más la voz, para que solo lo escuchase ella—, uno que te debe en gran parte.

—Yo no he hecho nada. Es a Idris a quién tendréis que alabar por su gran trabajo en el campo de la medicina —le miró—, él fue quien se encargó de estabilizarlo hasta que pudieron trasladarlo a un hospital.

El recuerdo le produjo un escalofrío, se le encogió el pecho y, como había hecho durante toda la noche, lo buscó con la mirada.

—El milagro es que esté hoy en pie, aguantando toda la ceremonia con estoicismo —añadió examinándolo desde la distancia.

—Jason tenía un vínculo muy particular con el príncipe Sharif, no solo era su guardián, era su amigo —comentó él—. No es fácil para alguien del estatus de su alteza encontrar a alguien que le mire como la persona que es y no por el título que ostenta.

—¿Intentas decirme algo, papá? —le miró de soslayo—. Porque si es así, te agradecería que te dejases de subterfugios y fueses directo al grano.

—¿Por qué te has postulado como su guardiana?

Bien, ¿no le había pedido que fuese directo al grano? Pues ahí tenía su petición.

—Tú mismo has dado con el motivo antes siquiera de hacerme esa pregunta, que has tardado, por cierto —replicó sin mirarle, volviendo a concentrarse en el hombre que permanecía en pie al otro lado de la sala, rodeado por su familia y, al mismo tiempo, aislado por voluntad propia—. Jason me lo pidió antes de morir, fueron... fueron sus últimas palabras. Creo, creo que tenía miedo de... esto, de que Sharif se quedase solo, que no tuviese a nadie que lo viese como es...

—¿Y tú lo ves cómo es?

El extraño tono en su voz le llamó la atención.

—Me has educado para hacer precisamente eso.

Se limitó a mirarla durante unos momentos, entonces sacudió la cabeza.

—Te eduqué para pensar por ti misma, para honrar y venerar tus raíces, para perpetuar nuestra dinastía y, ahora me pregunto si no habré pecado de soberbia.

—¿Soberbia? ¿Tú? —Lo miró divertida—. ¿Quién eres y que has hecho con el consejero Mukhtar?

—Aunque no lo parezca, sigo siendo tu padre. —Le dedicó una soslayada sonrisa—. Y eso me da permiso para preocuparme por mi única hija y su futuro.

—Te recuerdo que si estoy aquí es porque tú me lo has pedido, prácticamente exigido y, en gran parte, porque me has puesto delante de las narices las ruinas de una civilización de la que solo saben un puñado de personas

—canturreó—. A ti se te da bien lidiar con un montón de tipos estirados cuyo ego no les cabe en el traje y a mí ensuciarme de polvo y mugre.

—Sí, por eso te pedí que vinieses —aceptó—. Sabía que, no solo serías incapaz de darle la espalda a un hallazgo semejante, sino que tú más que nadie comprendería la importancia que tenía para nuestra familia. Eres, con total seguridad, quién está más preparada para responder a las preguntas que se ocultan ahí abajo.

—Siempre he sido una ratilla de biblioteca, ¿es eso lo que quieres decir?

—Eres quién estás destinada a ser, tu sed de conocimiento nace en el desierto, como lo ha hecho tu pueblo desde el principio de los tiempos —declaró solemne, entonces señaló hacia el otro lado de la sala—. La familia Al-Hanak ha sido siempre parte de nosotros, una responsabilidad ineludible, pero hasta hoy no había existido un guardián «nacido del desierto», no que tengamos constancia.

—Los diarios están incompletos, ¿quién sabe lo que habría o no existido y no fue registrado?

Su mirada fue de advertencia, acababa de poner en voz alta uno de los secretos mejor guardados de la familia Mukhtar.

—Cuidado, Jasmine, mucho cuidado.

Desvió la mirada y se encontró con los ojos de Sharif fijos en ella, la miraba de una forma extraña, que le provocaba cosquillas en el estómago y se vio obligada a romper esa conexión.

«¿Ahora me niegas la mirada, mi guardiana?».

Dio un respingo y se llevó la mano a la cabeza al escuchar su voz allí, alta y clara. Levantó los ojos, buscándole y encontrándole al momento con una perezosa sonrisa en los labios.

Ese hombre era como una caja sorpresa de la que no sabías que iba a salir, había entrado a su tienda sin llamar, se había apoyado en una de las columnas que sustentaban la estructura y se había puesto a hablarle sin más: Tenemos que conocernos, le había dicho. Y había mencionado un episodio que prácticamente se le había olvidado, el incidente de la llave rota en la cerradura.

Tan solo era una niña, estaba pasando una de esas jornadas en palacio con su padre y, como era usual, se había visto envuelta en las travesuras de Tarek. La idea era cerrar la puerta y dejar la llave puesta para que cualquiera pudiese abrir desde fuera, pero esta se había roto. Tanto el sultán como su progenitor no se tomaron el percance como un juego de niños, de hecho, estaban convencidos que los culpables eran los dos príncipes mayores.

Su pequeño corazón había dado entonces un vuelco, no deseaba que culpasen a nadie de sus travesuras y mucho menos a Sharif. En su mente infantil había decidido que sería su príncipe, que cuando fuese mayor, se casaría con él. Una idea tonta que había crecido con el paso del tiempo, que había ido madurando hasta su adolescencia. Una idea tan tonta que se había arraigado en su corazón con una tozudez innata y que la había llevado a guardar una diminuta esperanza de que, algún día, su amor sería correspondido.

Pero aquellos habían sido los deseos y anhelos de una niña, de una jovencita que nada tenía que ver con la mujer que era ahora. Estos quedaron atrás, olvidados, relegados a un rincón cuando dejó su tierra natal por la carismática y bulliciosa Londres. No volvió a pensar en él ni siquiera cuando le anunciaron su compromiso con el segundo de los hijos de la familia Abdul Wahid. Al fin y al cabo, seguía siendo Jasmine Mukhtar y el deber era algo arraigado en su familia.

Y sin embargo no pudiste amar a Jason, no pudiste siquiera pensar en él como tu futuro marido, se aguijoneó a sí misma.

—¿Jasmine?

«¿Estás llorando?».

La voz de su padre se mezcló con la del príncipe en su cabeza, notó esas lágrimas resbalando por su mejilla.

—¿Qué ocurre?

Sacudió la cabeza y se las limpió rápidamente, evitó la mirada de uno y se parapetó tras la enorme figura de su padre para recuperar la compostura.

—No es nada, papá, estoy bien —le aseguró al momento—. Son...

demasiadas emociones, recuerdos... agridulces. Jason se ha ido y no he podido hacer nada por él.

—Te ha puesto sobre los hombros un peso demasiado elevado y no sé si estarás preparada para enfrentarte a ello. —Sus ojos parecían mirar más allá de su exterior—. Hay mucho de los *tygrain* del desierto que todavía desconoces.

—Bueno, ahora tengo uno para mí solita. —Intentó que sonara gracioso y no tan aterrador como le parecía—. Utilizaré al príncipe Sharif como conejillo de indias y le sonsacaré toda la información que necesite.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo piensas hacerlo, Jasmine?

No pudo evitar dar un saltito al escuchar su voz, alta y clara a su espalda. Miró a su padre, quien dedicó al príncipe una ligera inclinación de cabeza y se giró para enfrentarle a su vez.

—Me alegra verte en pie, alteza.

—Gracias, Harun —correspondió él, cogiendo una de las manos del hombre entre las suyas para su sorpresa y regocijo. Aquella era una señal de humildad y respeto hacia el consejero—. Sin duda, se lo debo en gran parte a tu hermosa hija.

¿Hermosa? La palabra le provocó una punzada de calidez.

—Ya he repetido hasta la saciedad, que las gracias se las deis a Idris, mi primo se llevó todo el mérito, yo...

—Tú solo metiste los dedos en mis tripas, ¿no es así?

Parpadeó al oírle parafrasear sus propias palabras.

—Sí, es asqueroso, pero así fue.

Sonrió y extendió la mano, rozándole la mejilla, resbalando el dedo por la bolsa del ojo.

—Has llorado.

—La ceremonia la ha... emocionado.

La inesperada salida de su padre hizo que ambos se girasen hacia él, las mejillas masculinas al momento adquirieron cierto rubor.

—Es duro perder a alguien a quién se quiere, por quién se guarda afecto y

ambos hemos perdido a la misma persona —declaró Sharif volviendo a mirarla de nuevo—. Eso hace que entendamos mucho mejor el corazón del otro.

No podía refutar eso, si bien los sentimientos podían no ser los mismos, ambos entendían esa pérdida.

—No quiero verte llorar de nuevo —sentenció resbalando los dedos por su mejilla hasta abandonarla por completo—. ¿Tienes idea de la imagen que da una guardiana lloriqueando por las esquinas?

Aquello fue como una bofetada que la espabiló por completo.

—Yo no lloriqueo por las esquinas.

—Ah, ahí está, esa mirada triste ha desaparecido —le dijo con una perezosa sonrisa—. No te pediré que sonrías, hoy no, pero la tristeza... digamos que a mi tigre le pone nervioso.

—¿Y eso debería importarme porque...?

—Porque se muere de ganas de darte un bocado —replicó, acercándose a ella y susurrándole cerca del oído para que nadie más lo escuchase. Entonces dio un paso atrás y miró a su padre, quién estaba visiblemente confundido—. Harun, solicito tu permiso para poner el cuidado de tu hija en mis manos a partir de ahora.

La petición tomó por sorpresa tanto al padre como a la hija.

—¿Disculpa?

—¿Está bromeando, su alteza?

Negó con la cabeza y miró al hombre a los ojos durante unos segundos. Si no creyese que era imposible, juraría que su padre palideció durante unos segundos.

—No, Harun, todo lo que he dicho es la verdad —aseguró tan tranquilo, se cruzó las manos a la espalda y ladeó la cabeza—. Jasmine se ha postulado como mi guardiana, solo quiero que sepa que hago mía la tarea de protegerla como ella ha hecho suya la de protegerme a mí.

—Yo soy la guardiana y tú uno de los *tygrain* de Bahir, es mi deber para contigo, como miembro de la segunda familia.

—Sí, Jasmine, eres mi guardiana y yo soy tu *tygrain*, con todo lo que eso conlleva —le dijo, concediéndole un segundo de atención antes de volverse de nuevo a su padre—. ¿Y bien?

El hombre se echó a reír, lo cual fue incluso más absurdo.

—Por supuesto que os doy permiso, hijo, por supuesto que os lo doy —respondió entre risas—. Y mi bendición. Solo espero que sepáis dónde os estáis metiendo... los dos.

—Me encargaré de que a ninguno nos queden dudas, Harun —Le devolvió la sonrisa y, acto seguido la cogió de la mano—. Entonces, ¿qué te parece si empiezas a ejercer tu puesto y me escoltas el resto de la noche?

—¿Tengo otra opción?

Fingió pensárselo.

—No, no la tienes. —Tiró de ella y la instó a caminar, rodeándole la cintura con el brazo—. Cuando dije que tú me aportabas calma, era verdad, tu cercanía me hace bien, sobre todo en una noche como la de hoy.

El mudo recordatorio por el que estaban allí hizo que volviese a centrarse.

—¿Cuánto tiempo estuvo a tu lado como guardián?

—Diecisiete años, siete meses y trece días.

—Eso es toda una vida.

—Nos conocíamos de toda la vida, era un par de años mayor que yo y solíamos pasar bastante tiempo juntos —comentó, guiándola a través del salón hacia una de las arcadas que sabía daba al jardín de invierno—. ¿Y tú? ¿Cómo terminaste prometida a mi antiguo guardián?

El que supiese eso la avergonzó un poco.

—Nuestras familias buscaban formar una alianza provechosa.

—¿Le querías?

La pregunta fue disparada a bocajarro y se detuvo en seco, en plena entrada al jardín. Levantó la mirada y se encontró con sus ojos fijos.

—Lo suficiente como para cumplir con su última voluntad. —Las palabras brotaron libremente, sin tapujos—. Me pidió que cuidase de ti, que tomase su

relevo como guardián y no te dejase solo. Esas fueron sus últimas palabras.

—Es curioso —murmuró él, sonrió de soslayo y soltó un pequeño suspiro—. Parece que en el último momento, Jason pensó en ambos.

—¿Qué quieres decir?

—Él me pidió que te buscara, que me hiciese cargo de ti, lo que nunca imaginó es lo que esa petición iba a traer consigo.

—¿Por qué tengo la sensación de qué, a pesar de que nuestras palabras se parecen, no tienen nada que ver unas con las otras?

La miró y la invitó a seguirle hasta el jardín. Situado en una de las terrazas superiores tenía una hermosa vista del cielo estrellado y de la ciudad de Samad a sus pies. Los árboles, las grandes vasijas con flores, los setos perfectamente recortados y los macizos de flores se alternaban con los bancos de madera y forja diseminados por la extensión.

—Te lo preguntaré de otra manera, ¿estabas enamorada de él? ¿Lo querías como a un amante?

La pregunta la cogió por sorpresa y no pudo evitar responder a la defensiva.

—Eso no es asunto tuyo, alteza.

Sharif solo se detuvo al llegar a la balaustrada, le dio la espalda a la ciudad y se apoyó, mirándola a ella.

—No quiero que te enfades conmigo.

—Pues no hagas preguntas que no voy a responder.

Arrugó la nariz y se giró lo justo para mirar la ciudad. De perfil, con el rostro sereno, se parecía bastante al sultán, pero en Sharif había un aire de melancolía que le provocaba abrazarlo.

—He perdido a mi mejor amigo y he encontrado a mi compañera —le escuchó musitar—. Ha sido como un morir y renacer el mismo día, en el mismo momento y no soy capaz de acostumbrarme a este dolor de la pérdida ni a la felicidad del encuentro.

Se llevó la mano al costado, un gesto inadvertido, pero suficiente para que

se moviese y fuese hacia él.

—Deberías dejar de decir cosas sin sentido y de coquetear conmigo e irte a descansar —lo reprendió apartando su mano, para hacerle a un lado la camisa y buscar el vendaje—. Acabas de salir del hospital.

—No estaba coqueteando contigo. —Su afirmación le provocó una punzada de tristeza.

—No, solo te divertías a mi costa —replicó en voz baja, un pensamiento puesto en voz alta—. ¿Qué fue todo eso que le dijiste a mi padre? ¿Qué fue lo que «yo no oí»?

Le cogió la mano, deteniéndola y, con la otra le levantó el rostro.

—Tampoco me divertía a tu costa —le acarició la barbilla con el pulgar y luego el labio inferior, movimiento que siguió con sus ojos—. No creo en jugar con las emociones o los sentimientos de las personas.

—¿Y entonces qué es lo que haces? ¿Qué me haces?

Soltó su mano para poder acunarle el rostro con ambas.

—No me creíste cuando dije que eras hermosa, pero yo te veo así —declaró con voz ronca—. No me crees cuando te digo que tu presencia me calma, pero es la verdad. ¿Me creerás si te digo, que toda mi intención es seducirte?

Su corazón se había acelerado más y más con cada contacto, con cada palabra y ahora amenazaba con salirse del pecho.

—Por extraño que parezca, sí, te creo...

—Bien —murmuró él a su vez, bajó la mirada sobre sus labios y Jasmine se quedó sin respiración, sabiendo lo que él iba a hacer.

—Pero no voy a permitirte. —Su mano se apoyó en su pecho, deteniéndolo, encontrándose con su mirada de nuevo a escasos centímetros de sus labios—. No estás viendo las cosas con claridad.

Se apartó de él con decisión, luchando con la frenética necesidad de volver a él, de sentir de nuevo su tacto, de ceder a sus más íntimos deseos.

—Esta noche las emociones están a flor de piel, has perdido algo, has

perdido a alguien y debes llorarlo —le dijo con toda la ternura de la que fue capaz—. De nada te servirá encontrar solaz en un momento pasajero. Solo te reportará más tristeza.

Le dio la espalda y, por primera vez desde que salió a la terraza, sintió frío.

Dios, ¿cómo podía amar tanto a un hombre y luchar al mismo tiempo por mantenerse alejada de él?

Eres su guardiana, solo su guardiana, este es tu deber.

—Os veré por la mañana, alteza —concluyó sin volverse, no soportaría dejarle otra vez—. Intentad descansar.

Levantó la barbilla y volvió a la sala con toda la dignidad y serenidad de la que fue posible, por dentro, sin embargo, su corazón lloraba a gritos por lo que le había negado.

«Buenas noches, compañera».

Escuchó su voz, una tierna caricia que sosegó durante un breve segundo su alma.

CAPÍTULO 12

Sharif ahora ya sabía lo que era pasarse la noche sin dormir, dando vueltas en la cama, con el cuerpo entumecido y el anhelo retumbando en sus venas. No era nada divertido.

La herida parecía dispuesta a fastidiarle aún más, le tiraba sin piedad

recordándole lo estúpido que había sido al excederse esa tarde corriendo por el desierto. Por otro lado, de no ser por su tozudez y cabezonería no se habría encontrado con Jasmine, su compañera.

Giró en la cama e hizo una nueva mueca, ya no aguantaba más en esa posición, necesitaba moverse aún si eso le provocase más dolor del que ya tenía. Cualquier cosa era mejor que quedarse allí sufriendo, con la mirada puesta en el techo de la suite, recordándola, recordando sus palabras en la terraza y el dolor que había detectado en ellas.

Ella le quería, el darse cuenta de ello lo había golpeado de tal modo que había sido incapaz de seguirla, de hacer otra cosa que darle las buenas noches a través de aquella íntima conexión.

Al principio, cuando le preguntó si amaba a Jason y se negó a darle una respuesta quiso gritar y patalear como un niño pequeño, decirle que no podía pensar en otro hombre porque le pertenecía a él. Pero sabía que era su tigre quién actuaba de ese modo, que su necesidad de ella era tan grande que nublaba su juicio. Y entonces había tocado su piel, había escuchado el latido de su corazón cada vez más frenético y esa agónica súplica por saber qué le estaba haciendo. ¡Él! ¡Qué le estaba haciendo él a ella!

La había mirado y sus ojos le habían hablado con tal claridad que incluso su gato se quedó en shock. Y luego le había impedido besarla, alegando que lo hacía porque necesitaba paliar el dolor que lo corroía por dentro de alguna manera. Lo peor de todo, es que en cierto modo tenía razón. Había querido besarla, dios, se moría por probar esos labios, pero más que el deseo que le quemaba en las venas era la necesidad de estar acompañado, de poder despojarse por un momento de la pena y olvidar.

Nunca había creído en el amor a primera vista, sabía que su emparejamiento lo llevaría a desear a su futura esposa, a necesitarla y, una vez consumado, podría tomarse su relación con más calma, para conocerla y ver qué cosas podían tener en común. Pero Jasmine se estaba colando con una rapidez asombrosa bajo su piel y en su corazón. No podía asegurar amarla, no en este

momento, pero no creía que le costase mucho, no con un alma tan dulce y cálida como la de ella que encajaba a la perfección en la suya.

Su felino estaba cabreado por haberla dejado marchar, quería volver a ella, todo en su interior tiraba en aquella dirección. Él no entendía de concesiones, había encontrado a su pareja y la deseaba, la quería a su lado dónde pudiese vigilarla y protegerla.

—¿Puedes explicarme qué ha sido eso? —Lo había interpelado Kaliq cuando salió del jardín momentos después—. No le has quitado la vista de encima desde que llegaste con ella, cruzaste la sala como un tigre a la caza para disfrute de muchos de los presentes, luego te la llevas del lado de su padre al jardín y segundos después ella sale con la expresión de un preso que se dirige al patíbulo.

Su reprimenda había sido como una puñalada directa al pecho, su tigre había gimoteado en consonancia y ambos se habían marchado de la sala con la cola entre las piernas y las orejas gachas.

Se decía que cada emparejamiento era distinto, que cada *tygrain* que encontraba a su compañera de vida pasaba por ciertos cambios durante ese breve periodo de reconocimiento y reclamación, pero desde luego, la teoría no tenía nada que ver con la realidad.

Su mente había tirado por el lado racional, por el camino humano. Deseaba que confiase en él, quería conocerla, saber qué clase de mujer era la que el destino había elegido y darle tiempo a sí mismo para que se acostumbrase a su presencia, para que le conociese a él.

—Eres un *tygrain*, un príncipe del desierto, esperaba que tuvieses un poco más de sentido común, especialmente dado que uno de nosotros ya ha estado en tus zapatos antes. —Kaliq lo había seguido, le conocía muy bien como para saber que no era su estado natural y, dado que acababa de salir del hospital, toda la familia parecía tener miedo de que se muriese en alguna esquina—. No hay prórrogas, hermanito, cuando ella aparece, tu felino lo sabe y todo lo demás deja de tener sentido. La atracción se vuelve irrefrenable, la necesidad de tenerla bajo

tu ala se convierte en una compulsión, es ella y solo ella la que está en tu mente hasta que asientas tu reclamo. E incluso después de que la reclames y tu tigre abandone ese continuo síndrome premenstrual, las primeras semanas son como una perpetua luna de miel... y puede extenderse incluso durante un par de meses más.

—Ella no es Sarah, Kal. —Había replicado a su discurso—. Jasmine es una guardiana, sí, desciende de la segunda familia, ha sido educada en nuestras costumbres, pero dista mucho de saber sobre nuestra naturaleza y cómo esta funciona.

—Mi princesa no tenía la menor idea de dónde se estaba metiendo cuando me conoció, su mejor amiga le había hablado de lo que ella pensó que eran «cuentos o leyendas», créeme, por muchas dudas que albergue Jasmine con respecto a nuestra naturaleza, tiene un conocimiento del que carecía Sarah cuando me casé con ella.

—Me arriesgaré a decir que mi hermana no sabía ni dónde se estaba metiendo cuando te casaste con ella —le recordó, tomando como válida la declaración de la propia interesada—. Ella sigue manteniendo que la emborrachaste.

—¿Qué iba a saber yo que no aguanta ni una copa de licor?

—No estoy tan desesperado como para seguir tus pasos, Kaliq.

—Eso es porque todavía no has sentido a tu gato arañarte por dentro buscando salir, provocándote una necesidad que enturbia tu cerebro —insistió, poniendo voz y nombre a lo que estaba sintiendo en estos precisos momentos—. Es tu compañera, la has reconocido, el *tygrain* en ti la ha olido, no os hará ningún bien a ninguno de los dos el manteneros separados. Incluso aún si todavía no la has reclamado, su alma te ha reconocido ya, va a sufrir vuestra separación. Y cuanto más tiempo permanezcas alejado y resistiéndote a lo que debes hacer, lo que nuestra naturaleza exige, más peligroso serás...

Sacudió la cabeza antes de proseguir.

—No lo vas a pasar bien, Shar, créeme, no es fácil mantener las distancias

con tu mujer. Nuestros tigres marcan el ritmo, lo mínimo que puedes hacer es reclamarla, a partir de ahí, las cosas serán más fáciles de llevar. Podrás ponerla al tanto de lo que significa la conexión existente entre vosotros.

—Quise besarla y no me dejó —confesó lastimero—. Y lo peor de todo es que me dio razones de peso para ello, razones que yo mismo entendí.

—Necesitas dormir, hermanito, no estás al cien por cien de tus capacidades, estás pálido como la pared y a juzgar por cómo te mueves, tienes dolor. —Hizo un rápido diagnóstico—. Descansa hasta mañana, quizá entonces puedas ver las cosas desde otra perspectiva y hacérselas ver a Jasmine.

—¿Vas a tomar el relevo a mi madre y seguir sermoneándome por la mañana?

El hombre alzó ambas manos a modo de rendición.

—Si algo he aprendido es a no meterme jamás entre Zulema y sus cachorros —declaró divertido—. Aprecio demasiado mi pellejo como para permitir que la compañera de nuestro padre se haga una nueva alfombra con mi pellejo. Lo más seguro es que incluso recibiese el beneplácito de la mía.

Dos esposas, una reina y una compañera. Su padre había creído a pies juntillas en la maldición que perseguía a los Al-Hanak y había consentido desposarse con una hija de la tercera familia. Durante su primer año de matrimonio había nacido Kaliq, pero entonces había aparecido su madre, su verdadera compañera, justo al límite del tiempo establecido. Ambas mujeres se habían hecho cargo de la educación de los tres hermanos, los habían criado como una única familia, pero tanto Kaliq, como él mismo, sabían que el corazón de su padre pertenecía a una única mujer.

Aquel había sido el motivo por el que su hermano había tomado su propio destino en las manos, dispuesto a descubrir si la mujer con la que llevaba años prometido era su compañera y llevar al límite el tiempo que marcaba la maldición; su trigésimo séptimo cumpleaños. El destino había querido que su prometida hubiese puesto a Sarah en su camino y que en ella encontrase la felicidad más absoluta.

—Haré que confíes en mí —murmuró para sí, mirando el techo de su dormitorio—, que desees quedarte a mi lado por propia voluntad.

Eso es lo que deseaba, lo que siempre había deseado. No quería a alguien que estuviese junto a él porque así estaba estipulado, no quería una esposa de ojos tristes, quería a alguien que lo mirase como si fuese el único, como ella lo sería para él.

Tenía que seducirla, atraerla poco a poco, convencerla de que su lugar estaría a partir de ahora a su lado, para ello primero tenía que acercársele y, sobre todo, dominar la necesidad que había surgido por ella de la noche a la mañana.

Salió de la cama, posó los pies en el suelo y dejó que el frío de las baldosas lo espabilase. Quería verla, no importaba si era desde la distancia, si quería que sus pulmones siguiesen funcionando debía comprobar que estaba bien.

Era un pensamiento irracional, pero su tigre era el que llevaba la batuta en esos momentos y nada podía hacer contra la naturaleza que lo aquejaba.

CAPÍTULO 13

Dejar el palacio en plena noche no era algo inusual para Sharif. Los *tygrain* eran nocturnos, disfrutaban de la libertad del desierto y del silencio que traía consigo la noche. Las bajas temperaturas no eran problema para el espeso pelaje atigrado y su necesidad de ella lo mantenía totalmente caliente. Atravesó la reserva y cubrió los cincuenta kilómetros a pie, un saludable ejercicio para su cuerpo felino y la velocidad que lo caracterizaba, no tanto para la reciente herida que tenía en el costado. Pese a todo, le gustaba correr y disfrutaba sintiendo la arena bajo las patas y del viento que parecía darle alas y llevarle al lugar en el que quería estar.

El campamento apareció en su rango de visión poco tiempo después, la luz de los candiles y el olor de leña quemada fue un claro aviso de que, a pesar de la nocturnidad, había alguien de guardia. Después del incidente en el desfiladero, Tarek se había encargado de establecer turnos de vigilancia, no querían arriesgar la seguridad de los expertos y trabajadores que colaboraban en la excavación. Y, ahora que sabía que Jasmine prefería tener su morada allí, él mismo pensaba sumarse a las tareas de vigilancia.

Avanzó sigiloso, pegando su figura al suelo, mimetizándose con las sombras hasta llegar a la tienda que le interesaba. Esta había sido colocada estratégicamente en una zona resguardada del viento y del extremo calor del desierto. Solo un par de lámparas de mano iluminaban la entrada, al igual que ocurría en algunas otras.

Agudizó el oído, captó cada sonido de la noche y descartó cualquier

posible peligro que pudiese esconderse en las inmediaciones. Una vez satisfecho, se relamió los bigotes y se coló por debajo de la tela. Su aroma estaba impreso en cada recoveco de ese reducido espacio, lo aspiró, recordando su sabor, grabándose en la mente y memorizándolo. Avanzó con sigilo, amortiguando sus pasos, acostumbrando sus gatunos ojos a la ausencia de luz. Dejó atrás la entrada principal y cambió a su forma humana, encontrándola acostada sobre una cómoda, aunque algo pequeña, cama. El que contase con aquel lujo en una tienda de campaña era sin duda cosa de su hermano; tendría que agradecerle que hubiese cuidado de ella. Avanzó lentamente, disfrutando de la visión que le reportaba, la manta se había caído sobre un costado y dejaba al descubierto el curvilíneo cuerpo que ya había visto en tan solo ropa interior. La excitación fue instantánea, el deseo vibró a través de cada poro de su piel, la saliva le inundó la boca y se relamió de anticipación. Un suave ronroneo emergió de su garganta y se obligó a cortarlo de raíz. Su felino arañaba en su interior, le dolían los dientes, casi podía notar sus ojos cambiando, su naturaleza felina deseaba tomar el mando.

«Mía».

Se obligó a permanecer quieto unos segundos, respirando profundamente para mantener a su gato a raya, entonces se acercó a la cama, deleitándose con su ocupante. Cedió a la necesidad de tocar su piel, se sentó con cuidado en el borde de la cama y comprobó la dureza del colchón que cedía bajo su peso mientras resbalaba los dedos por la suave y aterciopelada piel del brazo. El contacto fue relajante, tocarla parecía calmar algo en su interior, satisfacer a su tigre tanto como a él mismo. Repitió la operación, mordiéndose el labio para ahogar un ronroneo de puro placer y se detuvo en seco al verla abrir los ojos.

—Hola...

Parpadeó ante la somnolienta bienvenida y se lamió los labios al ver como ella curvaba los suyos en una perezosa sonrisa.

—Hola.

Fue estúpido, posiblemente debiese haber elegido otra palabra, decir algo

más, pero estaba tan embobado mirándola que no pensó en nada más. Esas tupidas pestañas empezaron a bajar de nuevo cubriendo esas joyas azules, sus labios se movieron en un pequeño mohín, vio como la punta de la lengua se los acariciaba un momento antes de dejar escapar un suspiro.

—Oh, por Dios...

Se moría por probarla, quería tocar esos labios y cedió a la tentación. Reclamó su beso con suavidad, resbaló las manos por la suave piel de sus brazos y sintió como su boca cedía a través de un dulce suspiro permitiéndole penetrar con la lengua en esa húmeda cavidad. El encuentro fue íntimo, tímido, pero tan maravilloso que le arrancó un pequeño jadeo.

—Nunca vuelvas a negarme un beso.

Esas negrísimas pestañas volvieron a aletear, sus ojos se encontraron con los suyos y juraría que lo vio a pesar de su modorra.

—¿Por qué habría de hacer algo tan estúpido?

Su ceño se frunció ligeramente, se estiró como una gatita y aprovechó la coyuntura para bajar sobre ella, permitiendo que su peso cubriese el suyo, recibiendo al mismo tiempo un dulce abrazo.

—Quédate conmigo. —La escuchó musitar, su cuerpo se alzó, su abrazo se volvió más cerrado y esa dulce boca selló su destino con un nuevo beso.

«*Siempre*».

Correspondió a su beso con alegría, su gato estaba más que feliz de probar su sabor y lo demostró con un felino ronroneo. Le acarició los labios un instante antes de incursionar en su boca, enlazando su lengua con la suya. Gimió de placer ante el solo contacto, ante su anhelado sabor y la sensación de que estaba degustando de nuevo algo que había probado hace mucho tiempo. Le acarició una última vez los labios, derramó su aliento y fue sembrando besos por toda la mandíbula, acariciándole la garganta, pellizcándole el lugar dónde latía el pulso y arrancándole un pequeño estremecimiento antes de continuar en un viaje descendente a través de sus pechos.

Los moldeó con las manos, sintiendo lo bien que encajaban en sus manos,

le rozó los pezones con los pulgares y empezó a tirar de la ropa, descubriendo su piel hasta tenerla totalmente expuesta a su mirada, a su hambre, deseoso de ese necesario contacto.

Le besó los senos y jugó con sus cúspides, le acarició el estómago con los dedos mientras dejaba tras de sí un húmedo rastro sobre su piel. La lamía como si fuese un helado mientras disfrutaba de su sabor y se recreaba con cada pasada de su lengua. Parecía no tener suficiente de ella y el cuerpo femenino reaccionaba de la misma manera, igualando su pasión y encendiéndose hasta límites insospechados.

Sus ojos se encontraron una vez más y el tiempo pareció quedar en suspenso, se miraban el uno al otro como si cada uno supiese de la presencia del otro, como si temiesen despertar del sueño que estaban compartiendo. Se lamió los labios desando más, deseando lo que solo ella podía darle y, sin romper el contacto visual, la besó de nuevo. Retomó el camino dónde lo había dejado, jugando en su ombligo para continuar después hasta la cintura del pantaloncito del pijama que todavía la cubría.

La prenda cedió, desprendiéndose de su cuerpo, desnudándola completamente, dejando toda esa piel caliente y sedosa expuesta a su mirada, a su deseo. Su felino ronroneó, podía notar su presencia bajo la yema de sus dedos, detrás de sus ojos, compartiendo ese único momento con él, como uno solo, como el ser que era. Le dolieron los colmillos, la boca se le hizo agua por probarla, por ir más allá y marcarla como suya...

—Te necesito tanto, Jasmine, tanto... —musitó adorándola—. Eres mía, por algún azar del destino, eres para mí. Mía, solo mía.

Era un recordatorio presente en cada una de sus células, una verdad ineludible impresa en su piel y en su alma.

—Sharif.

Escuchar su nombre, aún en un somnoliento susurro, significó más para él de lo que lo había hecho nada antes. Quería oírsele decir siempre, en cada momento del día, susurrárselo al oído, enfadada con él, incluso si lloraba,

todo lo que deseaba era escuchar su voz pronunciando su nombre.

Deslizó las manos sobre la suave y blanda carne de sus muslos, abriéndole las piernas y relamiéndose ante el aroma almizclado de su sexo. La recorrió con los dedos, jugando sobre su piel, bromeando con sus labios sin llegar a concederle la atención que necesitaba, que su excitación exigía. Cerró los ojos y aspiró profundamente, su aroma era único y excitante, hizo que su parte felina perdiese la cabeza y acto seguido se encontrase hundido entre sus piernas, disfrutando de aquel íntimo banquete que guardaba para él.

El cuerpo femenino se arqueó, escuchó brotar un pequeño gemido de su garganta y su nombre pronunciado de nuevo en un susurro.

—Sharif.

Las piernas totalmente separadas por sus manos, el sexo expuesto a las caprichosas pasadas de su lengua y el deseo latiendo en sus venas, era una visión gloriosa y que llenaba su alma de una forma poco común. Se sentía poderoso, satisfecho y no solo de una manera sexual, se trataba de ella, de su presencia, de que lo desease de aquella manera y se entregase con tanta generosidad a él.

—Eres mía, Jasmine, mía —susurró deslizando las manos por el interior de sus piernas, deteniéndose en sus rodillas, separándoselas aún más para finalmente hundir la lengua en su interior, succionándola como si no tuviese suficiente, como si necesitase más, mucho más. Jugó con ella, se dio un completo festín mientras un par de codiciosos dedos se hacían ahora cargo del clítoris haciendo que diese un respingo, arqueando la espalda y prácticamente despegándose del colchón. Las sensaciones se incrementaron, el placer crecía y crecía amenazando con hacerla pedazos, podía sentir su placer como si fuera el propio, la sobreexplotación de sus sentidos al tiempo que escuchaba como respiraba entre jadeos.

«Mía».

Se perdió en el momento, le mordisqueó la piel que unía su sexo con el muslo y descendió en un codicioso lametón.

—Eternamente —musitó antes de pellizcarle la piel con los dientes, para

finalmente dejar que el *tygrain* en él tomase el mando y reclamase lo que les pertenecía a ambos.

Sintió su gemido, escuchó su jadeo y la vio como era en realidad. Conectados como uno solo, alma con alma, ella se convirtió en la vida misma para él.

Jasmine no quería despertar, no quería abrir los ojos y encontrarse sola en su cama, con el cuerpo perlado de sudor y una palpitante necesidad atormentándola. Era una tortura que había padecido cada maldita noche desde aquel aciago día en el que ambos fueron atacados. Prefirió quedarse en su sueño, disfrutar de esa encarnación de su corazón, de la voz que interpretaba su alma, pues la realidad estaba lejos de ser tan idílica.

Gimió cuando una ardiente punzada le atravesó el muslo, pero el dolor pronto fue sustituido por el agónico placer de esos dedos incursionando una vez más en su sexo, tan profundo que le tocaban la misma alma. El deseo crepitaba en sus venas y la necesidad palpitaba entre sus piernas, su cuerpo se tensó alrededor de esas codiciosas falanges, su sangre parecía correr a mayor velocidad por sus venas, acompasando el latido del corazón en sus oídos y la más fiera de las mareas la barrió, llevándosela consigo a un explosivo orgasmo.

—Sí... um...

Creyó que su cuerpo se despegaba de la cama, que su espíritu abandonaba su confinamiento y volaba libre, pero entonces sus manos estaban allí, rodeándola, atrayéndola contra su pecho, reteniéndola como si le doliese el solo pensamiento de dejarla ir y no pudo hacer otra cosa que aferrarse a él, porque ese era su lugar. Siempre se había sentido así, parte de él, no entendía el motivo y, honestamente, no era un buen momento para ponerse a pensar en ello. Todo lo que quería era estar en sus brazos, sentirse protegida, saber que estaba a salvo y que ella también lo estaba.

—No me dejes, por favor, no me dejes. —Creyó oír su propia voz en susurros, teñida con las lágrimas de una poderosa desesperación—. No puedo perderte, no quiero perderte.

Su abrazo se hizo más fiero, más cálido y su voz penetró en su mente como si se hubiese establecido allí.

«Solo la muerte podrá separarme ahora de ti, Jasmine, nada más que la muerte».

Sintió la dura erección acariciándole la cadera, un muslo abriéndose paso entre los suyos y su cuerpo se encendió una vez más. Su sexo latía como si la reciente liberación no hubiese hecho más acicatear sus necesidades, como si solo fuese el prelude de algo mucho mayor. Se encontró necesítandole desesperadamente, deseando tenerle profundamente en su interior.

—Por favor...

«Pronuncia mi nombre, pequeña, déjame saber que incluso ahora, estás conmigo, que me ves, me sientes, que sabes que eres mía como yo lo soy tuyo».

Su mente se llenó con su imagen, con el recuerdo de ese frustrado beso, del dolor que le produjo alejarse de él y rogó poder dar marcha atrás, retroceder en el tiempo y dejar que la besase.

—Sharif, no me sueltes... quédate junto a mí, te necesito... te...

Te quiero. Dos sencillas palabras que le eran incluso difíciles pronunciar incluso en sueños.

«Estoy aquí, soy parte de ti, lo seré eternamente».

Y sus palabras se convirtieron en una realidad cuando lo sintió entre sus piernas, penetrándola tan despacio que resultó una deliciosa y excitante tortura.

Sharif perdió la batalla consigo mismo y lo supo en el mismo instante en que la hizo suya. No había nada que no diese por esa mujer, nada lo separaría de su lado ahora que le pertenecía, viviría por siempre por y para ella. En su lengua estaba todavía el sabor de su sangre, una prueba de la vida que ahora estaba unida a la suya, un reclamo que había tranquilizado su atormentada alma y sosegado la furiosa necesidad de su tigre. Jasmine era suya, más allá de

cualquier unión terrenal, sus almas eran ya una sola y así seguirían por el resto de la eternidad. Gruñó ante la maravillosa sensación de ella acogiéndole, con cada pulgada que se sumergía en su interior la sentía más ceñida, sus manos le acariciaban la espalda, las uñas se clavaron cuando la llenó por completo, marcándole a su manera, satisfaciendo no solo su vena humana sino la *tygrain*. Se tomó unos segundos para recuperar el aliento y disfrutar de ese caliente y palpitante sexo alrededor de su pene.

—Estás hecha para mí —murmuró, buscó su rostro, le acarició la mejilla y vio como esas pestañas aleteaban, mirándole a través del sueño que teñía sus ojos—. Eres la otra mitad de mi alma.

Ella parpadeó, su mirada fija en la de él, prendida de sus ojos y así continuó hasta que la rompió con un beso. Bajó sobre su boca y capturó sus labios, succionó su lengua y se bebió sus gemidos mientras se hundía en su cuerpo. La montó a placer, dispuesto a reclamar lo que era suyo, a darle lo que le correspondía, a darse por completo y obtener lo mismo a cambio. La tienda pronto se llenó con los gemidos combinados de ambos, con el sonido de la carne chocando contra la carne. Se entregó a sí mismo a su compañera, cubriendo sus necesidades y las propias, llevándolos a ambos a una furiosa liberación que los unió como ninguna otra cosa podría haberlo hecho. La sintió estremecerse a su alrededor, ordeñándole y sucumbiendo a su propio placer el cual extrajo también el suyo, se corrió con un gruñido, hundiéndose profundamente en su interior, dándole todo lo que era, todo lo que le pertenecía y ella le obsequió con el grito apasionado de su nombre.

Todavía jadeante, salió de ella, reacio a abandonarla, pero con el convencimiento de que debía hacerlo. Pasado el momento de necesidad y frenético deseo, su mente empezaba a despertar a la conciencia de lo que había hecho y las heridas en su cuerpo acusaban el dolor provocado por el ejercicio.

—No... no te vayas...

Las palabras lo tomaron por sorpresa, casi tanto como el sentir sus brazos reteniéndole. Bajó la mirada sobre ella y la encontró adormecida, sumida todavía

en las profundidades del sueño.

—No me dejes...

Le acarició el rostro, correspondió a su abrazo, acurrucándola contra él, permitiéndose unos minutos más de su presencia y dejó que su garganta emitiese un suave ronroneo.

—Shh —le susurró al oído, besándola a continuación—. Estoy aquí, estoy aquí. Duerme ahora, vida mía, y recuérdame al llegar la mañana.

Su pequeño cuerpo se apretó más contra el suyo antes de relajarse por completo, sumiéndose por completo en el descanso. La besó una última vez y dejó a regañadientes su lecho. No quería irse, deseaba quedarse a su lado por toda la eternidad, pero por ahora tendría que conformarse con volver a ella por la mañana, con la salida del sol y conseguir que se mostrase tan dulce y cariñosa estando despierta, como lo había hecho en sueños.

CAPÍTULO 14

—¿Picaduras de mosquito? Sí, claro, mosquitos del tamaño de un camello — gimoteó mirándose por enésima vez las punzadas que tenía en la parte interior del muslo—. Por no mencionar que mis sueños no suelen ser tan húmedos... que no tengo la puñetera regla y esa maldita sangre de las sábanas no es mía. ¡La madre que lo parió! Yo lo mato, lo mato y a la mierda los juramentos y las promesas.

Jasmine saltó de la cama como un resorte, se había pasado las dos últimas horas rezongando, dando vueltas por el reducido espacio intentando encontrar un razonamiento plausible para lo que había pasado: ¿Qué le hubiese picado un mosquito? Poco probable, pero aceptable. ¿Qué sus sueños húmedos se hubiesen vuelto más vívidos y tórridos que nunca? Bien, sus sueños habían sido realmente calientes durante esas dos últimas semanas y, después de haberle negado el beso de anoche, no le sorprendía que su subconsciente hubiese querido arreglarlo de una manera más... carnal.

Ahora, lo que ya no tenía explicación era que su pijama hubiese terminado tirado en el suelo, cuando se lo había puesto para dormir, que se hubiese despertado desnuda, mojada y absurdamente saciada y que la sangre que manchaba un costado de la cama y su propia piel ni fuese suya, ni tuviese nada que ver con su menstruación.

Sí, hoy alguien iba a morir, le metería una bala en las pelotas y luego se

haría una bonita manta con su pelaje rayado. Y si alguien preguntaba, bueno, siempre podía decir eso de: ¡Oops!

Apartó la tela de la puerta con gesto irritado, dio un par de pasos fuera de la tienda y entrecerró los ojos ante la cruda luz del sol. Parpadeó y lagrimeó hasta que consiguió ver con claridad, recorrió el lugar más próximo con la mirada y apretó los dientes.

—¿Dónde estás, maldito?

¿Cómo se había atrevido a meterse así en su cama?

Luchó con las lágrimas que le picaban detrás de los ojos, negándose a dejarlas caer. Aquello era lo más humillante de todo, que se hubiese colado en su tienda a hurtadillas, se la hubiese follado y luego no hubiese tenido siquiera la valentía de dar la cara.

La noche anterior había querido abrazarle, consolarle ante la tristeza que empañaba sus ojos, se había negado a su seducción por un motivo válido, no quería que la viese como un parche para una herida, deseaba ser más, mucho más para él.

Eres estúpida, Jasmine, completamente estúpida.

Cruzó a paso firme el campamento, buscándole con la mirada. Él seguía allí, no sabía por qué tenía esa certeza, pero así era. Sharif Al-Hanak estaba en el campamento y, tan pronto le pusiese las manos encima, lo iba a dejar eunuco.

Los olores del desayuno empezaban a perfumar el ambiente y despertaron también su estómago, quién gruñó en respuesta. Aquello había sido uno de los lujos impuestos por el sultanato, comidas calientes, lugares de aseo limpios y separados, tecnología de última generación para su trabajo y, desde el ataque, seguridad armada custodiando el perímetro. Aquello era como Fort Nox, aunque al parecer, de nada servía si se quería dejar fuera a un *tygrain*.

—¿Sigue por aquí, doctora? ¿Qué tal el colchón? ¿Es de su agrado?

—¿Quiere que le consiga unas sábanas de algodón egipcio?

Ignoró a los imbéciles de turno y los típicos comentarios matutinos que siempre recibía, fulminó a otro par de trabajadores con la mirada cortando de

raíz cualquier tipo de recibimiento y fue directa como una bala hacia el único que podía darle una respuesta fiable sin tener que retorcerle el cuello o clavarle su cincel en las pelotas.

—Ah, ya te has levantado. —La saludó Tarek, quién, como cada mañana, estaba atendiendo a los caballos que mantenían en un pequeño curro—. Buenos días, Jasmi.

No se detuvo, sobrepasó el cordel que delimitaba el cierre y se detuvo en seco, haciendo que el caballo que atendía el chico piafase.

—¿Dónde está ese hijo de puta?

Tarek la miró sorprendido.

—¿De quién hablas? —preguntó genuinamente confundido. Entonces frunció el ceño e hizo algo raro, la olfateó—. Oh, creo que ya sé por quién preguntas.

—No me digas.

La miró, le dedicó unas palmaditas al caballo y la invitó a abandonar el cercado.

—Ven, ¿has desayunado ya? Deberías hacerlo.

Clavó los pies en el suelo.

—Tarek, ¿dónde está el cabrón de tu hermano?

—¿Cuál de ellos?

—El que tiene los mismos modales de una comadreja —siseó cada vez más enfadada—. Dios, ¡debí dejar que se desangrase!

Y, nada más dejó escapar esas palabras se arrepintió. El solo pensamiento la enfermaba.

—Jasmine, quizá sea bueno que empieces a respirar de nuevo.

—¡No quiero!

—Hermanita, si no lo haces vamos a tener un problema.

—No soy tu hermana.

Él resopló y puso los ojos en blanco.

—Ahora sí —replicó y suspiró al mismo tiempo—. Será mejor que Sharif

y tú tengáis una conversación al respecto.

—Claro, cuando me digas dónde está de modo que pueda clavarle mi cincel en las pelotas.

—Insisto en que deberías calmarte primero, no es buena idea que dejes eunuco a tu compañero —le dijo muy tranquilo—. Podrías tener problemas luego a la hora de concebir, ya sabes.

—Tarek...

—Eres una guardiana, Jasmine, tu deber sagrado es proteger nuestra especie no mermarla.

—Solo lo preguntaré una vez —lo previno—. ¿Dónde está el príncipe Sharif?

Él levantó ambas manos a modo de rendición.

—No le he visto desde anoche en la ceremonia.

Entrecerró los ojos.

—Que no lo hayas visto no quiere decir que no sepas dónde está.

—Nena, no es buena idea matar al marido de una después de la noche de bodas.

—Entonces es una suerte de que no sea mi marido.

—Eso es discutible...

—Tarek... —Empezaba a acabársele la paciencia con ese chico.

—Necesitas una clase acelerada sobre el orden social de la raza *tygrain* y esas cosas, empezando por... ese pequeño detallito sobre emparejamientos —aseguró con una mueca—. Pero no es cosa mía impartir esa charla, sino de Sharif, así que, ¿por qué no te quedas por aquí, desayunas y te calmas antes de que aparezca?

—¿Por qué no vas a buscarlo, de modo que pueda matarlo de una vez y luego calmarme?

—Lo haría si supiese dónde está.

Entrecerró los ojos y soltó lo que sabía haría que el chico se retractase en el acto.

—Está sangrando.

—¡Será gilipollas! —Se giró y su mirada fue directa hacia el sendero que se adentraba en el oasis.

—Sí, en eso estamos los dos de acuerdo —replicó y, antes de que el chico pudiese decir algo más, echó a caminar hacia ese punto.

—Jasmi, espera...

Levantó la mano a modo de despedida.

—Ni lo intentes...

«*Detente, hija del desierto*».

El inesperado aviso atravesó su mente como un misil, haciendo que le doliese la cabeza. Se llevó ambas manos a las sienes y se giró para ver a Tarek con la mirada fija en un punto, antes de que su rostro palidiese, se volviese en su dirección y gritase su nombre al tiempo que agitaba la mano indicándole que se agachase.

—¡Al suelo!

No tuvo ni tiempo a preguntar qué estaba pasando pues se vio empujada contra este, la luz del sol se convirtió en sombra cuando el cuerpo del chico cubrió el suyo al mismo tiempo que empezaban a escucharse una serie de explosiones alrededor del campamento.

—No te muevas —le gritó al oído.

Las explosiones siguieron como una cadena sincronizada, el sonido parecía retumbar a su alrededor haciendo que temblase incluso el suelo. Pronto la humareda de polvo lo cubría todo, empezó a escuchar gritos en varios idiomas.

—No te levantes.

Tarek pronunció esas palabras un segundo antes de saltarse a la torera su propia orden e incorporarse a la velocidad de la luz. En un momento el joven príncipe que conocía estaba a su lado y al siguiente un enorme tigre de bengala salía a la carrera. Jasmine se quedó inmóvil durante unos segundos, todavía en shock, pero se obligó a moverse unos segundos después cuando la gente empezó

a transitar en todas direcciones sin orden ni concierto.

Alguien tropezó con sus piernas, cayó a su lado y volvió a levantarse entre gritos de ayuda, dejando tras de sí un reguero de sangre. Se arrastró hasta ponerse en pie, saliendo del camino de aquella locura colectiva mientras la gente empezaba a salir de las tiendas, girando sobre sí mismos, dando gritos mientras los hombres que se suponía custodiaban el campamento aparecían armas en mano y tomaban posiciones.

—¡Rápido! ¡Evacuad a todo el mundo!

El hombre que daba las órdenes apenas llegó a avanzar un par de pasos con un fusil en las manos cuando lo alcanzó un disparo en la cabeza y cayó desplomado allí mismo.

—¡Cristo! —Jadeó, dando varios pasos atrás, mirando a su alrededor con absoluto frenetismo.

El sonido de disparos continuó, las balas volaban en medio de aquella polvareda haciendo imposible el saber de dónde venían. Se agachó por inercia, giró sobre sus talones y buscó desesperada algo tras lo que parapetarse, las tiendas más cercanas aparecieron pronto ante sus ojos envueltas en llamas y no fueron lo único que corrió tal suerte, como pudo comprobar horrorizada.

«¿*Jasmine?*».

Su voz resonó en su cabeza con brutal intensidad, se detuvo, girando de un lado a otro, buscándole, pero no lo veía. Todo lo que había era gente corriendo, antorchas humanas o víctimas de disparos.

—Sharif —musitó su nombre.

«*Sé que me escuchas, gatita, necesito que te concentres en mi voz, en mí. Respóndeme*».

Cerró los ojos y apretó los labios, se obligó por respirar a pesar del polvo.

«*Están atacando el campamento*».

Le pareció escucharle suspirar en su propia mente.

«¿*Estás herida?*».

Negó con la cabeza.

«No. Yo no, pero hay gente... Les han disparado, se están quemando. Oh, señor».

«¡Jasmine, cálmate!». Su orden la serenó al momento. «Escúchame, pequeña, sal de ahí. Dirígete hacia el lado este de las ruinas».

—El lado este... el lado este, ¿y cómo coño sé yo dónde está el lado este cuando no se ve nada? —Se exasperó. Aquel era su mecanismo de defensa, enfadarse cuando estaba aterrada.

«Jas, muévete».

Arrugó la nariz.

«No te he dado permiso para que me llames así».

«Tampoco me diste permiso para meterme en tu cama y terminé en ella». Le soltó él con total tranquilidad. «Gracias por una noche que recordaré mientras viva, compañera».

—¡Serás hijo de puta!

Su exclamación se confundió al momento con el sonido de nuevos gritos y lo que parecía un forcejeo o lucha de algún tipo.

Trató de orientarse, de ir en sentido contrario al tumulto, pero era casi imposible saber a dónde se dirigía con toda aquella arena y humo. El sonido de los disparos seguía, pero ahora eran mucho más intermitentes, como si hubiesen reducido a los atacantes.

—Lado este, lado este... ¿dónde coño está el lado este?

Giró sobre sí misma una y otra vez, vagabundeó sin saber hacia dónde se dirigía y, en uno de sus requiebros se encontró con dos hombres luchando ante ella. Uno llevaba un fusil de asalto mientras que su contrincante portaba una cimitarra que no dudó en enarbolar y cargarse al tipo del arma; era uno de los soldados que custodiaban el campamento.

—Os sugiero que mováis el culo, princesa, antes que os disparen a vos también —le dijo el tipo con un profundo acento.

No tuvo tiempo a decir esta boca es mía, cuando un nuevo disparo impactó cerca de sus pies e hizo enfadar al hombre, que la agarró del brazo y empezó a

tirar de ella.

—¡Moveos!

La empujó, instándola a correr mientras se giraba y volvía a aquella horrible batalla. En un abrir y cerrar de ojos el infierno se desató en aquella parte del oasis. Gritos, disparos, cuerpos ensangrentados o calcinados cubriendo el suelo, pero lo más preocupante de todo era que los hombres que se suponía debían proteger el campamento, aquellos con los que ella misma se había cruzado al salir de la tienda, disparaban contra los trabajadores al grito de «*Muerte a los usurpadores*».

Uno de ellos giró en su dirección y la vio, su sonrisa fue tan macabra que le heló la sangre.

—Ah, la puta del príncipe —levantó el arma y se preparó para disparar—. Despídete de este mundo, perra infiel.

El sonido del disparo restalló en su oído derecho con atronadora fuerza, el dolor fue instantáneo y cayó de rodillas al suelo. Apenas tuvo tiempo de parpadear, comprendiendo que el idiota había fallado, cuando un fiero rugido se elevó por encima de los otros sonidos y vio a continuación el enorme cuerpo de un tigre saltando sobre el tipo, despedazándole entre horribles alaridos y nuevos disparos que no daban en su blanco.

—Oh dios, oh dios, oh dios.

«¡*Jasmine, muévete!*».

Sacudió la cabeza, le dolía muchísimo, no escuchaba más que zumbidos, tenía la mano manchada de sangre, su propia sangre.

«*Vamos, compañera, arriba*».

La enorme cabeza felina la empujó ahora, obligándola a obedecer, sosteniéndola cuando sus piernas amenazaron con doblarse. Miró de hito en hito al animal mientras hundía los dedos en su piel.

—¿Sharif?

«*El mismo, gatita. Vamos, te sacaré de aquí*».

Se dejó guiar, mareada por el retemblar de sus oídos.

—¿Qué está pasando?

«Están atacando el campamento, se han infiltrado en nuestras filas para atacar desde dentro».

Siguió arrastrándose, apoyándose en él sin saber qué significaba todo aquello.

—Las ruinas...

«Las explosiones han rodeado el campamento, han dinamitado el almacén y la improvisada zona de cocina y comedor. Hay que ir hacia las ruinas, mantenerse cerca de ellas. Estamos trasladando a los supervivientes allí».

—Pero, ¿no querrán destruirlas también?

«Estarían metiéndose en un terreno que ni siquiera nosotros, los tygrain, nos arriesgaríamos a profanar de esa manera».

Ladeó la cabeza, le dolía el oído.

«Estás herida».

—El proyectil me pasó cerca —musitó encogiendo los dedos entre su pelaje—, pero estoy bien. Por suerte no me han disparado.

Lo escuchó gruñir y su cuerpo felino se apretó más contra el suyo.

«No debí dejarte sola».

Su enfado hizo que se sintiese un poco mejor.

—Tienes suerte de que me duela y que haya estallado el mismísimo infierno a nuestro alrededor —le informó—. Eres un auténtico cerdo.

«¿También te has dañado la vista?».

—Mi vista funciona bien, sobre todo cuando estoy despierta, alteza.

«Ay, ya volvemos a lo de alteza. Tendré que esforzarme más por caerte bien».

Abrió la boca para decir algo, pero las palabras no llegaron a surgir de sus labios, pues salida de la nada apareció una figura con las típicas prendas beduinas y un fusil de asalto al hombro. Tiró del pelo del gato, refrenándolo.

—Sharif, espera, hay alguien ahí.

«Tranquila, Jasmine, es amigo».

Y, para su completo estupor, Alí Abdul Wahid apareció bajo el velo que le dejaba tan solo los ojos a la vista.

—Alí.

—Vamos, tenemos que sacarte de aquí.

Sus manos se cernieron sobre ella, alejándola de la enorme mole atigrada que pasó ahora trotando a su lado.

«Mantente cerca de él, iré a buscarte tan pronto sea posible».

—¿Vas a volver ahí? ¿Has perdido el juicio por completo? ¡Sharif! ¡Vuelve!

—Sabe cuidarse solo, Jasmine, no te preocupes por él.

Se giró hacia el hombre que volvía a colocarse el pañuelo y le dedicó una curiosa mirada.

—Alguien ha hecho estallar por los aires el campamento en el que me he estado alojando, ¿y quieres que no me preocupe? —jadeó, sacudió la cabeza y señaló lo obvio—. ¿Qué está pasando, Alí? ¿Quiénes son esas personas? ¿Algún grupo terrorista?

En vez de contestarle la agarró de la muñeca y tiró de ella, obligándola a caminar.

—Los terroristas serían más sencillos de eliminar que el cáncer que ha surgido de nuestro propio pueblo.

—¿Qué quieres decir?

—Que alguien parece haber decidido que los Al-Hanak llevan demasiado tiempo gobernando este país.

CAPÍTULO 15

Sharif estaba furioso, su tigre quería destrozar a esos malditos. No solo se habían atrevido a atacar un campamento lleno de gente inocente, sino que habían atentado una vez más contra su mujer. Avanzó sin piedad, dejó que su gato diese merecido escarmiento a aquellos que habían manchado la tierra de sangre. El hedor de la muerte teñía el amanecer, el humo y la destrucción se elevaba a su alrededor y ensombrecía su humor.

Su intención había sido dejarle espacio a Jasmine, permitirle unos momentos a solas cuando despertase y se diese cuenta —pues no era lo bastante iluso como para creer otra cosa—, de lo que había pasado. Sabía que su próximo encuentro no sería amable, era consciente de que, en su febril necesidad de ella, había vulnerado su privacidad y estaba dispuesto a ponerse de rodillas si con ello lograba un solo minuto más junto a ella.

«Kaliq y tú tenéis predilección por empezar la casa por el tejado».

Su hermano pequeño había sido tajante cuando lo vio salir antes del amanecer de la tienda de su compañera. Pero tampoco le había dicho nada más, después de todo, cada uno debía hacerse cargo de su propia vida, en especial cuando había una mujer de por medio y esta era la única para su *tygrain*.

Había estado cavilando en la mejor manera de explicarle a esa preciosa y dulce morenita cuál era su situación actual, qué había significado esa gloriosa noche y lo que ella era para él y para su gato. El que ese delicado bocadito

tuviese además sentimientos por él creía le facilitaría las cosas, pero no quemaría sus barcos hasta estar seguro de que Jasmine comprendía que su vida estaba ahora a su lado. Eternamente.

La llamada del cachorro había llegado al mismo tiempo que la incertidumbre y el miedo procedente de ella, si bien el vínculo de emparejamiento estaba muy reciente, podía llegar a su compañera con mayor facilidad y captar sus emociones; en especial cuando estas eran tan crudas.

«¡Shar, están atacando el campamento!».

Su inmediata respuesta había sido preguntar por ella.

«Jasmine, ¿dónde está?».

«Está a salvo, la tengo conmigo».

Aquello había sido lo único que lo había mantenido centrado. Las emociones que tenía por esa mujer se volvían tan crudas que no quería ni pensar en lo que ocurriría si le pasaba algo, si la perdía. No lo soportaría, si ella era herida se perdería en el salvajismo de su tigre y no distinguiría amigos de enemigos. Así era su naturaleza, su instinto de protección para con su pareja era primordial, le importaba más que su propia vida.

Sabía que se le había soltado algún punto, el dolor unido a la sangre que manchaba su pelaje era signo inequívoco de ello, pero en aquellos momentos todo en lo que podía pensar era en la caza. Había emprendido el camino de vuelta a toda velocidad, recopilando la información que le iba brindando su hermano y contactando al momento también con Jasmine. Escucharla fue un alivio para su alma, tuvo que hacer un esfuerzo para concentrarse y guiarla a través de esa conexión mental, enseñarla a responderle de igual modo.

El pandemónium con el que se había encontrado nada más penetrar las lindes del campamento estaban más allá de toda imaginación. La destrucción, la muerte, el polvo en suspensión provocado por las explosiones y el arenoso terreno, el hedor de la carne quemada, el fuego consumiendo las estructuras de las tiendas... Era demasiado para asimilarlo, para comprender que quién quiera que estuviese detrás del ataque a las tribus, el jeep y que había derribado el

helicóptero, había dado un paso más allá.

Se habían registrado al menos tres explosiones en distintos puntos del lugar, elegidas cuidadosamente para causar el mayor daño posible y utilizar la posterior confusión para penetrar en el campamento y emprenderla a tiros.

«Traidores. Se han infiltrado en nuestras propias filas. Los disparos provienen de nuestra propia gente».

La rabia se mezcló entonces con el dolor de la traición, con la incredulidad de que hubiesen estado conviviendo durante semanas con sus propios asesinos. Había podido verlo con sus propios ojos tan pronto atravesó el campamento a toda velocidad y reconoció los uniformes, las ropas y las armas que portaban y que daban muerte a gente inocente.

«Convoca a las tribus. Alí está en las inmediaciones, que traiga a su gente o esto será una masacre».

La fortuna había deseado estar en ese aspecto de su lado, el jefe de la tribu Abdul Wahid había acampado en las inmediaciones del oasis después de asistir a la ceremonia del día anterior en honor de su hermano y, ante la primera de las explosiones, ya había movilizó a los suyos.

«Alí, protege a Jasmine con tu vida si es necesario. Es mi compañera».

No dudó un segundo en poner al hombre en antecedentes.

«No sé si darte la enhorabuena o mis condolencias por tal destino. La protegeré con mi vida, igual que a los Al-Hanak».

Sabía que así sería, ese hombre se movía por un código de honor tan estricto como el que había movido a Jason.

Hizo a un lado sus emociones humanas y se centró en la tarea que tenía por delante. Aquello ya no se trataba de una escaramuza, de un ataque aislado, era un abierto desafío hacia los Al-Hanak, uno que debía ser atajado y erradicado de raíz si no deseaban que otros se sumasen a tal incomprensible revuelta.

A lo largo de la historia su familia se había enfrentado a distintos enemigos, a países vecinos que creían poder hacerse con un pequeño país como Bahir y eran rotundamente rechazados. Las últimas batallas que podía recordar

se habían disputado sobre el papel, en una continua contienda política, pero esto iba mucho más allá, esto era terrorismo.

¿Quién estaba detrás de aquellos ataques? ¿Qué buscaban? ¿De dónde habían salido?

Eran preguntas a las que ya no podían dilatar más el obtener respuesta.

«¿Tarek?». Contactó con su hermano.

«Estoy un poquito ocupado ahora mismo, Shar».

El esfuerzo en su voz lo preocupó.

«No te metas en problemas, gatito, vuelve».

«Un poco tarde, hermano, tengo el problema justo delante de mis propias narices, uno al que no le gusto ni un poquito».

«¿Tarek?».

No respondió y aquello le preocupó aún más, pero no podía distraerse. El cachorro había demostrado con creces que ya no era un niño y que podía cuidarse por sí mismo. Con eso en mente se obligó a depositar su atención en lo que tenía ante él. Esquivó balas, saltó de un lado a otro ignorando sus heridas y trituró huesos con sus dientes sin el menor remordimiento. La visión a su alrededor era desoladora, heridos, muertos, demasiadas víctimas inocentes y en medio de ello, su propia gente atentando contra ellos.

—Derrocaremos a los Al-Hanak, el verdadero rey se sentará en el trono antes de la próxima luna.

Escuchó la clamorosa declaración a su espalda, giró como un resorte listo para saltar sobre su atacante, pero uno de los hombres de Alí se le adelantó.

—No en esta vida.

Sus ojos se encontraron un segundo antes de que el hombre dejase el cadáver tras de sí y continuase avanzando, repeliendo al enemigo.

¿El verdadero rey? No pudo evitar pensar en esas palabras sin encontrarle significado.

«¡Shar!». Era la voz de su hermano menor. «Anwar Bard. Se están replegando hacia allí. Esto no me gusta».

La voz de su hermano menor se abrió paso en su mente unida a la urgencia que sintió en él.

«Siento peligro».

Desnudó las fauces y rugió.

«No pueden ser tan estúpidos como para intentar volar también las ruinas».

«¿En serio encuentras algo de inteligencia en todo esto?».

Tenía razón, no podían arriesgarse, no cuando habían ido trasladando a los heridos y supervivientes hacia esa zona.

«Jasmine, ¿dónde estás?».

El bufido de su compañera atravesó el vínculo con rotunda claridad.

«Tan lejos de ti como me sea posible». Rezongó ella. *«¿Qué ocurre? Alí quiere trasladar a todo el mundo al otro lado del oasis».*

Buen chico, pensó fugazmente.

«Ve con él. No te separes de su lado. Tenéis que alejaros todo lo posible de las ruinas».

«¿Por qué? No estarán pensando en volarlas por los aires, ¿no? ¡Eso es un sacrilegio! ¡No pueden hacerlo! ¡Es un pedazo de nuestra historia! ¡De nuestro pasado!».

El fervor en sus palabras hablaba por sí solo de lo mucho que adoraba su profesión y le decía también lo peligrosa que podía ser en esa mujer.

«¡Solo hazlo, maldita sea!». Acabó alzando la voz, desesperado. *«Esas malditas ruinas no valen la vida de una sola persona. Te necesito lejos de ahí, ¿lo entiendes? Te necesito a salvo».*

«Tú y yo vamos a tener una infernal conversación cuando todo esto acabe, su alteza, una épica».

Asintió mentalmente, la envolvió con un abrazo lleno de emociones y se dirigió a su hermano.

«Protege el oasis. Alí y tú encargaos de proteged a nuestra gente y llevadlos junto con los heridos a la zona más septentrional. Asegúrate que

Jasmine va con vosotros. Arrástrala si hace falta».

«Estamos en ello. Ten cuidado».

Cortó todo vínculo con ellos y echó a correr en dirección a las ruinas. No podía creer que nadie de Bahir estuviese tan loco como para pretender volar un pedazo de historia. Si hasta los malditos conservadores del museo nacional habían estado a punto de suplicar que les permitiesen hacerse cargo de los hallazgos que se extrajeran de la excavación. Era historia en estado puro, una que debían proteger con todas sus fuerzas. No sabían todavía que secretos podía haber allí abajo y si estos podían exponer o no a los *tygrain*.

Se vio obligado a frenar en seco y encaramarse a unos riscos cuando una lluvia de balas impactó ante sus patas y levantó luego esquirlas de las rocas próximas a su cabeza. Su felino se cabreó, rugió y se lanzó a por su atacante sin pensárselo dos veces. La carne se desgarró bajo sus dientes, los gritos acompañaron el crujido de los huesos, sus zarpas abrieron surcos en la piel y la muerte llegó cuando le desgarró la garganta.

Se incorporó lo justo para mirar a su alrededor, vio a dos hombres más, estos cubiertos con el típico atuendo del desierto, todos de negro, emergiendo de la entrada y cargando con una bolsa de arpillera.

«Retrocede, hijo del desierto».

La voz resonó en su mente, sorprendiéndolo con una compulsión que lo hizo obedecer al momento, saltando al suelo y dando un par de pasos atrás antes de que una primera explosión hiciese vibrar el suelo bajo sus pies y una segunda emergiese como un geiser de arena, polvo y rocas del lugar en el que, unos instantes antes, habían emergido esas dos figuras.

«Malditos estúpidos».

Gruñó al saber que acababan de volar la entrada y, posiblemente, todo lo que pudiese haber allí dentro. La rabia se apoderó de él, corrió por sus venas y lo hizo rugir con fuerza. El sonido reverberó en el desierto, un aviso, una promesa de que los culpables pagarían con sus propias vidas.

Saltó al suelo, trotó hasta el lugar y estornudó varias veces por el polvo en

suspensión. Las antiguas paredes de la construcción original que se apreciaban a simple vista, ya no estaban, parte de la pared que resguardaba el viejo castillo se había venido abajo y, tal y como pudo comprobar por el inestable suelo bajo sus patas, aquello se había convertido en una zona demasiado peligrosa.

La entrada que habían ensanchado y preparado para poder acceder al interior ya no existía, ahora solo había un montón de rocas desperdigadas por todos lados, un brutal atentado contra su propio pasado.

«El dolor del pasado no debe reflejarse en el presente».

Una vez más esa voz atravesó su mente, levantó la cabeza y miró en todas direcciones, buscando el origen.

«¿Quién eres?». Preguntó agudizando la vista, buscando a través de la polvareda que se agitaba a su alrededor.

Giró sobre sí mismo, agitó la cola e intentó olfatear el aire solo para terminar de nuevo estornudando, lo que hacía que la herida se resintiese todavía más.

«Joder». Masculló para sí. Aquello dolía y la tentación de ponerse a lamer la zona era demasiado tentadora.

—Estás herido, hijo del desierto.

La voz resonó ahora en sus oídos, levantó la cabeza, orientó sus pequeñas orejas y gruñó ante la silueta que parecía emerger de entre los escombros, envuelto en el polvo. Sharif se agazapó, desnudó los dientes y gruñó una advertencia.

«¿Quién eres?».

Como si se tratase de una cortina que se abría a su paso, aquella figura surgió de entre ella. Vestía de azul de pies a cabeza, un fajín blanco alrededor de la cintura y una lustrosa arma de empuñadura enjovada eran los únicos toques de color en aquel monocromático atuendo. Todo lo que podía ver de su rostro eran los ojos, de un intenso y sobrenatural color azul, unos ojos que eran un vivo retrato de los suyos.

Un inesperado escalofrío lo sacudió por entero, su cuerpo asumió el

cambio incluso sin pensar en ello, pasando de su estado *tygrain* al humano con absoluta fluidez.

—Sangras.

Bajó la mirada sobre su costado, cubierto por su propia mano pero no se movió, era incapaz de hacerlo, como también era incapaz de pronunciar una sola palabra.

El recién llegado se quitó entonces el fragmento de turbante con el que se cubría la cara y dejó al descubierto una barba de pocos días y un rostro que evocaba a sus propios ancestros.

—Tu compañera nota tu dolor, pero no lo entiende, debes ir a ella y calmar sus temores.

La mención de Jasmine lo sobresaltó, pero aquello fue todo, su cuerpo parecía paralizado, al igual que su garganta.

—Veo tus preguntas, tus inquietudes, pero no tienes que temer, ningún daño te sobrevendrá —insistió el hombre con una voz sedosa, invitante, era como una nana—. El pasado ha despertado de su letargo, el desierto ha sido mancillado, la línea de sangre ha vuelto a sus orígenes y es así como debe ser.

Se tensó al ver que extendía la mano hacia él, quiso moverse, pero ni siquiera podía parpadear. Su felino parecía haberse dormido por completo, se estaba echando una menos que oportuna siesta. Y, cuando esa mano se posó sobre su herida, el dolor fue tan intenso que trajo lágrimas a sus ojos. Tan cruento como fue, también fue breve, a los segundos ya no sentía nada, ni siquiera el agujoneante latido que lo había estado torturando ni la más mínima de las molestias.

—Sharif. —Tan pronto pronunció su nombre, su cuerpo pareció despertar de su letargo—. *Anwar Badr* debe seguir dormido, los ecos del pasado habitan en el alma de cada *tygrain* desde el momento en que la raza fue creada, es allí dónde deben residir, dónde deben perpetuarse. Pero para ello, soy consciente de que debéis conocer toda la verdad, no solo una parte.

Parpadeó, un nuevo escalofrío lo recorrió por entero, pero esta vez vino

acompañado de una idea en la que no quería pensar, una suposición que iba más allá de todo lo conocido.

—Encuentra el *Badra*, descubre el velo del pasado y entiende el presente.

—¿Quién eres, señor?

Sus labios se estiraron ligeramente, una sonrisa que no llegó a alcanzar sus ojos, una que le recordaba a la de su hermano Kaliq.

—Ibrahim me puso un pintoresco nombre.

—*Rabi alsahra*.

—*El señor del desierto*, —murmuró con completo estupor, sus rodillas cedieron y cayó al suelo, inclinó la cabeza y se llevó la mano al corazón—. Mi señor, yo...

—El hijo, de los hijos, de mis hijos. —Se acuchilló ante él y le acunó la mejilla con la palma, un contacto que le resultó tan apaciguante como el de Jasmine—. Sois príncipes del desierto por derecho propio, nunca lo olvides.

Con eso le obsequió con un beso en la frente y, para su absoluto estupor se esfumó delante de sus propios ojos.

CAPÍTULO 16

Sharif no podía dejar de pensar en el encuentro que acababa de tener en el desierto, su mente racional luchaba con lo que había presenciado y el significado de ello. Se llevó por enésima vez la mano al costado, allí donde apenas unos momentos antes había tenido la herida abierta y sangrando y ahora solo quedaba

una rosada cicatriz. Si no tuviese la ropa manchada de sangre, si no supiese que el ataque, la muerte de Jason y su reciente salida del hospital era una cruel realidad, habría pensado que todo lo que había pasado hasta ahora era un jodido sueño.

Pero no había sueño que pudiese representar lo que ocurría en este pedazo acotado de oasis, los signos inequívocos de una reciente batalla con un gran saldo de heridos y muertos.

El corazón volvió a latirle en el pecho al ver a Jasmine moviéndose entre los heridos, ayudando en lo que podía. Notaba su nerviosismo, su angustia, estaba asustada, aterrada en realidad, pero eso no evitaba que hiciese lo que tenía que hacer. Apretó los dientes ante tanto herido, el aroma de la sangre le molestaba tanto como le irritaba el que alguien nacido en aquel lugar, en su país natal, fuese el responsable de todo esto.

«Encuentra el Badra, descorre el velo del pasado y entiende el presente».

¿Todo esto tenía que ver con el pasado? ¿El ataque a su gente, a sus amigos, a su mujer, a su familia tenía sus raíces en el pasado? ¿Y qué era el Badra? Jamás había oído mencionarlo, solo reconocía la palabra como *«luna llena»*, pero eso no daba sentido alguno a todo aquello.

Encontró a Tarek, ahora en su forma humana, hablando con Alí, así que adoptó al momento el cambio, sintiendo que este se producía con una fluidez hasta el momento desconocida. Era como si su tigre y él se hubiesen mimetizado completamente, cómo si, más que dos entes separados, fuesen uno solo. Sacudió la cabeza, tiró de la destrozada camisa y entró en el protegido recinto. Los hombres de los Abdul Wahid mantenían el perímetro, el nerviosismo presente era tal que, si entraba en forma felina, eran capaces de meterle un tiro.

—¡Alto! —Alzaron la voz al mismo tiempo que levantaban las armas antes de reconocerlo—. Alteza. ¡Es el príncipe, Sharif! ¡Dejadle pasar!

Avanzó entre ellos, les agradeció con un gesto de la cabeza y se dirigió hacia su hermano y Alí, quienes ya se habían dado cuenta de su presencia y salían a su encuentro.

Jasmine también dejó lo que estaba haciendo tan pronto escuchó su nombre, sus ojos se encontraron y vio el alivio en ellos. Al igual que sus compañeros, dejó las cosas en manos de otra mujer y avanzó hacia él. Intentaba no correr, pensó con cierta diversión, aunque todo su cuerpo era un hervidero, abría y cerraba las manos como si quisiera contenerse para no tocarle.

—Sharif, ¿estás bien? —preguntó su hermano, pero lo ignoró momentáneamente en favor de su mujer.

—Bueno, estás vivo —musitó ella, intentando parecer firme, pero el temblor en su voz la delató.

—Me dijiste que teníamos una conversación pendiente, no iba a perdérmela —replicó con tono divertido y, al ver como abría los ojos y sus mejillas se encendían, cedió a su propia necesidad, abrazándola, capturando su boca allí mismo—. Señor... lo necesitaba.

Dicho eso, la besó ahora en la frente, y la retuvo a su lado mientras se dirigía a su hermano.

—Dime que habéis conseguido algo.

—Esos malditos traidores preferían morir a ser capturados —siseó Alí con visible desprecio y ofuscación—. En mi propia tribu, Sharif, algunos de esos hombres eran de los Abdul Wahid.

Asintió y posó la mano sobre el hombro del jefe guerrero.

—Sé cómo te sientes, hermano —declaró, uniéndose a su dolor—. Ya no podemos bajar la guardia, no cuando no sabemos si hay más traidores entre nuestras filas.

—Quieren derrocar a los Al-Hanak —añadió Tarek con semblante serio—. Es una de las pocas cosas que me ha quedado clara.

Asintió. Sí, eso le había quedado claro a él también, sobre todo después de aquella sobrenatural visita que había tenido en las ruinas.

Bajó la mirada sobre Jasmine, quién estaba tironeando de su camisa, en busca de algo.

—¿Qué haces?

—Han tenido que saltarte los puntos, estoy segura.

Le cogió la mano y se la apretó con suavidad.

—Estoy bien. —No quería explicar ahora mismo por qué ya no existía tal herida y que en su lugar había una rosada cicatriz. No estaba seguro de quién podría estar escuchando ahora mismo—. Después dejaré que me metas mano.

—No te estaba metiendo mano, capullo.

—Ya veo que empezáis a parecer un verdadero matrimonio —comentó Tarek con una perezosa sonrisa—. Esto promete.

Ella lo fulminó con la mirada.

—No me casaría con él ni aunque fuese el último hombre sobre la tierra.

—Un poquito tarde para eso —murmuró para sí mismo, entonces cambió de tema, evitando así que ella lo distrajese de lo importante ahora mismo—. Está claro que estos ataques están dirigidos hacia nosotros.

—Pero, si es así, ¿por qué no atacar directamente el palacio de Samad? —preguntó ella, recogiendo el hilo.

—Porque es la fortaleza más segura de todo Bahir, con excepción de Khuzayma —respondió Alí, barriendo para casa—. Si quieres mermar las fuerzas de un enemigo, empiezas comprobando su capacidad de reacción, incides en sus bases menos protegidas, atacas esos puntos que no son importantes.

—Entiendo que hiciesen eso en lo que se refiere a las tribus e incluso en el campamento, pero, ¿por qué atacar un jeep en medio del desierto? ¿Por qué derribar un helicóptero? —Añadió Tarek—. No podían saber que Sharif iba en él y mucho menos que serían Jason y él quienes acudirían, ¿no?

—Tendrían que saber que la heredera de la segunda familia iba en ese jeep —comentó también Alí—. Y Jason y Sharif habían estado rastreando las últimas semanas el desierto en busca de pistas sobre lo que pensamos que serían renegados o mercenarios.

—Nuestro viaje estaba programado, el palacio estaba al tanto de nuestra llegada —dijo Jasmine mordiendo el labio—. Pero no tiene sentido, quiero

decir, nosotros hicimos una parada que no estaba programada en una de las tribus, el radiador empezó a fallar a medio camino y tuvimos que parar para coger agua. Eso fue antes de que el maldito decidiese morirse a la altura del desfiladero y esos... cabrones... salieran de la nada pegando tiros.

—Si sabían que ibais a pasar por la zona, probablemente os estuviesen esperando o incluso vigilando —resopló, se pasó una mano por el pelo y sacudió la cabeza.

—Parece que tenían todo organizado.

—La pregunta es, ¿desde cuándo? Y, ¿por qué ahora?

—Y la más importante, ¿tienen algo más en mente? —añadió Alí mirándolos a todos—. Eso es lo que más me preocupa ahora mismo, que esto no haya sido más que una pequeña muestra de su poder. Si tan siquiera supiésemos quién demonios está detrás de todo esto, podríamos cortar la maldita cabeza a la serpiente y acabar con ello antes de que la cosa vaya a más.

—Va a ser imposible mantener esto al margen de la prensa, Shar —recapituló Tarek—. Hay demasiados heridos, antes o después alguien hablará.

Asintió.

—Sí —aceptó y sacudió la cabeza con frustración—. Maldita sea. Si tan solo supiese qué mierda es el Badra.

—¿Qué has dicho?

La instantánea rigidez de Jasmine, unida a su pregunta lo llevó a mirarla. Su compañera lo miraba sorprendida, como si el hecho de que él supiese esa palabra, era de por sí algo inaudito.

—¿Sabes lo que es?

—No lo había oído en mi vida, ¿qué es? —se interesó Tarek.

—El libro de la Luna. —La respuesta llegó de Alí—. Fue uno de los legados de Ibrahim a las tres familias. Se dice que el libro se dividió en tres partes, cada una entregada a una de las hijas que el nómada tuvo con su segunda esposa.

—¿Se dice?

Se encogió de hombros.

—Es parte de las muchas leyendas de Bahir, alteza, unas reliquias de las que se hablan, pero que nunca se han visto.

—Lo que hace pensar que no son reales.

Sharif volvió a mirar a su compañera, estaba nerviosa, podía sentir como se le había acelerado el pulso e incluso la forma rápida en la que ahora respiraba.

—Pero no es una leyenda, ¿no es así, Jasmine? —La pregunta la sobresaltó, sus ojos cayeron sobre él con un gesto culpable—. ¿Qué sabes de ese libro? ¿Existe todavía?

Lo miró y pareció un poco renuente al responder.

—Bueno, sí... el Badra existe, desde luego —respondió con tono extraño—. Pero no es un libro.

—¿Cómo que no es un libro?

Ella negó con la cabeza.

—Nop. Bueno, sí y no.

—Nena, aclárate, por favor.

—Lo que quiero decir es que El libro de la Luna al que se refiere Alí, es un compendio de... historias. Se estima su datación en... en una fecha que no debería existir el tipo de papel empleado o la escritura.

—¿Es un libro de cuentos? —Aquello no tenía sentido. ¿Qué habría en un libro de cuentos que pudiese ayudar en su situación actual?

—No —negó ella—. No exactamente. Es como una especie de diario antiguo. Cada una de las partes corresponde a una familia...

—No me digas más, un *Bridget Jones* a lo arcaico —canturreó Tarek.

Ella resopló.

—Pero le faltan partes, algunas de ellas son ilegibles o incomprensibles... —chasqueó y señaló con un gesto de la mano hacia el oasis—. Y ahora que han hecho saltar por los aires las ruinas, se ha perdido todo. Incluso mis diarios.

—¿Tus diarios?

Asintió.

—Soy historiadora, ¿vale? Estoy especializada en lenguas muertas y antiguas —repuso en voz baja—. La arqueología es solo una parte de mi trabajo, la otra es mi... legado.

El recuerdo de esos individuos escapando con una bolsa de arpillera antes de la explosión despertó su inquietud.

—¿Qué había en esos diarios?

—Anotaciones, transcripciones, dibujos... copias de los mosaicos y las tablas que encontramos ahí abajo. —Se encogió de hombros—. Mis cosas.

—¿Y qué podría haber entre esas cosas tuyas de tal importancia que alguien quisiera recuperarlas antes de hacer volar las ruinas?

La pregunta la hizo parpadear, abrió los ojos e incluso boqueó como un pez antes de que sus mejillas enrojecieran.

—¿Me... me estás acusando de algo?

—No, Jasmine, solo quiero saber qué podía haber de importante en esos diarios para que alguien se tomase la molestia de bajar allí y salir con una bolsa de arpillera marrón antes de volarlo todo.

—¿Arpillera marrón con las asas de colorines?

Arrugó la nariz, pensando en lo que había visto.

—No lo recuerdo, sí, es posible.

—Mierda —declaró ella al momento—. Estoy casi segura de que era la mía. Siempre la dejo en la excavación con los diarios para no olvidarme de bajarlos cada dos por tres. Pero, no había nada que...

Las palabras fueron bajando de intensidad hasta que se quedó muda.

—¿Qué es?

Se giró hacia él y se mordió el labio inferior.

—No... no es sobre el libro de la luna, pero... —Sacudió la cabeza de nuevo, insegura—. Después de lo que ocurrió, quería estar segura de que podía hacerlo, de que podía... tomar el relevo como guardián. Encontré información... en realidad, era parte de un manuscrito más grande, estoy segura, estaba empezando a transcribirlo y... había algo que no terminaba de encajar. Supongo

que fue un problema de transcripción, pero... No se hablaba de tres familias, sino de cuatro.

—En algunos manuscritos se considera a los Tygrain como la cuarta familia —se metió Tarek.

—Pero los *tygrain* sois... bueno... esto. —Lo señaló a él entero—. No sois... humanos, en el término bíblico de la palabra.

—¿Estás insinuando que la cuarta familia de la que hablaban era humana? Negó con la cabeza.

—Lo que digo es, que en ese manuscrito mencionan una cuarta familia procedente de la casa del desierto y de sangre real. —Hizo un mohín—. Pero no tiene sentido pues, según la historia, el nacimiento de vuestra... raza... procede del señor del desierto y su esposa, la primera hija de Ibrahim.

—En realidad, descendemos de los hijos que tuvieron estos, ellos fueron los primeros *tygrain*. —La corrigió Tarek—. La compañera del Señor del Desierto era humana.

—Sí, es tal y como dice, nuestros antepasados, los primeros príncipes y posteriores reyes de Bahir, fueron los dos hijos que tuvieron el dios y su compañera.

—Tres.

—Dos. —La corrigió ahora él.

Negó con la cabeza con tal énfasis que el pelo voló en todas direcciones.

—Según el manuscrito del que os hablo, fueron tres y el tercer hijo, sería el cabeza de la cuarta familia.

Aquella era una revelación que ninguno de los presentes se había esperado.

—¿Y se habla de esa familia en el Badra?

Volvió a fruncir el ceño, había algo que la molestaba, podía sentirlo a la par que verlo en sus ojos.

—No lo has entendido, el Badra no es un libro, Sharif.

Entrecerró los ojos.

—Entonces, ¿qué es?

—La guardiana de la *Maktabat Al-Sahara* —respondió y abrió los brazos antes de señalarse a sí misma con un gesto de los brazos—. O lo que es lo mismo, yo.

—Jasmine.

—¿Sí?

—Tenemos que hablar.

Se llevó las manos a las caderas y lo miró con una acusación palpable en esos preciosos ojos azules.

—Ya era hora.

CAPÍTULO 17

—Estoy esperando.

Su postura lo decía todo, pero ahora que estaba de nuevo a solas con ella, en un lugar lo bastante cerrado como para darles un atisbo de intimidad, tenía ganas de jugar.

—¿A qué?

—A que te defiendas y me des una jodidamente buena explicación para lo que ocurrió anoche —sentenció. Ella sí que no estaba para juegos, apreció Sharif.

—Me dejaste ardiendo por ti —aceptó con total sinceridad—. Me rechazaste y, créeme, eso me escoció, pero no tanto como el que te hirieses tú misma con tus propias decisiones.

—Estás equivocado si piensas que yo...

Le cubrió los labios con un dedo, interrumpiéndola.

—Nunca me niegues un beso, no para castigarte —resbaló el dedo, acariciándole los labios—. Castígame a mí si lo deseas, pero no sufras por querer algo que puedo darte, que te daré con sumo gusto, pues solo te pertenece a ti.

—Te metiste en mi cama. —Se apartó ofuscada, con las mejillas coloradas, acusándole con un dedo—. ¡Y yo no te invité!

Se pasó la punta de la lengua por el labio inferior, a pesar de todo el polvo, la suciedad e incluso la sangre en su ropa, olía desidiosamente bien.

—En realidad, sí lo hiciste —asintió cuidando de mantener igualmente las distancias—. No es que ya de por sí no seas una invitación que un *tygrain* pueda rechazar, en especial, tu propio compañero, pero... en mi defensa he de decir que iba a conformarme con verte dormir. Esperaba poder explicarte por la mañana que...

—¿Qué? ¿Que eres un acosador nocturno?

Enarcó una ceja ante su acusación. Estaba a la defensiva, nerviosa, preocupada.

—...que eras mi compañera y todo lo que eso significa, pero me besaste...

—Eso no te lo crees ni tú. —Y ella tampoco, a juzgar por la duda en su voz.

—...y mis buenas intenciones se las llevó el viento.

—No te besé, no por iniciativa propia.

Sonrió, no pudo evitarlo.

—Lo hiciste, como también me devolviste los besos, antes de pedirme que me quedase contigo, que no te dejase sola —sentenció—. No es una petición que pudiese rechazar, no podía negarte lo que yo también deseaba, hacerlo nos habría herido a los dos.

Su rostro empezó a adquirir un tono cada vez más intenso.

—Tienes una manera curiosa de disculparte, Sharif Al-Hanak.

—¿Quieres una disculpa? Bien, aquí la tienes —replicó acercándose a ella

—. Me disculpo por haberte deseado y aceptar lo que tú me dabas, me disculpo por sucumbir a tus ruegos, haciéndolos míos propios, me disculpo por disfrutar del sabor de tu boca, de la dulzura de tu piel, de la humedad de...

—Para. —Ahora fue ella la que le cubrió la boca con los dedos mientras sacudía la cabeza—. No se te ocurra seguir.

Le atrapó la mano y le mordisqueó la yema de los dedos.

—¿Ya no quieres una disculpa?

Intentó soltarse, echarse atrás, liberar su mano y, al verla tan angustiada, la soltó.

—Jasmine, no voy a hacerte daño.

—¡Ya lo has hecho! —gritó exaltada—. ¿Es que no lo entiendes? Has vulnerado mi intimidad, has visto de mí... cosas que quizá no querría enseñarte, que puede que no quiera que nadie más vea.

—No hay nada en ti que no desee ver, que no desee aprender —le aseguró, aunque comprendía su reproche—. Sé que no he obrado de la mejor de las maneras, pero...

—Oh, bien, es un alivio que al menos sepas que has metido la pata.

—Yo diría que he metido las cuatro y hasta la cola.

—Pues sí, las cuatro y la cola.

Se quedaron mirándose, ella lo bastante acelerada como para que sus pechos subiesen y bajasen dentro de esa maldita blusa azul que lo volvía loco.

—No tenías derecho a entrar así en mi tienda...

El derecho se lo daba ser su compañero, pero era lo bastante hombre para admitir que no había obrado bien, que ella tenía motivos más que aceptables para estar enfadada.

—Que seas príncipe no te da derecho a...

—¿Qué sea príncipe? —Negó con la cabeza, dolido por su acusación—. Esto no tiene nada que ver con mi linaje y sí con mi naturaleza *tygrain*. Cuando me acerqué a ti, lo hice como Sharif, como el hombre que ves ahora mismo aquí.

—Te he hecho daño.

—No más del que yo te hice a ti, según parece.

Se quedaron de nuevo en silencio, ahora evitando mirarse el uno al otro.

—Hasta hace un par de semanas, ni siquiera sabía que iba a hacer con mi vida —murmuró ella—. Estaba prometida a un hombre, dispuesta a decirle que no podía casarme con él porque no lo amaba. Y entonces, tú vuelves a aparecer en mi vida de tal manera que casi te pierdo al mismo tiempo.

—El destino tuvo un extraño sentido del humor a la hora de reunirnos.

—Un humor macabro.

Se arriesgó a echar un vistazo en su dirección y se la encontró de espaldas, abrazándose a sí misma.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—¿Qué quieres decir?

Se giró para mirarle a la cara.

—Soy tu guardiana.

Asintió y volvió a acercársele.

—Eres mi guardiana por elección y mi compañera por designio —resumió—. Diría que eso me hace bastante afortunado, te tengo toda para mí.

—¿Y yo no tengo nada que decir al respecto?

—¿Sabes cómo nació mi raza?

Asintió, visiblemente confundida por la pregunta.

—Sí, claro. Los primeros *tygrain* nacieron de la unión del señor del desierto con la primera hija del nómada Ibrahim. Se dice que él fue el primer nómada que atravesó este basto mar de arena, llegó a Bahir procedente de alguna parte del mismo con la única compañía de un camello y una hija. Durante la travesía hubo una inesperada tormenta de arena que los obligó a buscar refugio. Pensaron que no sobrevivirían a la noche y, para aliviar sus almas y prepararlas para la otra vida, rezaron a los cielos que les perdonasen sus pecados. Pero no perecieron, sino que a la mañana siguiente se encontraron con que ya no estaban en el desierto, sino en un oasis, se cree que el mismo en el que están las ruinas del castillo.

—Sí, es el mismo —aceptó—. Sigue, me gusta tu versión.

Ella arrugó la nariz, se lamió los labios y continuó.

—Um... Ese mismo día, después de descansar, el anciano Ibrahim se internó en el desierto, diciéndole a su hija que rezaría una oración a los ancestros para agradecerles su buena fortuna —continuó con su relato—. Ella se quedó sola, momento que aprovechó para asearse. Se hundió en el lago y se dedicó a sus abluciones. Cuando salió, vio que no estaba sola, que una bestia la acechaba desde la orilla. Ante sus ojos el atigrado animal cambió de forma adquiriendo el cuerpo de un hombre tan apuesto que no tuvo problema alguno para seducirla.

Se rió en voz baja, no pudo evitarlo.

—¿Te parece gracioso?

—Es una versión bastante romántica, con respecto a la que yo conozco, pero no vas desencaminada —le informó—. Sigue, por favor.

—Bueno, es una historia de amor, él se enamora de ella, una simple muchacha sin hogar ni patria, la desposa convirtiéndola en su reina y ella le da hijos, los primeros *tygrain*.

—Dos hijos, un hombre y una mujer, los primeros príncipes Al-Hanak.

Ella negó.

—Eran tres, dos hombres y una mujer, pero solo los dos hermanos más jóvenes poseían el don de su padre.

—Y esa es la parte más confusa de todas —comentó sacudiendo la cabeza—. Nunca fuimos conscientes de que hubiese un tercer hijo y mucho menos que este diese comienzo a una cuarta familia.

—Sé lo que leí, Sharif, puedo haber interpretado mal alguna palabra, pero hablaban de un tercer hijo y otra línea real —suspiró ella—. Me temo que solo son palabras escritas en un pergamino, no es como si tuviésemos a mano la fuerte original para preguntarle. ¿Por qué has preguntado por el Badra? ¿De dónde has sacado ese nombre?

Fue su turno de emitir un profundo suspiro.

—Encuentra el Badra, descorre el velo del pasado y entiende el presente

—parafraseó—. Eso fue lo que me dijo él, justo después de evitar que me acercase más a las ruinas y terminase yo también saltando por los aires.

—¿Él?

—Quizá debieses sentarte, Jasmine, lo que estoy a punto de decir, puede resultar un poco... difícil de digerir.

Incluso mientras le relataba lo ocurrido él mismo tenía serias dudas de lo que estaba diciendo, aún si lo había vivido en propias carnes. Cuando terminó su relato, el rostro de su compañera lo decía todo.

—Vale, ahora sí que se te han fundido los plomos.

—Sé cómo suena, yo mismo tendría problemas para creer que ha pasado de no tener pruebas contundentes de ello.

—¿Cómo por ejemplo?

Levantó la camisa y, allí donde debería estar la reciente herida sólo había una rosada cicatriz.

—¿Cómo...?

—No lo sé —aceptó—. Solo lo hizo.

Ella levantó la cabeza y lo miró.

—Esto... esto es demasiado para mí —declaró, apartándose—. Nada de lo que está pasando tiene sentido. Es una locura tras otra, toda esa gente no ha hecho nada y los han acibillado, han quemado las tiendas con las personas todavía durmiendo en su interior y cuando salían les disparaban. ¡Nuestra propia gente! Y ahora un... ¿qué? ¿Un dios? ¿Viene de paseo al futuro y te dice que la respuesta la tengo yo? ¡Yo no sé absolutamente nada!

—Sabes mucho más que cualquiera de nosotros, Jasmine, tienes un conocimiento de nuestra historia mucho mayor de lo que esperaba.

—Sí, soy un ratón de biblioteca. —Hizo un mohín—. Pero no sé quién está haciendo esto. Ni siquiera sé por qué se llevaron mis cuadernos, nadie entiende mi letra.

—Respira, vas a ponerte a hiperventilar de un momento a otro. —La calmó con un suave ronroneo—. Encontraremos la respuesta.

—¿Cómo? ¿Dónde?

—Creo que esa es la pregunta adecuada. —Se rascó el mentón—. ¿Dónde encontraría las respuestas el Badra?

—En la biblioteca. —No dudó en seguir su misma línea de pensamiento—. Pero no tienes la menor idea de lo grande que es, no sabría ni por dónde empezar. Hay demasiada información y alguna es ilegible, incomprensible.

—La cuarta familia sería un buen comienzo. —Le hizo una sugerencia—. Quizá no nos lleve a nada, pero también puede ser la respuesta a todo esto.

—¿Algún descendiente chalado que ha decidido de la noche a la mañana reclamar un trono que no le ha interesado en dos mil años? Sí, ya veo lo bien que suena eso.

—En estos momentos estoy dispuesto a probar cualquier cosa, Jasmine, cualquier cosa.

Suspiró y miró a su alrededor para luego volver sobre él.

—Esto va a volverme loca —declaró, pasándose una mano por el pelo—. Y tú eres el único culpable. No se te ocurra volver a hacer lo de esta noche.

—No lo haré, a partir de ahora, te comunicaré mis intenciones antes.

—No tienes derecho a jugar así conmigo —protestó poniéndose en jarras.

—No eres un juego para mí, Jas, eres la mujer con la que voy a compartir mi vida.

Su declaración la dejó balbuceante.

—Ahora sí que estás delirando.

—Conoces la leyenda de mis antepasados, pero, ¿sabes por qué la eligió a ella de entre todas las posibles hembras presentes en el mundo?

—¿Por qué era la única churri que tenía disponible?

—Porque ella era su otra mitad, su compañera, la única que existe para un *tygrain* —resumió con sencillez—. Para que lo entiendas, sería algo así como encontrar a tu alma gemela. Y tú, doctora Mukhatar, eres la mía.

—¿Qué? ¿De qué estás...?

—¡Sharif!

El grito de Tarek los interrumpió, se miraron y salieron al momento de la tienda, encontrándose con su hermano, cuyo rostro estaba blanco como el papel. Allí lo acompañaba y su aspecto no era mucho mejor.

—¿Qué ha pasado?

—Han atacado las sedes de las tres familias de Bahir en un ataque coordinado —le informó su hermano—. Hay daños considerables, están reportando varios heridos e incluso muertos.

—Oh dios mío —jadeó su compañera.

Apretó los dientes y luchó por retener el gruñido de rabia que emergía ya de su garganta.

—¿Alguien ha reclamado los atentados?

Allí asintió, dando un paso adelante.

—Se hacen llamar: *Hilal dam*^[4]

CAPÍTULO 18

—Las primeras noticias que nos llegan de la ciudad de Jawhar, a setenta kilómetros de la capital baharí, hablan de una explosión en las inmediaciones de la calle Haruni. Se desconocen las causas del suceso, pero algunos medios empiezan a hablar ya de tres muertos y más de una docena de heridos.

Sharif apretó los dientes, se habían reunido en una de las tiendas alrededor de un portátil con conexión a internet y contemplaban con expresiones de horror y estupefacción los acontecimientos que retrasmitía un conocido noticiario del país.

—Las fuerzas de seguridad han acordonado la zona y han establecido un perímetro de dos kilómetros alrededor del lugar de la explosión. —La periodista hablaba directamente a la cámara, echando someros vistazos a los papeles que tenía sobre la mesa—. Todas las salidas han sido cortadas a la espera de que se confirme si estamos ante un atentado o se trata de un accidente aislado.

—Oh, señor —jadeó Jasmine, quién se retorció las manos. Su nerviosismo era equiparable al de los demás—. ¿Qué... qué hay en esa calle? ¿Creéis que se trata de los mismos que atacaron el campamento?

—No puede tratarse de una coincidencia... —murmuró Tarek, su voz carecía de su acostumbrada alegría.

—Sí, tenemos una noticia de última hora —continuó la periodista en pantalla. Se llevaba la mano al oído, sin duda para escuchar lo que quiera que le

estuviesen transmitiendo. Asintió y volvió a concentrarse en la cámara que la enfocaba—. Nos informan que ha habido otras dos explosiones simultáneas en Umara y en la misma capital, Samad. Estamos haciendo todo lo posible para ofrecerles la información de primera mano, en cuanto tengamos imágenes... ¿Sí? ¿Las tenemos? Bien, adelante.

La pantalla cambió entonces por unos planos bastante temblorosos y amateurs de lo que posiblemente fuese una cámara de teléfono móvil.

—Sí, las imágenes que le estamos ofreciendo han sido grabadas recientemente en el lugar de la explosión por una de las personas que se encontraban en las inmediaciones. —Explicó a medida que pasaba el vídeo dónde se veía una columna de fuego, humo por todas partes y las típicas alarmas de los coches junto con las lejanas sirenas de los equipos de emergencias—. Les pedimos disculpas por la calidad de las mismas.

Siguieron pasando el vídeo una y otra vez.

—Sí, tenemos lista la conexión telefónica con uno de nuestros corresponsales que ya está en la zona. Adelante, Fahir.

—Sí, ¿Fátima? Estoy justo aquí, fuera del cordón que la policía ya ha puesto para mantener a la gente alejada, por si pudiesen producirse nuevas explosiones. —Había cierta estática en la retransmisión—. Las fuerzas de seguridad nos han pedido que permanezcamos detrás de la línea. Han dado aviso a los comercios de la zona para que cierren sus puertas y piden encarecidamente a los vecinos que se metan en sus casas. Si se encuentran en la calle, por favor, acudan al primer lugar en el que puedan guarecerse.

—Fahir, ¿tienen ya alguna idea de lo que ha pasado? ¿Se trata de un accidente? ¿Un atentado?

—Malditos hijos de puta —masculló Alí.

—La primera de las tres explosiones de las que tenemos constancia ha ocurrido en las inmediaciones de la calle Haruni, en la ciudad de Jawhar. Más concretamente, en la propiedad de los Al Nazira, una de las familias más antiguas y con mayor poder adquisitivo de Bahir —relató el periodista—. Parece

que el inmueble, así como los vehículos que se encontraban en las inmediaciones, han sufrido graves daños provocados por una explosión de la que, por el momento, se desconoce el origen.

—¿Al Nazira? —Jadeó Tarek.

—¿Se ha podido contactar con el palacio? —preguntó Sharif, girándose hacia Alí.

—Las líneas están saturadas, lo estamos intentando vía satélite.

—Sigue con ello y comunícame con ellos tan pronto sea posible —pidió y se volvió hacia su hermano—. Ponte en contacto con Kaliq. Quizá ya lo sepa, sino, avísale. Es mejor que se entere él antes que Sarah.

Aquella era la familia de la mejor amiga de Sarah, la princesa Bakara.

—La segunda explosión, me confirman que se produjo con escasa diferencia de unos minutos en el centro ejecutivo de la ciudad —continuó con rapidez el hombre—. Más concretamente en el edificio de oficinas perteneciente al conglomerado Torques, al parecer la fuerza de la explosión arrasó toda la décima planta y ha causado daños en los pisos superiores e inferiores.

—¿A quién pertenece ese conglomerado? —preguntó Jasmine.

—A uno de nuestros socios comerciales más importantes.

—Fahir, me dicen que tenemos las primeras imágenes del incendio declarado en el edificio a raíz de la explosión.

La pantalla volvió a cambiar y esta vez enfocaron un edificio de varias plantas en la que se veía como el humo y las llamas lamían una de las plantas.

—Sí, me dicen que las plantas superiores del edificio estaban actualmente siendo remodeladas, ¿es así? —preguntó la periodista.

—Sí, esa es la información de la que disponemos, Fátima —aseguró—. Nos han confirmado que han sido evacuadas todas las plantas inferiores y que aquella en la que se ha originado la explosión, así como las superiores estaban totalmente vacías a esas horas.

—Gracias a Dios —musitó Jasmine llevándose las manos a la boca angustiada.

—Eso no ha sido fortuito —negó incapaz de soportar ya el enfado—. Sabían perfectamente que esas plantas estarían vacías.

—¿Y la casa de la primera familia? —preguntó Alí, sabiendo tan bien como él que aquellos ataques obedecían a algo muy concreto.

—¿Tarek?

—Estoy en ello, estoy en ello.

Siseó y volvió a fijar la mirada en la pantalla cuando cambiaban de escenario.

—La tercera y última de las explosiones ha tenido lugar en la residencia del consejero Mukhatar, en...

—¡No! —El grito de Jasmine lo sobresaltó, se volvió al momento hacia ella, abrazándola, impidiendo que se abalanzase sobre el ordenador.

—Tranquila, tu padre está en palacio.

—...la vivienda ha quedado reducida a escombros, la imagen es dantesca. La onda expansiva ha causado daños de elevada consideración en las estructuras de las casas de los alrededores —seguía informando el periodista—. Se desconoce el número de ocupantes que había en esos momentos en la casa. Solo nos han confirmado que el consejero Muktab está actualmente en el palacio de Samad.

—Oh dios mío, oh dios mío, oh dios mío... esa... esa era... era mi... mi casa... Oh dios mío.

Apretó a la chica contra su pecho, y le dio la espalda a la pantalla, apartándola del rango del audio.

—Tranquila, shh...

—Mi casa... Sharif, es mi casa... mi... —Se aferró con desesperación a su camisa—. Oh señor. Zafira, Merew... ellas solían encargarse de todo cuando papá está en Samad. Oh dios mío, oh dios mío.

—Malditos desgraciados —masculló de nuevo Alí.

—Sí, sí, dale paso. —Vio por el rabillo del ojo que decía la periodista del noticiario—. Alewa, nos dicen que el atentado ha sido ya reivindicado. ¿Es

correcto?

—Sí, los tres atentados han sido reivindicados por un grupo denominado «*Hilal dam*» —Apareció una mujer en pantalla, una periodista bastante joven que miraba una y otra vez el cuaderno que tenía con ella—. No tenemos constancia de los movimientos de dicho grupo aunque se rumorea que podrían haber causado ya algún atentado en el territorio de Bahir e incluso con alguna baja. Se presentan como el frente de liberación Bahari y legítimos herederos de la casa real.

—¿Pero que mierda...?

—Gracias, Alewa, mantente en contacto —continuó la presentadora—. Vamos ahora con Alek, quien ya está en las inmediaciones de Umara.

—La policía ha cercado el lugar, como podéis ver a mi espalda hay un sin fin de cuerpos de bomberos haciendo su trabajo y...

—Apaga eso. —Ordenó Sharif cuando su compañera volvió a estremecerse en sus brazos al escuchar el nombre de su ciudad.

—Traidores...

—Esto no está pasando, esto no puede estar pasando.

—¿Qué hay de esa línea con el palacio?

—Sigo en ello, sigo en ello, joder.

—Hay que evacuar a toda esta gente, sacarla de aquí —le recordó Alí, a lo que él asintió.

—¿Es necesario traslado al hospital?

—¿Desde aquí? —Se rió de mala gana—. ¿Con la que está cayendo ahí fuera? No, yo no me arriesgaría.

—Las tribus están preparadas para recibirlos —le informó Tarek, quién seguía peleándose con el teléfono vía satélite—. El palacio está cerrado a cal y canto.

—Tengo que ir con mi padre, necesito saber que está bien, que... Oh dios, tengo que localizar a Thomas e Idris, ambos iban a estar esta semana en Samad.

—¿En dónde?

—Idris en el hospital... er... ahora no recuerdo el nombre —Se pasó una mano por el pelo, temblaba como una hoja—. Y Thomas, él suele colaborar en una empresa de seguridad... Oh, por favor, tengo que encontrarlos, tengo que saber que están bien.

—Tranquila. —La agarró por los hombros—. Los encontraré, me aseguraré de que están bien. Tu padre está en palacio, ya le he dicho a mi hermano Kaliq que le transmita que estás bien.

Sus ojos empezaban a llenarse de lágrimas.

—¿Por qué nos hacen esto?

—No lo sé, cariño, pero van a pagar por la destrucción y las muertes que han causado.

—¡Por fin! —Exclamó Tarek moviéndose con el teléfono en la oreja de un lado a otro—. Sí, sí. Lo acabamos de ver por internet. Esos cabrones atacaron también el campamento y han volado Anwar Badr. Ha habido bajas, estaban infiltrados entre los hombres que apostamos para doblar la seguridad. Han tenido que planearlo desde hace tiempo.

—Pásame el teléfono —pidió y cuando lo recibió y escuchó la voz de su hermano Kaliq, habló de inmediato—. ¿Dónde estáis? Bien, cierra el palacio a cal y canto. Lleva a todos al interior y no dejes que nadie en el que no confíes ciegamente se acerque a cualquiera de vosotros. No sabemos a cuanta gente más pueden tener infiltrada en nuestras filas. No, es demasiado arriesgado, voy a enviarla con Alí a la fortaleza. Bien. Manteneos en contacto. —Le devolvió el teléfono a Tarek y se dirigió al jefe de los Abdul Wahid.

—Llévala contigo.

Jasmine captó su intención al segundo. Podía estar preocupada por su familia, pero era perfectamente consciente de que hablaba de ella.

—¿Qué? ¡Noooo!

—Ahora mismo ese es el lugar más alejado y seguro de toda esta locura — le aseguró, no iba a discutir esto con ella—. Te vas con Alí. Te buscaré tan pronto compruebe como están las cosas.

—Nos moveremos en breve —aceptó el hombre saliendo ya de la tienda.

—Tarek, poned sobre aviso a las tribus, habla únicamente con cada jefe.

—Crees que puede haber más traidores en nuestras filas.

Asintió. Sí, lo creía.

—Sharif, no voy a irme al otro lado del desierto —Se negó ella—. Han volado por los aires la casa de mi familia, ¿es que no lo entiendes?

—Sí, lo entiendo y tú te vas —sentenció con firmeza—. Te necesito, gatita, y te necesito viva. Además, eres la única que puede averiguar algo sobre esa cuarta familia. Tenemos que encontrar quién está detrás de esto, quién mueve los hilos.

Se mordió el labio inferior, pero sabía que la tarea que le había dado aliviaba en algo el hecho de tener que irse.

—Haré todo lo que pueda.

—¿Sabes quién podría querer tus diarios? ¿Quién estaba al tanto de lo que había dentro? ¿Para qué crees que podrían utilizarse?

Sacudió la cabeza.

—No lo sé, son solo diarios de trabajo, no es algo que pudiese interesar —negó—. Me han visto escribir en ellos, pero no... No sé quién podría quererlos.

—Intenta pensar en algo, por muy tonto que sea —le rogó y le cogió el rostro entre las manos—. Y por lo más sagrado, mantente a salvo hasta que vaya a buscarte yo o alguno de mis hermanos.

Bajó la boca sobre la suya y saboreó sus labios antes de dejarla, dar media vuelta y salir de la tienda dispuesto a matar a alguien. Se acarició con gesto distraído la pulsera y miró hacia el cielo.

«Si puedes escucharme, amigo mío, me vendría bien toda la suerte que puedas enviarme».

CAPÍTULO 19

—Te quiero fuera de aquí, Sarah, Bahara te recogerá en el aeropuerto y...

—¿Vas a venir tú? No, ¿verdad? Pues entonces no gastes saliva, Kaliq, si tú te quedas, yo me quedo —replicó la compañera de su hermano llevándose las manos a las caderas—. Hemos tenido esta conversación varias veces a lo largo de la semana y mi respuesta sigue siendo la misma. No hay más que hablar.

Expuesto su punto se giró hacia él, Sharif envidiaba un poco a Kaliq. Los últimos seis días habían sido verdaderamente infernales, no solo había tenido que tratar con la prensa, mientras su padre y su hermano se hacían cargo de los comunicados institucionales, sino que había pasado todo ese tiempo lejos de su compañera.

Si ya de por sí estar apartado de ella, recién emparejado, era una tortura, el que ella estuviese cabreada como una mona y se negase a responder a sus llamadas, no hacía sino las cosas mucho peor.

—¿Cuándo vas a volver con Jasmine?

La pregunta de su cuñada fue como un dardo directo al corazón.

—Tan pronto como pueda salir de aquí, Sarah. —No tuvo problema en aceptar—. Lo cual, hasta el momento, ha sido no solo imposible, sino también arriesgado. No sabemos quién demonios hay ahí fuera esperando atacarnos de nuevo. No voy a ponerla en peligro, guiándoles hacia ella.

—Con todo lo que está pasando, Khuzayma es probablemente el lugar más

seguro para ella —aceptó su hermano con un profundo suspiro—. Esos malditos han sembrado el caos solo para desaparecer por completo. ¡Que un rayo les parta!

Los recientes atentados, así habían sido catalogados por la prensa y respaldados por el propio palacio, habían tenido un saldo de cuatro muertos y cincuenta y dos heridos, cuatro de los cuales estaban con pronóstico reservado en el hospital. A ellos había que añadir además la carnicería ocurrida en el campamento, la cual no habían sido capaces de ocultar ni querían hacerlo. La cifra de muertos había ascendido a treinta, con una considerable cantidad de heridos que se habían diseminado entre las tribus y los hospitales de Bahir, en la medida que fue posible el traslado. Posiblemente, de no ser por la colaboración de su gente, habían perecido muchos más.

Tarek había puesto la biblioteca patas arriba, había buceado entre los viejos manuscritos que guardaban en palacio y había mantenido un estrecho contacto vía Skype con Jasmine; al menos ella se dignaba a hablarle al joven príncipe, aunque a él no le dirigiese ni la palabra.

Su único consuelo era que ella lo estaba pasando tan mal como él, aunque más que un consuelo era como un lacerante cáncer que lo iba carcomiendo por dentro. Si incluso su tigre parecía deprimido, gimoteando por las esquinas, llamando a su compañera, deseándola, echándola tanto de menos que le dolía en el alma.

Pese a todo, no habían encontrado todavía nada que les ayudase a descifrar quienes eran esos autodenominados «*Luna de Sangre*». Todo lo que tenían hasta el momento eran infundadas sospechas que solo se sustentaban en la palabra dada por Jasmine.

—¿Habéis conseguido averiguar quién está detrás de los ataques? ¿Quiénes son? ¿De dónde han salido? —preguntó Sarah, quién había estado participando activamente en las actividades de palacio—. Por más que he buscado en hemerotecas y en viejos archivos, no hay un solo grupo armado que responda a ese nombre. De hecho, no ha habido un solo atentado de este tipo

desde hace más de setenta años.

—El terrorismo nunca había llamado a nuestra puerta hasta ahora —admitió Kaliq—. Nunca hemos tenido enemigos de este tipo, hemos sido un país neutral, que se ocupa de sus cosas y procura, en la medida de lo posible, no formar parte de conflictos armados.

—Esto es algo personal, no contra Bahir, sino contra nosotros. —Puso sus pensamientos en palabras, como tantas veces lo había hecho ya esa semana—. Esto es personal. Han atacado tres de nuestros principales soportes, tanto financieros como de logística. Atentaron contra las tribus, sin duda un aviso de lo que les ocurriría a aquellos que siguiesen apoyando a la casa Al-Hanak. Se han infiltrado en nuestros hogares, en nuestros puestos de trabajo y, lo que más me preocupa de todo es no saber desde cuándo se ha estado gestando algo como esto. El mensaje ha sido claro: Quieren derrocar a la actual monarquía y ascender al trono.

—¿Cómo es posible que sepan lo que sois? —preguntó la chica—. ¿Cómo pueden tener acceso a esa información?

Sarah tenía razón en sus preguntas, su raza seguía siendo un misterio para la humanidad, había contadas personas que conocían su verdadera naturaleza. No se trataba de una filtración, esto iba mucho más allá.

—Si las transcripciones de Jasmine eran correctas, existiría un tercer hijo —murmuró, era algo en lo que no había podido dejar de pensar—. El señor del desierto no habría tenido dos hijos, como hemos sabido hasta el momento, sino tres.

—Y sería algún descendiente de esta tercera rama, la que estaría ahora reclamando el derecho al trono.

—No puedo creer que alguien que descienda de vuestro mismo linaje pueda hacer algo como esto —negó Sarah—. Es inhumano. Horrible. Diabólico.

—No, ningún *tygrain* haría algo así, no está en su naturaleza y mucho menos en nuestro linaje, hija mía.

Los tres se giraron ante la inesperada interrupción. Su padre, Hafez,

entraba en la pequeña sala en la que solían reunirse para debatir y lo hacía acompañado por el consejero Mukhatar. El padre de Jasmine había conseguido hablar con su hija y tranquilizarla con respecto al paradero de sus primos, ambos se encontraban bien y a salvo, pero había decidido quedarse en palacio, dónde podría ser más útil. Tenía que admitir que, para alguien que había perdido todo lo que tenía, pues su hogar había sido literalmente arrasado, poseía una entereza y una fuerza encomiable. No era sorprendente que fuese tan afín a su propio progenitor; eran almas afines.

El sultán caminó hacia la pequeña mesa que había en un rincón y dejó sobre esta una descolorida carpeta de la que sobresalían un fajo de antiguos pergaminos en la que no había reparado.

—La realidad es que hay todavía muchas cosas, mucha información de nuestros antepasados que desconocemos, ya bien porque no se ha podido acceder a ella, porque es incomprendible o no existe —continuó mirándolos ahora a cada uno de ellos—. Me temo que hemos sido descuidados, que nos hemos asentado en nuestra propia historia y no hemos sido capaces de ir más allá, de comprobar otro tipo de registros.

—¿Qué otro tipo de registros? —preguntó mirando intencionadamente el manojito de amarradas páginas.

—Los que se guardan en la *Maktabat Alshra*, protegidos contra el paso del tiempo y de exposiciones inapropiadas —resumió el consejero—. Los escritos del nómada Ibrahim no son los únicos que existen sobre nuestras respectivas familias.

—Esperad... un momentito, por favor —Sarah levantó la mano, llamando la atención de los presentes sobre su persona—. ¿Estamos hablando de la Gran Biblioteca de Alejandría? ¿La que se quemó hasta los cimientos y de la que solo quedan suposiciones, posibles ubicaciones, etc.?

—Sí y no, princesa —respondió Mukhatar con calidez—. El mundo antiguo es como un enorme desierto cuya arena se va tragando el conocimiento y sepulta la verdad. La *Maktabat Alshra* es anterior a la construcción de

Aleandría, se dice que fue fundada por el mismo Señor del Desierto para el nómada Ibrahim, encargándole a él y a sus hijos su custodia. Muchos de los archivos de la posterior biblioteca de Aleandría han ido a parar a nuestros muros, así como otras reliquias que el mundo moderno no está preparado para encontrar.

Si bien había visto palidecer antes a la esposa de su hermano, jamás lo hizo hasta tal extremo.

—Respira, amor mío, respira —Kaliq, siempre pendiente de su compañera, se hizo cargo al momento de la situación.

—¿Respirar? ¿Respirar, dices? Es un poquito difícil en estos momentos... La biblioteca... existe... hoy en día, ¿tienes idea de lo que eso representa para la humanidad?

—Poder, uno que no debería contener un solo individuo —replicó él mismo con sequedad—. Y ese es el motivo por el que ha permanecido y permanecerá en el olvido para todos aquellos que la buscan.

—Nuestra raza se remonta muy atrás en el tiempo, Sarah, siempre hemos sospechado que el señor del desierto podía muy bien haber sido uno de los antiguos dioses de Egipto.

—Ah... yo... joder...

—Sí, ese sería sin duda un buen resumen —aceptó Kaliq, besándole la mejilla.

—Entonces, ¿lo que proclaman es verdad? Lo que decía Jasmine, sobre un tercer hijo, sobre la cuarta familia es un hecho.

El hombre asintió una vez más y señaló los documentos.

—Estos registros se remontan a un periodo posterior a los escritos por Ibrahim y los firma alguien que, suponemos, podría ser un descendiente de ese tercer hijo. —Abrió la carpeta y pudieron ver las apretadas letras antiguas, una serie de líneas que se remontaba a los primeros escritos conocidos en lengua baharí—. El *rabi alsahra* tuvo un varón y una hembra *tygrain* con su compañera, pero también tuvo otro varón, uno que nació sin el don del dios y que, si lo que

insinúan estos manuscritos es cierto, sería el mayor de los tres y, por lo tanto, su primogénito.

—El primer príncipe de Bahir, por delante de sus hermanos *tygrain*. —La voz de Tarek lo llevó a mirar hacia la entrada. El cachorro se veía más cansado que de costumbre, con unas profundas bolsas negras bajo los ojos—. Y también se hace mención a él en los manuscritos de Ibrahim, no con esas palabras, pero es la impresión que da, posiblemente podría llegar a confirmarse si los que nosotros conservamos no estuviesen incompletos.

El consejero asintió a su comentario.

—Lo más probable es que las páginas que faltan, se encuentren en la biblioteca, al igual que otros documentos y diarios de la época.

—Es necesario que conozcamos el pasado para poder enfrentarnos a lo que quiera que esté orquestándose en el presente —añadió su padre con su acostumbrado vozarrón—. Sabemos que hubo un tercer linaje y que, según estos documentos, procedería de la línea directa de nuestro antepasado.

—Entonces, ¿el cabrón hijo de puta que está detrás de los atentados, que se ha proclamado el verdadero heredero de Bahir, que ha sembrado nuestro hogar de muerte y destrucción, sería descendiente del hijo humano del dios del desierto? —resumió Sarah con efectividad—. ¿Y familiar nuestro?

—En todas las familias tiene que haber una oveja negra, ¿no?

—Calígula sería un corderito en comparación, hermanito —le aseguró ella al recién llegado—. Quien quiera que esté detrás de todo esto, es un demente, un verdadero demonio.

—Un buen resumen, cariño.

—Bueno, pues ya sabemos que tenemos por ahí un tátara-tátara-tátara-tátara tío, que fue humano y cuya descendencia ha llegado a día de hoy de mano del diablo —añadió también Tarek—. ¿Ahora qué?

—Ahora tenemos que averiguar quién fue, cuál fue su descendencia y rastrearla lo más próximo a día de hoy —concretó su padre. Sus ojos y los del consejero cayendo directamente sobre él.

«Encuentra el Badra, descorre el velo del pasado y entiende el presente».

Las palabras del dios volvieron a su mente con una efectividad pasmosa. Parecía que aquella era la única respuesta para el mal que acechaba su tierra y era necesaria que la encontrase lo antes posible.

No había vuelto a mencionar a nadie más el episodio, ni siquiera a su familia, aunque sabía que todos estaban bastante sorprendidos por su pronta recuperación. Había cosas que, sencillamente, era mejor guardarse para sí o compartirlas solamente con su compañera.

El pensamiento le llevó a ella, extendió su mente y encontró la suya cerrada a cal y canto. Sonrió para sí y empujó un poco, lo justo para abrir esa rendija.

«¿Estás bien, compañera?».

La respuesta vino acompañada de una oleada de alivio, la cual contrastó con su respuesta.

«Lo suficiente como para mandarte a paseo».

Jasmine siempre actuaba con él de esa manera, su mente y su cuerpo eran sinceros, proclamando lo mucho que lo necesitaba, lo que lo echaba de menos, pero su boca decía todo lo contrario.

«Esperaba que me dijese que me echas de menos».

«No, ni un poquito. Mi vida es mucho más tranquila desde que tú no pululas a mi alrededor».

«Mientes muy mal, gatita».

«No me llames así, no tienes derecho. Para ti soy, la doctora Mukhtar».

«Eres mi compañera, mi otra mitad, tengo derecho a ti».

«¿Esto es lo que les dices a todas las mujeres a las que seduces?».

Se mordió una sonrisa al escuchar su indignación.

«Tú eres la única mujer en la que estoy interesado, la única a la que me apetece y quiero seducir». Confesó. *«Te lo demostraré esta misma noche».*

«No te molestes, no te necesito».

Otra gran mentira, pensó al sentir su irritación, su necesidad y por encima

de todo, su anhelo.

«*Pero yo a ti sí, sadiqa*^[5]».

Con eso cortó la comunicación y volvió a centrar su atención en los presentes.

—Supongo que solo hay un lugar en el que podemos encontrar esa información —concluyó mirando ahora al consejero.

Este asintió y señaló los manuscritos.

—Jasmine tiene la llave, solo nuestra familia tiene permiso para traspasar sus puertas —explicó—. Ella es ahora parte de ti, como tú lo eres de ella, alteza, la biblioteca te permitirá entrar y descubrir sus secretos.

—Hablas como si la biblioteca tuviese conciencia propia.

El hombre sonrió enigmático.

—Eres un hombre que procede de una antigua raza del desierto, alguien con la afinidad de cambiar a tu naturaleza felina a voluntad —expuso lo obvio—, si eso es posible, ¿qué otras cosas no podrían serlo también?

Sí, conocía la existencia de otras razas de cambiantes, de hecho, el jefe de la raza lupina de la zona, era el jeque de Al-Hasa, un hombre con el que habían tenido contacto y también negocios en los últimos años. Así que, ¿por qué no iba a existir un edificio con voluntad propia?

—Te orientaré en lo que tienes que buscar —le dijo Tarek, quién estaba más versado en esos temas que él—. Jasmine podría hacerlo, pero la tienes más cabreada que a una mona, así que... hasta que te hagas perdonar, no te vendrá mal información extra.

No dijo nada, su hermano pequeño tenía toda la razón.

CAPÍTULO 20

Siempre se había sentido bienvenida entre aquellas cuatro paredes, conocía el edificio y la ciudad como la palma de la mano, pero esa última semana no había podido encontrar el solaz entre sus muros, por el contrario, se había sentido asfixiada, deprimida y, de una manera incomprensible, sabía que el único culpable era Sharif Al-Hanak.

Si bien conocía Bahir, su lugar de nacimiento y los primeros años de su vida los había pasado en Umara, una de las ciudades principales del país, a menudo la había comparado con la hermosa y bucólica Praga, lo bastante antigua y bulliciosa como para resultar moderna, todo un contraste con la ciudad amurallada a orillas del desierto que representaba Khuzayma.

El viaje en jeep que la había conducido hasta allí había sido agotador, no solo por las horas de viaje, bajo el calor abrasador del sol que solo había empezado a remitir al llegar a las áreas de pastoreo que bordeaban el desierto y se extendían dando cobijo a las tribus nómadas, sino por el estrés que suponía aquella «huida» y lo que dejaba atrás.

Si había algo que le gustaba de ese lugar era su aire de cuento de *Las Mil y Una Noches*, una pequeña ciudad encapsulada entre altos y blanquecinos muros que parecía haberse quedado anclada en el pasado. Su arquitectura mudéjar parecía sacada de la mítica ciudad de Agra con sus mosaicos, estrechas callejuelas, casas pintadas de cal, cúpulas doradas... Era como vivir en la ciudad

de Aladino. Pero más allá de su exterior de cuento árabe, su interior recreaba la comodidad del siglo XXI. Restaurantes, tiendas, gente vistiendo a la moda, era un conjunto de varias etnias dispersas dentro del mismo espacio y, en medio de todo, estaba la residencia de la familia que regía la ciudad.

—Si necesitas algo, solo tienes que pedirlo, ya lo sabes.

A Alí tenían que darle una medalla al mérito de la paciencia, pensó con un resoplido. El hombre había sido el principal depositario de sus quejas, de sus arranques de ira y de los ataques de llanto que la habían sobrevenido esos últimos seis días. Se había comportado como un hermano mayor, no había cambiado su manera de tratarla aunque ya no fuese la prometida de su hermano.

—¿Por qué no le llamas? —Le había sugerido a mitad de semana—. Las líneas vuelven a estar operativas. Has tenido noticias de tu familia y sabes que todos están bien.

—Decir que están bien, es un eufemismo. ¿Cómo puedes estar bien cuando tu hogar, toda tu vida ha saltado por los aires?

—Porque están vivos, Jasmine, eso es lo más importante —le recordó muy oportunamente—. Ese es un gran regalo, especialmente dado todo lo que ha pasado hasta el momento, las vidas que se han perdido. El que conserven las tuyas, es un verdadero regalo.

—Sí, tienes razón. Lo siento, Alí, yo solo... —Se había echado a llorar otra vez—. Es que no sé lo que me pasa. Todo esto me está superando.

—Sharif ha sido negligente contigo. —Había chasqueado entonces—. Pero es suya la tarea y suya la responsabilidad. Llámale, dile cómo te sientes. Escuchar su voz te sentará bien.

—Lo único que podría sentarme bien ahora mismo es estrangularlo. —Y del llanto pasaba a la furia—. ¡Cómo se atreve a hacerme esto! ¿Quién se cree que soy? ¿Su criada?

Sí, sin duda había tenido un infierno de semana, ni siquiera se reconocía a sí misma cuando se miraba al espejo. Estaba cansada, con unas tremendas ojeras, había utilizado todo el tiempo en el que se sentía más o menos centrada para

recopilar toda la información que guardaba en su mente, dado que sus cuadernos habían desaparecido y su ordenador portátil había pasado a mejor vida. Por suerte, solía tener algunos respaldos en almacenes online, pero nada de aquello la servía realmente en su actual propósito; rastrear las raíces del tercer hijo del señor del desierto.

Se pasó la mano por el pelo, desordenándolo aún más y le dio la espalda a la mesa dónde tenía desperdigados sus nuevos apuntes. Sobre ella estaba también un paquete que había recibido hacía escasos momentos de parte de su padre.

—¿Recuerdas esa horrible caja fuerte de estilo antiguo que me trajiste de Inglaterra? —Le había dicho su padre un par de días atrás, cuando la había llamado para ver que tal estaba—. Pues, ahora sí puedo decir que ha sido el mejor regalo que me habías podido hacer, Jasmine.

Su padre había odiado con pasión esa cosa. No era que lo culpase, porque era fea de narices. Pero a él siempre le habían gustado las cosas *vintage* y, desde luego, esa cosa la era.

—¿Por qué? No me digas que ha sobrevivido a la explosión.

No solo había sobrevivido, recordó mirando de nuevo el paquete, sino que había salvado los antiguos manuscritos que guardaba en su interior, un conjunto de tres destartalados y delicados cuadernos que habían pertenecido a sus antepasados y que su padre había querido tener cerca.

Esos eran los que ahora descansaban sobre la mesa, envueltos en papel marrón.

Dejó la habitación y salió a la terraza, adoraba esa habitación, especialmente porque justo debajo de ella se extendía el jardín y más allá, la ciudad con el desierto en el horizonte. Ese era su hogar, esa franja naranja que destacaba a lo lejos.

Se apoyó en la barandilla y dejó que el sol le calentase el rostro, los brazos, alejando un poco el frío que la envolvía. Cerró los ojos y evocó su rostro. Esa breve conversación que habían tenido un rato antes la había aliviado tanto o

más de lo que la había entristecido. Le echaba de menos, estúpidamente deseaba que estuviese allí y, por encima de todo, quería que la abrazase, quería volver a sentir sus brazos a su alrededor.

Una solitaria lágrima resbaló por su mejilla, seguida de otra y otra más, se las limpió con rapidez y sacudió la cabeza. No podía dejarse ir de nuevo, no servía de nada llorar, solo acababa con un dolor de cabeza insoportable.

Le dio la espalda con decisión a las vistas y volvió a entrar.

—Trabajo, lo mejor será que me concentre en el trabajo y deje de pensar en ese mentecato.

Caminó hacia la mesa, abrió con mucho cuidado el paquete que había recibido y reconoció al momento los tres volúmenes. Un ácido olor a humo le llegó al momento de quitar el papel que los cubría, si bien no habían sufrido daños de consideración, conservaban el aroma del desastre en el que se habían visto inmersos.

—De acuerdo, ¿vais a ser capaces de contarme algo o seréis uno de tantos cuadernos de letra inteligible e idioma desconocido con el que no podré lidiar?

Hizo a un lado algunas de las anotaciones y retiró uno de los cuadernos, lo abrió con cuidado e hizo una mueca al ver algunas páginas rotas y otras descoloridas.

—Sí, aquí nada puede ser sencillo, ¿verdad? —Se dejó caer con un suspiro en la silla y empezó a ojear las páginas, buscando algo reconocible—. Veamos... qué vienes a ser tú... ¿Una lista de la compra? ¿Un tratado de algún tipo o...?

Se detuvo ante una de las páginas, la movió con mucho cuidado y acercó la lupa a las letras que le pareció distinguir.

—La mortalidad es un regalo... er... finito... Sin duda un regalo. Nunca pensé en ello hasta que llegó... No, hasta que *ella* llegó. Ella, se refiere a una persona —resiguió las siguientes líneas con la lupa, intentando adivinar las palabras que faltaban y componer así el trozo que había escrito—. Hasta que el destino me mostró su benevolencia en la forma más sencilla y complicada de la humanidad. No fui odiado. No fui abandonado. Nací para encontrarla.

Se detuvo, parpadeando, comprendiendo lo que tenía ante sí.

—Es... es un diario —musitó sobrecogida—. Oh, dios. ¡Un diario!

Continuó deslizando la lupa, entrecerró los ojos y echó mano de todo lo que sabía para traducir ese fragmento.

—Um... por eso vivo. No, no espera, no es así. Por ella estoy vivo, sí, aquí pone ella de nuevo. Por ella sé lo que es vivir. La eternidad... se ha terminado... ¿Qué significa esto? Sé que la he visto en algún lado, esa palabras... —empezó a rebuscar en las páginas que tenía sobre la mesa—. Sí, aquí está. Entonces, aquí pone... No la soportaría sin ella.

Releyó una vez más por encima la frase y consiguió un asombroso resultado:

«La mortalidad es un regalo finito, pero es sin duda un regalo. Nunca pensé en ello hasta que la conocí, hasta que el destino me mostró su benevolencia en la forma más sencilla y complicada de la humanidad. Ella es mi alma, por ella estoy vivo, por ella sé lo que es vivir. Sé que la eternidad se ha terminado para mí, pero también sé que nunca la soportaría sin ella».

La excitación empezó a recorrer sus venas, era algo que reconocía, la alegría, la emoción y la ansiedad que sentía cada vez que tenía un gran descubrimiento entre manos. Volvió hacia atrás, siguió hacia delante, saltó entre las páginas, teniendo mucho cuidado con la fragilidad del papel de tipo pergamino y, con un cuaderno al lado, empezó a tomar apuntes de aquello que reconocía y de las palabras que no tenían sentido para ella.

—Vamos, ya has empezado a hablar, no te calles ahora —canturreó inmersa en el trabajo—. Dime más, dime quién eres, a qué familia perteneces.

Comprobó dos páginas más con premeditada lentitud, hizo una mueca ante la tinta corrida en algunas partes y se esforzó por comprender otras más visibles.

—Mirar, ver, observar... Desde luego, la escritura no era precisamente lo vuestro —resopló tratando de desentrañar esa palabra—. Um... ¿Hábito? ¿Existían las monjas? No... hábito, pero de costumbre. Tengo el cerebro atrofiado y es toda culpa tuya, gatito. —Mejor echarle la culpa a ese hombre que

seguía colgado de su mente y su corazón, que mentirse a sí misma—. De nuevo un verbo. Mirar. Um... perder... Mirada perdida, sí. Bueno, desde luego no iba para poeta. Lejano... lejos.

Se detuvo un momento, cogió el bolígrafo y empezó a escribir, dejando guiones largos allí dónde no sabía que palabra podía haber.

—Mirar a ella. Mirarla en... lejos de él... era una costumbre. —Frunció el ceño, revisó la frase y la adaptó al idioma actual—. Mirarla desde la distancia, se había acostumbrado a verla desde lejos. Es... es un hombre, está narrando un hombre. Pero quién eres, ¿eh?

Arrugó la nariz, releyó de nuevo lo que tenía y continuó tomando anotaciones.

—Distinto a él... ¿Fin? ¿Muerte? —Se llevó la parte trasera del lápiz a la boca y lo mordisqueó—. ¿Querrá decir que ella es mortal? ¿O que se estaba muriendo?

—¿Jasmine?

La inesperada voz la hizo dar un salto sobre la silla, el lápiz se le cayó de la boca, el cuaderno de notas terminó cayendo de la mesa y ella casi se pega en la cabeza con el flexo con el que iluminaba el trabajo.

—¿Qué? ¿Qué? —Se giró como un resorte, dispuesta a mandar a paseo a quién la hubiese interrumpido. Odiaba que la interrumpiesen mientras trabajaba, hacía que perdiese el hilo de lo que estaba haciendo—. ¿Alí? ¿Qué ocurre?

El hombre enarcó una ceja y miró a su alrededor.

—¿Va todo bien?

—Sí, ¿por qué?

Frunció el ceño y señaló la bandeja de comida sin tocar que alguien había depositado a los pies de la cama.

—Te han traído la comida hace un par de horas y dejaste bastante preocupada a Fedra, ni siquiera la miraste, dijo que murmurabas cosas sin sentido —explicó—. Y veo que ni siquiera la has tocado. ¿Va todo bien?

Miró la bandeja una vez más, luego a él y finalmente lo que tenía entre

manos.

—Um... suelo perder la noción del tiempo cuando estoy trabajando, lo siento. —Hizo una mueca—. Estoy bien. Es solo que... he encontrado algo. Bueno, en realidad, siempre ha estado en manos de mi familia pero hasta ahora no se me había ocurrido mirarlo. Mi padre lo envió esta mañana y... Es... es asombroso.

El hombre se acercó a la mesa y miró por encima de su hombro.

—Reconozco algunas palabras, es baharí antiguo —comentó, miró su cuaderno y señaló una de las palabras que había escrito—. No es muerte. Se refiere al término de algo, a la durabilidad. Algo...

—Finito —comprendió al momento.

—En femenino, está hablando de ella. —Señaló otra parte del manuscrito.

—¿Cómo es posible que domines tan bien el baharí antiguo?

—Es el idioma más hablado entre las tribus, digamos que algunos se empeñan en mantenerse anclados en el pasado. —Se encogió de hombros—. Aunque hay varias diferencias con respecto a lo que conozco, la base es la misma.

Lo miró como si acabase de encontrar la piedra roseta.

—¿Podrías decirme si reconoces estas palabras? —le indicó en el pergamino cada pequeño grupo.

—Alma —señaló un primer grupo y luego otro—. El fin de su alma. Morir.

—Genial —canturreó emocionada—. No muevas un solo músculo. Aquí, esta frase. Un... algo... ¿pegado? ¿Unido? A el alma.

—Era un deber anclado en el alma.

—Así que, este párrafo vendría a ser...

«Me había acostumbrado a mirarla desde la distancia. Ella siempre estaba allí, en el mismo lugar, con la mirada perdida en el horizonte, cerca de mí y al mismo tiempo, muy lejos. Ella era finita, distinta a mí e igual en muchos

aspectos. Sabía que no debía, yo no era como mis hermanos, pero, ¿por qué la anhelaba entonces? ¿Por qué era consciente de su presencia si no estaba cerca, si no la veía? Ella estaba allí, pertenecía a ese lugar, es dónde la veía, dónde la soñaba, dónde se convirtió en mi alma y dónde mi alma moriría».

—Hermanos... —musitó levantando poco a poco la mirada de la transcripción que había hecho. Sus ojos se encontraron con los de su anfitrión—. Ha dicho que no era igual a sus hermanos. Dios mío, creo... creo que he encontrado al tercer príncipe.

—Sigue con eso. —Le indicó el manuscrito que estaba traduciendo y se apartó de ella—. Avisaré los Al-Hanak de lo que tenemos entre manos.

—De acuerdo, pero, no le digas nada a Sharif —resopló, sintiendo que su excitación decaía al pensar en él—. Su presencia lo único que consigue es... cabrearme.

Le dio la espalda y volvió a lo suyo.

—Sabes compañera, empieza a irritarme de veras que te empeñes en mantenerte lejos de mí. —La inesperada respuesta vino de la última voz que esperaba escuchar en esos momentos. Dio un respingo en la silla y se giró, levantándose de golpe—. Especialmente sabiendo lo que eso te hace.

Por segunda vez en ese maldito día las lágrimas volvieron a hacer acto de aparición, le picó la nariz y antes de que fuese consciente de lo que hacía estaba lloriqueando cosas sin sentido.

—Vete, no te necesito —lo acusó con un dedo—. Eres un imbécil. Me dejaste sola. Dijiste que no lo harías y a la menor oportunidad me lanzaste a un lado como si fuese un fardo. Quién te creer que eres, ¿eh? Puedes ser mucho príncipe y todo lo que tú quieras, pero lo de idiota no te lo quita nadie. ¡Y lo de hombre tampoco! ¡Nunca entendéis nada!

Su explosión pareció coger por sorpresa a ambos hombres, quienes se miraron durante un breve segundo antes de que Alí, optase por largarse de allí a la velocidad de la luz diciendo algo como: Esto es cosa tuya.

Intentó secarse las lágrimas sin éxito, sorbió por la nariz y negó con la cabeza cuando lo vio acercarse a ella.

—Márchate.

—¿Por qué no admites que me necesitas? —Le soltó deteniéndose ante ella.

—¿Por qué no lo admites tú? —Lo acusó llorando aún más.

—Demonios, mujer, te lo he dicho desde el primer momento. —La envolvió en sus brazos, acariciándole el pelo, dejando que hundiese el rostro en su pecho, calmándola con ese rico aroma tan suyo—. Te lo he dicho en cada momento que intenté acercarme a ti esta semana. Eres mi compañera, cariño, siempre te necesitaré.

Le rodeó la cintura y lloró aún más fuerte.

CAPÍTULO 21

—Diablos, jamás me he sentido tan bipolar como esta última semana.

Jasmine echó un vistazo por encima del hombro, se había metido en el cuarto de baño a lavarse la cara después del dramón que había protagonizado, Sharif la miraba desde el vano de la puerta, apoyado contra el hombro, guardando un cómodo silencio.

—Nada ha sido «normal» desde ese ataque en pleno desierto —continuó volviéndose ahora para mirar su propio reflejo. Estaba hecha un desastre y lo sabía—. Es como si alguien hubiese abierto la puerta del infierno y todos los males hubiesen salido uno detrás de otro. Y todo ello en qué, ¿tres semanas? ¿Cómo puede irse todo a la mierda en solo veintiún días?

—Solo tienes que mirar a tu alrededor —respondió sin dejar de mirarla—. Es la naturaleza humana. Oriente medio lleva media vida sumergido en una guerra perpetua, Corea baila al son del diablo y amenaza con su armamento nuclear, mires dónde mires siempre habrá alguien que desee lo que tiene su vecino. Ya sea mediante el levantamiento armado o entre partidos políticos, al final todos buscan salir vencedores y no les importa lo más mínimo a quién se llevan por delante para conseguirlo. Está en la naturaleza de todo ser vivo, pero es una pena que sea la raza inteligente que puebla el planeta el primer responsable de tanta mortandad.

Se giró al escucharlo hablar, sus palabras contenían el peso de la verdad,

pero la forma en que les daba salida, en que las hacía vibrar, decía mucho más que su contenido.

—Y vuestra raza, ¿la incluyes o la excluyes de esa reflexión?

Abandonó su postura relajada.

—Sería un insulto excluirnos de esa reflexión —respondió y se encogió de hombros—. Somos humanos en su mayor parte, vivimos como tales, nacemos, crecemos y morimos exactamente igual. La única diferencia está en que yo tengo mascota propia y otros tienen que adoptarla.

No pudo evitar soltar una risita ante tal argumento.

—Ah, te he arrancado una sonrisa, bien —aceptó risueño.

Su comentario trajo a colación el reciente ataque de llanto.

—Lo siento por la reciente crisis que has tenido que presenciar.

—Es una parte más de ti, no quería perdérmela. —Se encogió de hombros—. Es una buena manera de aprender cómo eres, de conocerte y saber qué es lo que sientes. Aunque no lo creas, no soy adivino, no puedo saber lo que hay en tu cabeza a cada minuto. Y tampoco sería divertido, ¿te lo imaginas? Saber siempre que piensa el otro, ¿dónde estaría entonces la emoción de la vida?

—¿Es lo que piensas o lo dices para aliviar mi conciencia?

—Es lo que pienso, Jasmine —asintió—. Una de las muchas cosas que pienso.

Le echó un último vistazo al espejo y volvió a la habitación, pasando frente a él.

—Pudiste haber avisado de tu llegada.

—Creo haberte dicho, cuando hablamos esta mañana, que nos veríamos en breve.

Sabía que era verdad, pero no se había tomado su comentario en serio. Estaba demasiado cabreada con él como para creer que lo decía de verdad.

—Si esa es tu manera de hacer las cosas, no es muy fiable.

—¿Habrías cogido el teléfono si te hubiese llamado?

Ambos sabían que no, no lo habría hecho.

—¿Qué haces aquí? ¿Ha pasado algo? ¿Habéis llegado a averiguar algo sobre el responsable de los atentados?

—Hemos confirmado tus sospechas sobre el tercer heredero de Bahir —le informó—. El primogénito del señor del desierto y su compañera, fue un varón y humano. De algún modo, este movimiento terrorista que ha aparecido de la nada, parecen descender de esa línea o, al menos, es lo que reclaman.

Sacudió la cabeza y la miró.

—Necesito acceder a la Maktabat Alsahra y tú eres la única que puede darme ese acceso.

—Pero eso no es posible —negó al momento—. Solo los miembros de mi familia tenemos acceso a ese lugar. No es que quiera negarte la entrada, Sharif, después de todo, se dice que fue tu antepasado el que la construyó y regaló al nómada Ibrahim, pero... no puedo.

—¿Qué te lo impide?

—No eres de mi sangre, no eres mi... no eres mi esposo...

—Siento contradecirte, pero sí lo soy, llevamos casados... una larguísima y jodidísima semana.

Parpadeó como un búho.

—¿Te ha dado demasiado el sol mientras venías hacia aquí?

Lo vio sonreír de soslayo.

—No lo creo, aunque tampoco es algo que pueda diferenciar, mi pelo es bastante espeso y no suelo prestarle mucha atención a lo que tengo encima cuando corro —replicó muy tranquilo—. Y sí, estamos casados. Al estilo *tygrain*, por llamarlo de alguna manera, pero lo estamos. Eres la segunda princesa de la casa Al-Hanak.

—Necesito sentarme. —Y lo hizo, en el mismo suelo, en medio de la habitación, dudaba que le diese tiempo siquiera de alcanzar una silla—. ¿Cómo... cómo hemos llegado a esto? —Necesitaba una explicación, necesitaba algo o se volvería loca si es que no lo estaba ya.

—¿Recuerdas que te pregunté qué sabías sobre mi raza?

Asintió, sí, lo recordaba perfectamente, los habían interrumpido con la peor de las noticias, los atentados en Bahir.

—Bien, la primera hija de Ibrahim, la mujer que dio a luz a los primeros *tygrain*, era la compañera del dios, su otra mitad. —Se sentó frente a ella, también en el suelo, y retomó las cosas desde dónde las había dejado—. Ella estaba destinada a él, así como él estaba destinado a encontrarse con ella. Son dos mitades de un todo, almas gemelas. Con sus descendientes ocurrió lo mismo, cada *tygrain*, ya sea hombre o mujer, tiene a alguien que lo completa, que encaja como la pieza de un puzle y a quién están destinados a encontrar a lo largo de su vida.

Sus palabras trajeron a colación los fragmentos del diario que acaba de transcribir.

—Cuando encuentras a tu pareja, a esa persona que está destinada a completarte, es como si su alma tirase de la tuya, como si hubiese un hilo invisible que empieza atraerte hacia ella de un modo irrefrenable. —Extendió la mano y le tocó el pelo, provocándole un dulce estremecimiento—. La reconoces en el acto, su aroma se convierte en algo... inigualable, tu felino la señala y te dice: «es ella» y tú lo sabes, lo sientes. El deseo es inmediato, irremediable, solo quieres estar cerca de ella, tocarla, mirarla, te conformas con el simple hecho de escucharla hablar. Es una conexión intensa, por ambos lados de hecho, pero en el caso de los *tygrain* es apremiante e irracional en muchos sentidos.

La descripción se ajustaba demasiado a lo que había sentido por él desde el primer momento en que se encontraron en el desierto.

—El tirón al principio es tan fuerte que simplemente te dejas llevar, el pensamiento racional pasa a un segundo plano y, cuanto más tiempo pasas cerca de tu compañera, más la deseas, más necesitas hacerla tuya. —Se sinceró por completo, le brindaba toda la información de la que disponía y lo extraño, es que sabía que era así, que no le estaba mintiendo—. Y esa necesidad va en ambos sentidos, la atracción es mutua, la necesidad de estar con tu pareja es... es imparable.

Tembló. Ella lo había necesitado con desesperación, se había muerto de preocupación cuando no sabía de él, de su estado y entonces, esa noche, a pesar de todo, sabía que era él. Quería pensar que había sido un sueño, incluso mientras le besaba, deseaba que lo fuese pues le daba miedo la realidad.

—No me metí en tu tienda para hacerte daño, ni para aprovecharme de ti, solo deseaba estar cerca, con todo lo ocurrido, necesitaba tu compañía — confesó con sencillez—. Pero el deseo antes de la vinculación es frenético y tú... no me rechazaste, sino que me aceptaste. No pretendo excusarme, te lo dije ya y lo mantengo, solo quiero que entiendas por qué ocurrió lo que ocurrió entre nosotros.

Se lamió los labios, intentando saber qué decir, cómo reaccionar a eso.

—¿Y yo? Yo... ¿Yo no tengo voz ni voto? ¿No podías habérmelo dicho desde el principio? ¿Dejarme elegir?

—No supe que eras mi compañera hasta que te vi bañándote en el lago, por eso me acerqué a ti.

El recuerdo la hizo dar un respingo.

—Me diste un susto de muerte.

—No era esa mi intención.

Bajó la mirada, aquello tenía sentido y, al mismo tiempo, era una auténtica locura.

—¿Te das cuenta de que iba a casarme con otro hombre? ¿Y si lo hubiese hecho? ¿Y si estuviese enamorada de otro?

—No habrías podido hacerlo, tú misma sabes que no lo amabas, nunca lo hiciste. —Puso sus propios pensamientos en voz alta—. No estabas destinada a él, sino a mí.

—¿Y tú? ¿Qué habría pasado si ya te hubieses casado? —Insistió y no pudo evitar estremecerse ante el solo pensamiento—. ¿Qué habría pasado entonces si yo soy tu compañera? Me he criado en Europa, Sharif, no concibo, yo no puedo... no podría compartirte.

—No conozco a ningún tygrain que tenga más de una compañera, Jasmine

—le aseguré muy serio—. Solo hay una mitad para nosotros, tú eres la mía. Además, no creo en las relaciones poliamorosas, yo sí que no podría compartirte con nadie, le desgarraría el cuello a cualquier hombre que se acercase a ti con esas intenciones.

—Pero tu padre... —No quería sonar acusadora, pero esa era la realidad que tenía ante sus ojos.

—Mi familia tiene una... llamémosle maldición, se ha dado a lo largo de los siglos y, hasta donde yo sé, siempre se ha cumplido.

—¿Maldición?

—Mi linaje tiene hasta los treinta y siete años para encontrar a su pareja *tygrain*, pasado ese tiempo, si no la ha encontrado, ya no la encontrará en esta vida —explicó—. Mi padre empezaba a acercarse a esa edad y, con el peso del sultanato sobre sus hombros, empezó a dudar del hecho de que encontrase a su verdadera pareja en esta vida y se casó con Amina, teniendo el deseado heredero que necesitaba.

—¿Tu madre era su verdadera compañera? —Comprendió al fin.

—Sí. —Respiró profundamente, como si el hablar de ello le doliese—. Ella era su verdadera compañera, la reconoció al momento y bueno, no hay mucho que se pueda hacer al respecto. Zulema conocía además la existencia de los *tygrain*, ella procede de una de las ramas de la tercera familia, una pariente lejana del padre de Alí. Nos tuvo a Tarek y a mí, ama a mi padre con todo su ser y él la ama a ella. Verlos juntos, te juro que empalaga.

Ella sonrió ante su comentario, una forma de romper el momento.

—Ellos se sostienen el uno al otro.

—¿Y la sultana?

Sus ojos se encontraron y él asintió con verdadera calidez.

—Amina es como una segunda madre para Tarek y para mí. No hizo distinción entre su hijo y nosotros, las dos nos criaron a los tres como si fuésemos de su propia sangre.

Eso, sin duda, decía mucho de la magnífica mujer que se mantenía al lado

del sultán y contribuía a regir el país.

—Kaliq tiene a Sarah, es ella y solo ella la que se ha adueñado de su corazón —continuó con su relato—. La chica no sabía de nuestra existencia hasta el día del accidente en Anwar Badr y se descubrió esa sala interior que ahora está de nuevo bajo tierra. Le ha costado un poco aceptarlo, acostumbrarse a ello, pero ahora los veo a ambos y son felices. Puede que no se enamorasen al momento, pero han sabido conquistarse mutuamente. Y, tanto como te deseo ahora, tanto como quiero tocarte, sigo manteniendo las manos para mí.

—Entonces, ¿qué es lo que soy para ti? ¿Tu concubina felina o algo así?

Gruñó, un sonido que la sobresaltó y enfadó al mismo tiempo.

—No hagas eso.

—Pues no me insultes. —Su tono sonó incluso quejumbroso—. Eres mi compañera, mi princesa, jamás serás algo por debajo de eso para mí.

Su ofuscación le pareció incluso mona.

—Eso es... todo un halago, gracias.

—De nada.

Arrugó la nariz, aquella era demasiada información y no sabía muy bien cómo interpretarla.

—Oye, has hablado de una vinculación —recapituló—. ¿En qué consiste eso exactamente? ¿Me va a salir pelo? ¿Rayas?

Se echó a reír, una risa genuina que inundó la habitación y le calentó el corazón al mismo tiempo.

—El *Tygrain* soy yo, guardiana, tú seguirás siendo lo que has sido hasta ahora. —La tranquilizó sonriente—. Y la vinculación es... A ver, cómo lo explico... La manera en la que mi tigre te reclama y une tu alma con la mía. Esos cambios de humor, los ahora te quiero, ahora te odio...

—Nunca he dicho que te quisiera.

—Ay cosas que no hace falta decirlas, gatita, se sienten —aseguró resbalando un par de dedos por su mejilla con gesto tierno—. Aunque, no me importaría oírtelo decir alguna vez.

Se le encendieron las mejillas, no pudo evitarlo. ¿Él sabía que lo quería? ¿Cómo demonios podía saberlo? ¿Era tan transparente?

—Yo, yo... ah... yo...

Se rió por lo bajo.

—Está bien, Jasmine, soy un hombre adulto y puedo esperar el tiempo que haga falta para oírtelo decir —aceptó, entonces la miró con esos ojos azules que la hipnotizaban—. Espero que tú puedas... esperar también por mí.

¿Qué demonios se respondía a eso? ¿Por favor, sí?

—Cómo te decía —continuó con la conversación—, el que se magnifiquen las emociones, sintamos necesidad el uno del otro, incluso comunicarnos —pasó al modo mental—. «De este modo». Obedece a los primeros momentos tras una vinculación.

Se detuvo unos instantes y la miró con atención.

—Hubiese preferido quedarme contigo toda esta semana, mantenerte a mi lado y explicarte estas cosas sobre la marcha, pero por encima de mis deseos, está tu seguridad —declaró sincero y serio—. Aunque eso me halla frustrado en más maneras de las que te imaginas. Me debes una compensación, compañera y, esta vez, me encargaré de que estés perfectamente despierta cuando me la des.

Jasmine iba a entrar en combustión espontánea de un momento a otro, pensó Sharif mirando a la mujer que le pertenecía en cuerpo y alma, la misma a la que se moría por volver a tener. Pero lo primero era lo primero y su erección tendría que esperar.

—Tu padre fue el que me dijo que tú eras la única que podía conducirme a la *Maktabat Alshra* —continuó, retomando el curso previo de la conversación—. Dado nuestro vínculo y mi legado de nacimiento, tendría que poder entrar.

—Mi padre te dijo... —Abrió los ojos de tal manera que casi se le salen de las órbitas—. ¿Él sabe... esto? ¿Él sabe que soy tu compañera?

—Lo sabe cualquiera que tenga ojos en la cara —declaró divertido—. No es un secreto, cariño, creo que la única que no estaba al tanto de ello, eres tú.

—¡La madre que te parió!

—Es una gran mujer, te lo aseguro.

—¡Sharif!

Se rió.

—Me gusta escuchar mi nombre en tus labios, es una novedad —aseguró risueño—. Prueba con Shar, es como me llaman mis más cercanos. Y tú, eres realmente íntima para mí.

—No tientes a tu suerte, príncipe Al-Hanak.

Hizo una mueca, aunque no se sentía para nada molesto, al contrario, ella le encantaba. Le gustaba cada vez más.

—Sabes, creo que con cada momento que paso a tu lado, me enamoras un poco más.

La manera en que se sonrojó y apartó la mirada, cómo si no supiese dónde meterse, le pareció irresistiblemente tierna.

—Sigue así, Jasmine, vas por buen camino.

—Oh, ya cállate ya —replicó al tiempo que se levantaba como un resorte—. Y levántate, tienes que ver algo. Estábamos con ello cuando apareciste por la puerta sin invitación.

Se puso en pie con gracilidad y caminó tras ella, acompañándola a la mesa en la que había estado sentada cuando entró.

—¿Qué es esto? —preguntó echando un vistazo por encima al manuscrito y comprobando también las notas que había a su lado.

—Creo que es un diario —respondió con un tono de voz que evidenciaba emoción—. Sí, sé cómo suena. Especialmente para la época en la que están datados y, sobre todo, porque la entrada está escrita por un hombre.

—¿Un hombre?

Levantó la mirada y se encontró con la delicada mano de dedos largos ofreciéndole su cuaderno de notas.

—Creo que podría ser una especie de... crónica... del puño y letra del propio primogénito del señor del desierto —le indicó las líneas garabateadas—. Y ahora que me has explicado eso de... las compañeras para los *tygrain*, creo que él podría haber tenido una también.

—¿Qué quieres decir?

—Lee y dime qué opinas.

Repasó rápidamente las líneas y frunció el ceño. Claramente hacían alusión a algún tipo de dicotomía para el narrador, él parecía sentirse atraído por alguien de una forma que solo podría expresar un *tygrain*.

—Pero se supone que él no nació con el don.

Ella señaló los diarios sobre la mesa.

—Hasta dónde sabemos era humano, pero, ¿y sus descendientes? ¿Lo fueron también? ¿Tuvo descendientes? Si ese lunático, sea quien sea, que hay ahí fuera reclama el trono de Bahir, es porque él sabe lo que hasta el momento nosotros desconocemos.

No podía negar lo evidente.

—Te llevaré a la biblioteca, esta noche —le aseguró al tiempo que miraba por la ventana—. Pero necesitaremos un transporte de cuatro ruedas y una tienda.

Su petición lo cogió por sorpresa.

—¿Para qué?

—Tendrás que pasar la noche en el desierto, mi príncipe, la entrada a Maktabat Alsahra se muestra solo al amanecer. Puede parecer un espejismo si no sabes a dónde mirar.

Asintió.

—De acuerdo. Yo me encargaré del vehículo y la tienda, tú sigue con eso, a ver si puedes encontrar algo más que nos sea de utilidad —pidió mirando el destartalado objeto—. El tiempo no corre a nuestro favor, Jasmine. No sé por qué, pero si no detenemos pronto a quién quiera que esté detrás de esto... quizá no lleguemos a ver nuestro futuro.

CAPÍTULO 22

—¡Lo encontré! Oh Dios, tenía razón ¡Es él!

Nunca conocías por completo a una persona hasta que pasabas tiempo con ella, Sharif estaba descubriendo poco a poco que la gatita con la que se había emparejado era como un camaleón, capaz de adaptarse a las circunstancias. Verla enfocada en el trabajo, su disfrute intentando descifrar el misterio que suponía un antiguo manuscrito era muy revelador. Su conocimiento sobre los idiomas antiguos era impresionante.

—¡Lo sabía! —jadeó, se giró en la silla y lo llamó con entusiasmo, señalándole a continuación unas líneas en el gastado pergamino—. Y no solo eso... No te lo vas a creer, pero... —levantó la cabeza, mirándole con un brillo lleno de ilusión e incredulidad—, aparecen sus nombres.

Se inclinó sobre su hombro, apoyándose en ella.

—De acuerdo, doctora Mukhtar, ilumíneme.

No tuvo que decírselo dos veces, se aclaró la garganta y leyó en voz alta el pasaje. En ese momento tuvo la seguridad de que podría escucharla hablar todo el día sin llegar a cansarse, su voz era como un arrullo para su tigre.

—A veces el lugar del que procedes no es más que una parada en el camino, el punto de inicio del que parte tu vida y la mía empezó allí, en ese desierto —leyó con fluidez lo que había escrito en la libreta—. No reniego de mis orígenes, soy hijo de Anshar y Sahira, hermano de Khaled y Zahira, pero mi

alma no está en paz y no lo estará hasta que encuentre el lugar al que pertenece, aún si la búsqueda me lleva toda una vida.

Un par de líneas contenían el misterio y los inicios de toda una raza. Repitió los nombres en su mente y puso rostro al de su antepasado, el padre del hombre que, presumiblemente, había escrito esos manuscritos en una época de la que no se sabía demasiado.

No estaba seguro del periodo exacto en el que habían nacido los primeros *tygrain*, solo habían podido hacer una estimación aproximada basándose en estudios como el Carbono 14 y la datación de las ruinas de Anwar Badr.

—Anshar y Sahira —repitió ella con verdadera reverencia, casi como si quisiera saborearlos—. Son nombres baharís, al igual que los de sus hermanos.

—Anshar es sumerio, es el nombre de un dios —la corrigió. Lo recordaba porque era uno de los temas que más le había interesado en la universidad. Era curioso, pero siempre había sentido cierta atracción por la cultura sumeria—. Uno de los primigenios de esa mitología.

Levantó la cabeza y lo miró.

—¿Crees que...?

—No quiero ni pensarlo.

Bastante tenía ya con intentar asimilar todo lo que estaban descubriendo como para ponerse a hacer cábalas sobre la posible procedencia del nombre o la identidad del... ser... que lo había interpelado en las ruinas del oasis.

—Él se marchó. —Jasmine señaló la delicada hoja sobre la mesa—. Abandonó a los suyos, dejó atrás todo lo que conocía y puso rumbo al desierto.

—Al final es ley de vida, los hijos terminan abandonando el nido.

—Tus hermanos y tú seguís viviendo con vuestros padres, perdona que te lo diga.

Aquello lo hizo reír.

—Perdona que te lo diga yo a ti, compañera, pero yo tengo vivienda propia en Samad. —Se rió entre dientes—. Que disponga de mi propia suite en palacio y pase tiempo allí, es cuestión de comodidad. No tienes que preocuparte, no iba

a dejarte dormir bajo el cielo raso, no demasiado a menudo, al menos.

Enarcó una ceja y se le quedó mirando.

—Sharif, acabo de enterarme que estoy... casada contigo... a la manera *Tygrain* —le reprochó con un mohín—. No vayas tan rápido.

—Tu lugar es a mi lado, Jasmine, no tengo preferencia dónde sea que desees vivir, pero será a mi lado.

Su respuesta fue bajar de nuevo la mirada sobre el manuscrito y cambiar de página hasta dar con otra medianamente legible.

—Aquí hay otra entrada. —Bajó la lupa para poder ver bien las palabras—. Veamos...

—El viaje más solitario es el que hace uno mismo sin moverse del lugar en el que están tus pies. —Tradujo él al momento. Nunca había sido especialmente bueno con el baharí antiguo, pero ese texto se abría ante él como si fuese su idioma natal.

—Sí, claro, seguro que te has dejado alguna palabra... —Su voz se fue apagando a medida que iba tomando sus propias anotaciones y vio que la traducción era impecable—. O no. —Levantó la mirada con verdadera sorpresa—. ¿Siempre has tenido tan buen dominio sobre las lenguas antiguas?

Negó con la cabeza.

—No. El que domina los idiomas es Tarek, pero esto... —Señaló el pergamino con un gesto de la mano—. Es... cómo si ya lo hubiese leído. Las palabras... simplemente... tienen sentido.

Torció el gesto, echó la silla hacia un lado y le hizo sitio.

—Continúa, iremos mucho más rápido si sigues leyendo tú.

Miró la hora y luego el manuscrito.

—No sé dónde quieres acampar exactamente, pero sería conveniente que nos marchásemos ya. —Le recordó cuál era su tarea principal—. El sol ha empezado a descender y pronto se hará de noche.

—Solo un fragmento más, por favor.

Cuando lo miraba con esa carita, suplicando de esa manera, estaba

completamente perdido. ¿Qué demonios le estaba haciendo esa mujer y por qué no le importaba lo más mínimo?

Se inclinó sobre el texto y deslizó la lupa por encima, deteniéndose en alguna palabra en la que parecía dudar, pero cuanto más lo miraba, las frases parecían cobrar mayor sentido, como si se tradujesen por sí mismas delante de sus propios ojos.

—El viaje más solitario es el que hace uno mismo sin moverse del lugar en el que están tus pies. —Releyó la misma frase y continuó desde ese punto—. Veo amaneceres y atardeceres sin fin, mi única compañía son las construcciones de piedra que se alzan en el horizonte, recuerdos de tiempos pasados que me hablan en susurros, que me llaman a reunirme con ellos y a quienes tengo que negar una y otra vez. —Hizo una pausa y repasó las siguientes líneas—. Siento que tiran de mi alma, que algo espera por mí allí, pero las lecciones aprendidas pesan demasiado como para ignorarlas. Si tan solo los gritos de mi alma se acallarán, quizá podría escuchar lo que enturbia mi pacífica soledad.

Se incorporó, dejó la lupa a un lado y la miró.

—Eso es lo que dice.

—No comprendo a que se refiere.

Él, por el contrario, tenía una idea, una corazonada más bien, pero nada quedaría claro hasta que aquella historia se desgranara por completo.

—El desierto se extendía mucho más allá de lo que lo ves ahora, las distancias no eran las mismas, los nómadas podían viajar durante semanas sin ver un triste poblado habitado —la instruyó—. De algún modo, es posible que iniciase el mismo viaje que hizo Ibrahim, pero a la inversa. Que partiese de Bahir y cruzase el desierto hacia Egipto o Mesopotamia.

—Eso sería un viaje muy largo.

Asintió y repasó las próximas líneas, cambiando de página con sumo cuidado; eran tan frágiles que amenazaban con hacerse pedazos bajo sus dedos.

—Ha realizado un largo viaje, pero no hace mención de los lugares en los que ha estado, de hecho, las entradas parecen... espaciarse en el tiempo. —

Señaló una en concreto—. Aquí, parece que han pasado varios años.

Hizo una nueva pausa para leer el contenido antes de repetirlo en voz alta:

—Dicen que los dioses ponen pruebas en tu camino por una razón, para enseñarte que este no es el que tú escoges sino el que ponen ante ti. —No vaciló en su traducción, ya no tenía la más mínima duda de lo que estaba leyendo. Aterrador, en cierto modo, pero cierto—. He abandonado la soledad por años de compañía. Él me recuerda a mi tierra, a mi pasado y, al mismo tiempo está demasiado lejos de todo ello. Su sabiduría es grande y sinuosa como el río que serpentea en las arenas, sus lecciones son bebidas por mi alma con la fuerza de un sediento. Si bien me siento cerca de su mundo sigo estando demasiado lejos de él. Soy un hombre sin patria, sin raíces, con una voluntad nacida del desierto.

—Me da pena —murmuró ella nada más terminó de leer—. Es como si no se sintiese parte del mundo, como si se hubiese convencido a sí mismo que no puede formar parte de él. Pero ha nacido en él, pertenece al desierto, a la gente que lo quiere.

—Y sin embargo busca la soledad —replicó, su mente volando hacia una conversación pasada con su propio padre—. Supongo que es lo que me comentó Hafez un día, esa sensación de quedarte solo por toda la eternidad, de no tener a nadie que te sostenga y al final la desesperación se impone al raciocinio y sucumbes. Por eso se casó con Aminah.

—Pues me parece muy triste.

—Es un *Tygrain*, Jasmine, aún si no tiene el don, nació como *Tygrain*. —Elucubró—. Si yo no te hubiese encontrado en los dos próximos años, es posible que pensase como él. Podría casarme sí, tener hijos, pero no sería igual pues no estaría completo, cosa que sí siento contigo.

—Eso me recuerda... —Buscó lo que había anotado en la libreta—. Lo cogí al azar, creo que la traducción es bastante fiel. Habla de una «ella», ¿podría ser su compañera?

—No lo sé, en cierto modo, tendría sentido, ya que ha nacido de los mismos padres que sus hermanos felinos, pero... solo él podía saberlo.

—Espero que sí encontrase alguien con quién pasar el resto de su vida — musitó en voz baja, acariciando el pergamino como si de ese modo pudiese llegar al hombre que lo había escrito.

—Recoge los manuscritos, tenemos que irnos ya. —Era hora de poner un punto y aparte a esa lectura. Le rozó la mejilla con los dedos antes de coger su barbilla y sujetarla—. Puedes seguir con eso en el coche, si lo deseas, pero ten presente una cosa, princesa, tú eres mía.

La besó demostrando su punto, saqueando su boca en un caliente y húmedo beso cargado de promesas.

—Sí, por Dios que lo eres.

CAPÍTULO 23

A Jasmine todavía le hormigueaban los labios varias horas después. Sharif había insistido en ponerse al volante y no había existido fuerza humana que lo hiciese desistir, así que había tenido tiempo para pensar en ello mientras lo guiaba a través del desierto. Más de hora y media de viaje a través de altas dunas los habían llevado al corazón de Bahir. Las temperaturas descendían considerablemente a medida que se iban adentrando en aquel terreno desértico, pero no era algo que la molestase, por el contrario, estar de nuevo bajo el cielo raso y estrellado la emocionaba profundamente.

Montaron la tienda con rapidez. Casi fue un alivio contar con alguien que supiese hacer algo más que atarse los zapatos. Las pocas veces que había salido de acampada con Thomas o Idris, la habían vuelto loca con su ineptitud a la hora de levantar una tienda beduina tradicional; ellos eran fans de la multinacional Decathlon y sus tiendas *«tírame aquí mismo que me abro sola»*. La última vez que entró en uno de esos iglús de plástico casi se queda atrapada dentro.

No hacía falta que fuese una tienda lujosa, pero no cambiaría por nada en el mundo la comodidad, el aroma a desierto que parecía traer consigo la tela y las alfombras de una tienda beduina.

El fuego ardía ya en el agujero de arena que había dispuesto en el exterior para ello. Los tocones de madera que había sacado del jeep alimentaban las llamas, caldeando el ambiente y las gruesas y gastadas alfombras la aislaban de la arena, que iba perdiendo el calor del día.

—Hacía tanto tiempo que no acampaba —murmuró estirando las manos

hacia la lumbre. Echó la cabeza hacia atrás y admiró el basto cielo cuajado de estrellas. Respiró profundamente y exhaló aliviada—. Y no he tenido que pelearme con una de esas tiendas plegables. Gracias, señor, por los pequeños regalos. Un príncipe que sabe acampar, eres un partidazo, Sharif.

Él se rió, un sonido ronco, sensual, que le provocó un delicioso estremecimiento.

—¿De verdad alguien en su sano juicio se viene al desierto con una tienda plegable?

—No diría que mis primos estén en su sano juicio —replicó mirándole cuando atizó el fuego, antes de sentarse con las piernas cruzadas con absoluta facilidad. Se veía cómodo en esa posición, en ese lugar, realmente, encajaba allí—. Thomas en un psicótico de las armas y la seguridad, lo que nos lleva a perder de una hora a hora y media mientras inspecciona el lugar antes de tirar una de esas cosas y meterse dentro.

—Fue gracias a él que te tengo aquí, es algo que le agradeceré eternamente.

Su comentario le arrancó un leve sonrojo.

—Idris, sin embargo, sí parece haber nacido en el desierto, es un verdadero nómada —asintió recordando a su otro primo—. Puede ser más seco en sus palabras o en sus afectos, pero es un buen hombre y un gran médico. Prueba de ello es que tú estás ahora mismo aquí.

—Los cirujanos dijeron que fue gracias a su habilidad que pudieron hacer algo para... remendarme —aceptó pensativo—. No es un hombre de muchas palabras. Recuerdo haberlo visto en el hospital, pasó a visitarme. No sé si esperaba encontrarme fiambre o vivito y coleando.

—No se habría tomado tantas molestias si quisiera verte fiambre, ¿no te parece?

Sonrió de soslayo y se encogió de hombros.

—Supongo que todo médico ha hecho el juramento de salvar vidas, aunque no te guste el culo de la persona a la que se la estás salvando —

respondió extendiendo las manos también hacia la lumbre.

—No veo por qué no habría de gustarle tu culo, no es como si lo hubiese probado.

Aquello le arrancó una sonora carcajada.

—Gracias al señor por los pequeños favores.

—Lo que quiero decir es que Idris no es alguien que se prodigue demasiado con la gente —intentó disculpar a su primo, aún sin saber qué había hecho para que el príncipe tuviese esa impresión sobre él—. Es médico de campaña, prefiere viajar de un lado a otro, estar allí donde realmente lo necesitan que pasarse el día detrás del despacho de una consulta. Si bien tiene plaza en una de las clínicas privadas de Bahir, se pasa más tiempo recorriendo poblados, que atendiendo a gente que puede comprarse un Ferrari.

—Bahir no es Abu Dhabi, en palacio no hay grifos de oro, ni cañerías de plata, ni tenemos rascacielos que insulten al desierto.

—Y sin embargo sois uno de los países más prósperos de Oriente Medio.

—Nuestras riquezas no son ostentosas, sino útiles y sabemos cómo comerciar.

—Bájate Abu Dhabi, que sube el príncipe de Bahir.

Se rió entre dientes, sacudió la cabeza y la miró por debajo de unas oscuras pestañas. Sus ojos azules parecían brillar a la luz del fuego dándoles un aspecto místico, casi salvaje.

—Háblame de ti.

La petición la tomó por sorpresa.

—¿Por qué?

—Porque me gustaría saber un poco más de la mujer que tengo ante mí —respondió, poniéndose cómodo.

—No sé qué podría decirte que no sepas ya, pareces haber hecho muy bien tus deberes.

Su respuesta fue soltar un bufido.

—Solo sé lo que me permites ver, lo que otros han comentado de ti, pero

no quién eres a tus propios ojos —declaró sincero—. Eso es lo que quiero saber, quiero conocerte, Jasmine, quiero que me muestres quien eres.

—No hay mucho más de lo que se ve a simple vista.

—Por el contrario, yo pienso que sí lo hay —aseguró sondeándola con esos pozos azules—. Y quiero que me lo muestres.

—Estás pidiéndome que me desnude ante ti, metafóricamente hablando, claro, lo otro ya lo conseguiste tú solito.

—No me tientes, estoy intentando ser... un caballero —Curvó ligeramente los labios, cosa que le confirió una sonrisa de lo más felina.

—¿No podías haber pensado en eso antes?

—¿Sigues enfadada conmigo por eso?

—¡Por supuesto que sí! —Se cruzó de brazos—. Lo que hiciste fue una canallada. No fue... justo.

—Y no servirá de nada que me disculpe otra vez. —No era una pregunta, sino una afirmación—. Has firmado mi sentencia y es inamovible.

—¿Puedes culparme por ello?

—No, sé que estás molesta, lo siento, lo huelo —confesó con un mohín—. Como también sé que estás nerviosa en mi presencia, no acabas de confiar en mí. No me crees cuando te digo que nunca te haría daño, que eres una parte de mí.

—Hablas con demasiada libertad de algo que yo no comprendo, que ni siquiera sé... si existe —aceptó con total convicción—. La realidad es que, a pesar de esta extraña y desesperada atracción, no me conoces lo suficiente para declarar algo así y que te crea sin más. Sí, eres un *tygrain*, te riges por una serie de características de tu raza. Pero yo no lo soy, Sharif, yo soy humana.

—Hay cosas que yo doy por sentado y tú no, lo sé, lo entiendo —le concedió—. Y es por ello que necesitamos esto, comunicación.

—¿El que yo te cuente mi vida te parece la solución?

—No, pero sería el comienzo para saber que empiezas a confiar en mí.

—Estoy a la lumbre del fuego, en medio del desierto, con un hombre al que no conozco realmente y dispuesta a llevarle a un lugar que es sagrado para

mi familia, ¿eso no te sugiere confianza?

—Eso solo me sugiere lealtad.

—Y resume lo estúpida que puedo llegar a ser y lo absurda que es toda esta situación —resopló, recogió las rodillas y se las abrazó mientras contemplaba el danzar de las llamas—. Cada vez que pienso que si me hubiese negado a venir, nada de esto hubiese ocurrido. Estaba muy bien en Londres, mi vida allí era perfecta. Tengo un puesto de profesora en una universidad, he tenido que pedir una excedencia para poder enfrentarme a los asuntos que tenía pendientes en Bahir, ¿y qué me encuentro a mi llegada? El jeep en el que viajo es atacado en medio del desierto, se cae un jodido helicóptero sobre mi cabeza, descubro que en él viaja mi prometido, el cual muere en mis brazos y tú estás allí y todo en lo que podía pensar era que, si tú también te morías, yo... yo querría morirme también. Eso no tiene sentido, ¿sabes? Esto que siento por ti... va más allá de todo lo comprensible, el dolor se mezcla con la alegría, el deseo es insoportable, mi mente es un completo caos. Siento que me vuelvo loca si no estás a mi lado y sé que lo estoy porque yo deseo estar al tuyo. Y no puedo más, ya es suficiente tener que lidiar con todo esto como para que ahora, aún encima, quieras que te hable de mí, de mi vida. No quiero, no puedo, prefiero quedarme callada y guardarme algo para mí, de modo que sea completamente mío.

—Solo deseas lo que cualquier compañera vinculada a un tygrain desea y necesita.

—¿Una camisa de fuerza?

—No, a mí.

Resopló.

—Tú me resultas tan necesario como las malditas picaduras de mosquito que no han dejado de volverme loca desde hace una semana —siseó y, para ilustrar sus palabras, volvió a rascarse la zona.

—¿Picaduras? —En su voz había una perpetua risa—. Que ocurrencia, compañera.

—No hables de lo que no sabes —lo apuntó con un dedo—. Los

mosquitos aquí pueden llegar a ser del tamaño de un camello.

Puso los ojos en blanco y la miró de soslayo.

—Muy bien, ya que no quieres contarme nada sobre ti, lo haré yo.

—No me interesa nada de...

—Cuando era pequeño me escapé y me perdí en el desierto —la ignoró—. Solo era un cachorro, tendría unos cinco o seis años. Mis padres nos habían llevado a mi hermano Tarek y a mí de acampada, como hacían los otros niños. Kaliq estaba visitando la familia de su madre. Ni siquiera recuerdo bien cómo ocurrió o cuando me levanté, pero de pronto estaba en el desierto y no sabía cómo volver. Nunca tuve tanto miedo en mi vida como en ese momento, mi gato fue quién me salvó, dejé que tomase el mando y me llevase a casa; fue la primera vez que adquirí forma *Tygrain*.

Hizo una pausa.

—Aún hoy mis padres no saben lo que ocurrió, nunca les dije que me había perdido. Volví a mi cama, mi hermano era todavía un bebé, me quedé allí y debí dormirme porque a la mañana siguiente, cuando desperté, volvía a ser solo yo.

—Así que ya eras un irresponsable de niño.

Se rió entre dientes.

—Entre nosotros, siempre fui el más travieso de los tres —canturreó feliz—. Ahora es tu turno, cuéntame algo.

Se frotó de nuevo el muslo.

—No quiero.

—Deja de rascarte.

—No puedo, me pica.

Sonrió de soslayo y bajó la mirada sobre su cuerpo.

—Puedo lamerte para que se te quite el escozor.

—¿Babas de gato? —Hizo un gesto de asco—. No gracias. A saber dónde habrás metido la lengua.

Se echó a reír.

—Juraría que el último lugar fue tu boca.

Lo fulminó con la mirada.

—Tú fuiste el que lo hizo, yo no lo pedí.

—No escuché que te quejases por ello, de hecho, respondiste a mi beso.

No respondió a eso, no podía cuando su sabor todavía estaba presente y deseaba que volviese a hacerlo.

—Deberíamos entrar —declaró, cambiando la conversación de dirección—. Me gustaría continuar con la traducción del diario, también deberíamos descansar un poco, tendremos que levantarnos antes de que amanezca.

—Dime, ¿por qué solo se puede llegar a la biblioteca al amanecer?

—Porque es el único momento en que se muestra el camino —le informó, deslizándose distraída los dedos sobre el trozo de piel que quedaba expuesto por los shorts, rascándose—. No es un capricho mío, sencillamente se trata de la posición del sol, el brillo de la arena y el reflejo... vamos, lo que se conoce como espejismo.

—Te sigue picando.

—Lo suficiente para que me vuelva loca.

Chasqueó la lengua.

—Deja de rascarte.

—No quiero.

Él gruñó, se levantó y en dos zancadas estaba sobre ella, empujándola contra la alfombra, cubriéndola con su cuerpo.

—¿Qué... qué te crees que estás...?

La acalló con tan solo una mirada.

—Quédate quieta.

No la dejó ni responder, bajó su boca sobre la de ella y toda protesta se evaporó de su mente al punto de que solo pudo gemir en respuesta.

—Quietecita —le advirtió tras romper su beso, bajando sobre ella. Pasó de la ropa al lugar dónde terminaba el short, lo levantó lo justo para ver su marca y emitió un bajo gruñido—. Has dejado la piel completamente roja, arañada.

—Es que me pica.

Su queja fue respondida por una lenta pasada de su lengua, la humedad que dejó a su paso la estremeció, pero también ayudó a calmar el escozor y le provocó una punzada en el bajo vientre que la hizo gemir.

—¿Mejor?

Le costó dios y ayuda decir algo coherente.

—No... no puedo creer que... que hayas hecho... eso.

Sonrió travieso.

—No he hecho más que empezar, pequeña.

Y para demostrar su punto, volvió a ascender sobre ella y la besó en la boca, llevándose sus protestas.

CAPÍTULO 24

Jasmine quería replicar, quería rechazarle, pero al mismo tiempo se moría por acercarle más a ella. Necesitaba ese contacto con tanta desesperación que se encontró devolviéndole el beso voluntariamente, relajándose y disfrutando del peso del cuerpo masculino sobre el suyo.

—Dime una cosa.

—¿El qué?

—¿Estás despierta?

La pregunta la llevó a abrir los ojos de par en par, sus mejillas se sonrojaron y se dispuso a replicar al momento.

—¿Cómo te atreves a...?

—Te prometí que la próxima vez, estarías bien despierta —replicó—. Solo quería asegurarme de cumplir mi promesa, que fueses perfectamente consciente de que esto, —una de sus manos resbaló a la unión de la blusa y empezó a desabotonarle los botones de la blusa—, es real. —Su respiración empezó a acelerarse con cada nuevo botón que emergía del ojal—. Que sientes mis manos sobre ti. —El último de los botones cedió, abriendo la tela, dejando expuesto el encaje del sujetador, mientras la dureza de sus nudillos le acariciaban la piel—, y te das perfecta cuenta de que no es parte de un sueño.

Su mirada abandonó la suya solo para bajar sobre sus pechos, los cuales

parecían crecer con cada nueva respiración, elevándose entre sus cuerpos.

—Quiero que sientas cada pedazo de deseo. —Se incorporó lo justo para sentarse a ahorcadas a ambos lados de sus caderas, su pelvis todavía unida a su estómago haciéndola muy consciente de su erección—. Que sepas que corre por tus venas porque yo lo he puesto ahí.

Enredó los dedos en los de ella y tiró hacia atrás, obligándola a incorporarse, quedando ahora cara a cara.

—Y que ese mismo deseo corre por las mías, salvaje, desesperado por la única mujer que lo provoca y que tiene en sus manos el poder de saciarlo.

Llevó una de sus manos a la boca y le besó los dedos, solo para desenredarse de ellos y resbalar las suyas a continuación por sus hombros, quitándole la blusa.

—Me gusta tu piel, es tan suave, tan cremosa —musitó embriagado, resbalando los dedos sobre ella, acunándole los pechos y juntándolos con suavidad por encima de la tela del sujetador—. Eres un delicioso bocadito, ¿sabes?

Bajó la mirada entre ambos y sonrió perezoso.

—Eso también tiene que irse.

Volvió a mirarla y reclamó de nuevo su boca, empujándola al mismo tiempo de nuevo sobre la alfombra. Sus manos la abandonaron un momento para reaparecer después ancladas a sus caderas, la gastada tela del short vaquero cedió a unos insistentes tirones, el botón saltó y el sonido de la cremallera al abrirse ejerció de banda sonora.

Rompió el beso solo para volver a incorporarse y arrancarle, literalmente, el pantaloncito de las caderas, arrastrándolo por sus piernas, maniobrando hasta que pudo quitárselo y volvió a su postura inicial.

—Me gusta el encaje negro sobre ti, desde que te vi con solo un sujetador y unas braguitas emergiendo del agua, no he podido pensar con coherencia —ronroneó—. Es la imagen más bonita que recuerdo de ti y la más sexy.

Sus mejillas se ruborizaron, le hubiese gustado decir algo, cualquier cosa,

pero había perdido por completo la capacidad de hablar. Todo lo que podía hacer era mirarle, contemplar a ese hombre que se cernía sobre ella, que le arrebatava la cordura con tan solo unos besos, que la desnudaba sin que pusiese objeción alguna. Él era todo lo que quería, todo lo que deseaba y, sí, estaba lo bastante despierta como para saber que aquello no era un sueño.

—Y me gusta también el rubor que a veces tiñe tus mejillas, tanto cuando te avergüenzas como cuando enrojeces de ira —continuó con su repaso, acariciándoselas—. No hay ni una sola parte de ti que no me guste, compañera, ni una sola.

—Se ve... que no eres... muy exigente.

Las primeras palabras que consiguió articular le arrancaron una carcajada que, en la soledad del desierto, sonó incluso más extensa.

—Lo soy, Jasmine, soy muy exigente —aseguró entre risas, bajando de nuevo sobre ella, acunando los pechos con ambas manos para estrujarlos con sumo cuidado—. Tan exigente que me estoy dando cuenta de que todavía no te he escuchado gemir, tengo que ponerle remedio.

La morena cabeza descendió sobre sus pechos, enterrando la cara entre ellos. El gesto le arrancó un jadeo de sorpresa, pero no fue nada comparado a lo que vino después, al tirón de la tela dejando sus pezones completamente expuestos al aire nocturno y a la húmeda boca que se prendió de uno de ellos mientras sus dedos atormentaban el otro.

Se mordió el labio intentando contener el inminente gemido sin demasiado éxito. Su asalto era intenso, la succionaba sin piedad, haciéndola tocar el umbral del dolor para luego reemplazarlo por una tierna caricia que la descolocaba por completo.

Notó sus propios dedos curvándose sobre la alfombra, buscando algo a lo que asirse, su espalda se arqueó por sí sola, ofreciéndose mientras continuaba luchando por reprimir el ardiente placer que crecía exponencialmente en su cuerpo.

Estaba en llamas, había empezado a respirar más rápido, su piel se había

sensibilizado y el deseo había anidado en su estómago, estrujándose y humedeciéndole al mismo tiempo el sexo.

—Shar... —Se mordió los labios reteniendo el resto de su nombre, negándose a decirlo en voz alta—. Uff. —Echó la cabeza hacia atrás y gimió ante las estudiadas caricias destinadas a volverla loca. De algún modo cada succión en sus sensibilizados pezones se replicaba en un relámpago de placer entre sus piernas. La humedad manaba de su sexo, se sentía hinchada, mojada, con ese sordo palpitar llegando desde su mismísimo centro volviéndola loca.

«No te reprimas, compañera, esto es para ti, disfrútalo».

Su voz fue una caricia en su mente y también un detonante para que todas sus terminaciones nerviosas cediesen a ese diabólico placer. Separó los labios y dejó escapar un suave gemido, al que siguió otro y otro más, su cuerpo parecía tener vida propia, queriendo más de lo que le daban, deseando mucho más.

El broche trasero del sujetador cedió en algún momento, pues el contorno se aflojó e instantes después el encaje era arrancado por completo de su cuerpo.

—Nunca voy a cansarme de mirarte, gatita.

Sus ojos se encontraron otra vez, un breve momento de silencioso reconocimiento que lo llevó más cerca de ella, a enjaularla con su cuerpo y planear sobre su boca.

—Estás sorprendentemente callada, ¿quieres decirme por qué?

Se lamió los labios y examinó su cara con detenimiento.

—No sé... no sé qué decir, no quiero decir algo y equivocarme.

—Nada de lo que digas será una equivocación.

—No estaría tan segura.

Sonrió y volvió a besarla, una caricia superficial, mucho más de lo que ella quería.

—¿Esto es lo que quieres, Jasmi? ¿Quieres que sigamos?

La pregunta la tomó tan por sorpresa como el que utilizase ese diminutivo de su nombre.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque tú eres la única que tiene la potestad de decir no, si ese es tu deseo —replicó sincero—. Te deseo con desesperación, eres parte de mi alma y quiero que seas parte de la mía, que lo seas por propia voluntad.

—¿Por qué siempre tienes en la punta de la lengua lo que estoy esperando oír?

—Quizá porque tu alma, aunque te niegues a creerlo, ya forma parte de la mía.

Negó muy lentamente con la cabeza y salió al encuentro de su boca, lo besó en los labios y suspiró a escasos milímetros de ellos.

—En ese caso, más te vale que la cuides bien.

Sonrió pegado a sus labios.

—La cuidaré como si fuese la mía.

Él le devolvió el beso, le acunó el rostro con una mano y traspasó la línea de sus dientes hasta encontrarse con su lengua. El tanteo de los primeros minutos quedó atrás, la vacilación voló de su mente y se permitió tocarle a su vez. Le acarició el cuello, los hombros y dejó que sus dedos buscasen por sí mismos los botones de su camisa, deshaciéndose de ellos con una habilidad que no sabía que tenía.

—Vale, no se me da tan mal —murmuró cuando el último botón de la camisa salió del ojal y esta se abrió, dejando a la exploración de sus manos ese perfecto torso masculino.

—Se te da de maravilla, a partir de ahora, yo me las pongo y tú me las quitas —le dijo al tiempo que se retiraba lo justo para quitarse la prenda y lanzarla a un lado—. Creo que es un trato justo.

Su tono juguetón la hizo sonreír a su vez.

—¿Puedo pedir lo mismo a cambio?

—Más te vale pedirlo.

Dejó escapar un suspiro de placer cuando bajó sobre su cuello, mordisqueándole la piel para continuar de nuevo hacia sus pechos. Disfrutó de sus caricias y le dedicó unas propias, permitiéndose explorarle con los dedos,

acariciando el crespo vello que salpicaba su pecho y dibujando con un dedo el camino que bajaba desde su ombligo para desaparecer bajo la cintura del pantalón. Era puro músculo, duro y cálido al mismo tiempo, con un tacto increíblemente sedoso. Siguió su exploración hasta que sus yemas tocaron una zona de piel distinta y, al momento supo de qué se trataba.

—Esto es...

Él le cogió la mano, apretándole con suavidad los dedos, levantó la cabeza y se encontró con su mirada.

—Estoy bien, ni siquiera me duele —aceptó muy tranquilo—. Me alegro de conservar la cicatriz.

—¿Por qué?

—Porque es algo que no podrá borrarse con el paso del tiempo y me recordará que volví a nacer por una razón, cumplir mis promesas y encontrarte.

Deslizó el dedo por la línea rosada que se adivinaba a la luz de la lumbre.

—No dejes que nada te pase, sé que no está completamente en tus manos, pero no dejes que esto se repita.

—Haré todo lo posible para mantenerme a salvo, mi guardiana, lo prometo.

Selló sus palabras con un nuevo beso, uno que encadenó a otro y otro a lo largo de su cuerpo. La besó en los labios, en el cuello, en los pechos, en las costillas, se entretuvo creando círculos con la lengua alrededor de su ombligo para finalmente descender hasta la línea de encaje que permanecía todavía sobre su cuerpo.

—¿Sabes? Hay algo que siempre he querido hacer, arrancarte las bragas con los dientes.

Y, para su sorpresa y diversión, eso fue exactamente lo que hizo. Casi podía imaginarse a su felino haciendo eso y, la imagen le provocó un estallido de risa.

—Ey, eso podría ser interesante —ronroneó él, dejando que el sonido emergiese de su garganta como si fuese el de un gato—. Mantenlo en mente para

una próxima vez.

—¿Qué? ¿Dejar que esos pedazo caninos de tigre estén tan cerca de mi ropa interior? ¡Ni de broma!

Ahora fue él quien se echó a reír, pero eso no evitó que le quitase las bragas tal y como había dicho que lo haría.

—¡Por fin!

La exclamación de triunfo que emitió cuando se deshizo de la ropa interior le provocó un escalofrío de placer y una nueva risita. Pero sus ojos, más azules que nunca, brillando de una manera peculiar hicieron que su diversión se tornase en caliente anhelo.

—Ahora sí, compañera, ahora eres toda mía.

En un parpadeo, pasó de acariciarle los tobillos, deslizando las palmas por la cara interior, a separarle los muslos por completo y hundirse entre sus piernas. Cayó sobre su húmedo e hinchado sexo con un hambre voraz que la hizo gritar, la mantuvo quieta, dominándola con una fuerza animal que más que asustarla la excitó. Jadeó en busca de aire, pues ya era todo lo que podía hacer, las palabras ya no existían en su garganta, esta a duras penas podía funcionar para tragar saliva y coger desesperados tragos de aire.

Se dejó ir, completamente desinhibida y abierta al placer, deslizó los brazos por encima de la cabeza, rozando con los dedos la fría arena que quedaba en las sombras fuera de la alfombra. El contraste entre el calor de su cuerpo y el frío del desierto le arrancó un nuevo jadeo.

Sharif sabía lo que hacía, ninguna mujer con un solo gramo de cerebro funcional podría ignorar aquello. La recorría con la lengua, jugando y chupando, disfrutando de aquel juego como si fuese su favorito. Y, cuando atrapó el clítoris entre los dientes y le prodigó un pequeño mordisquito, pensó que se moriría allí mismo de placer.

—¡Estrellas!

Era sin duda una extraña exclamación, pero, teniendo en cuenta que era lo que estaba viendo ahora mismo tras los ojos, no podía pedir más.

La lamió un par de veces más, atormentándola mientras un par de dedos se unían ahora al juego y la penetraban. Pequeños relámpagos de placer se propagaron por su cuerpo al compás de cada uno de sus movimientos y Jasmine se olvidó hasta de respirar cuando sus dientes se cerraron una vez más alrededor de la tierna y abusada perla, arrancándole un grito que trajo consigo los temblores y espasmos de un primer y demoledor orgasmo.

Su cuerpo pulsaba, reverberando sobre la alfombra cuando él se apartó de entre sus piernas, se deshizo de las botas, el pantalón y la ropa interior y quedó completamente desnudo. La luz del fuego parecía dispuesta a brindarle todavía un mejor escenario, pues se derramó sobre su cuerpo como una pátina dorada que jugaba entre sombras y lo enmarcaba como la mejor representación de un dios pagano.

Sonrió travieso, un gesto que hacía que sus facciones se viesen mucho más juveniles, la recorrió con la mirada, relamiéndose y finalmente se encontró con sus ojos.

—¿Y bien, gatita? ¿Sigues despierta?

Se mordió el labio inferior. Se sentía lánguida y, al mismo tiempo, todavía insatisfecha. Quería más, le quería a él dentro de ella, quería que la hiciese completamente suya, porque lo era, por más que intentase mantener las distancias, no había forma humana de que no admitiese la verdad; siempre había sido suya.

—¿Quieres venir a comprobarlo?

Su sonrisa se amplió.

—Una invitación como esa, no puede rechazarse, compañera.

En un abrir y cerrar de ojos estaba sobre ella, sosteniéndole la mirada mientras se hacía sitio entre sus piernas y su pene, totalmente erecto y duro, encontraba su hogar.

Echó la cabeza atrás con un jadeo cuando lo sintió empujar, abriéndose camino en su interior, tomándola completamente.

—Estás hecha para mí, Jasmi, solo para mí —le susurró al oído—. Y solo

para que quede claro, no existen mosquitos tan grandes... Ahora, colmillos...

Sus ojos se agrandaron cuando sus palabras penetraron en su obnubilado cerebro.

—Un momento, tú... —No pudo decir nada más, pues se condujo profundamente en su interior, arrancándole un jadeo.

—Sí, gatita, yo —ronroneó, hociqueándole la garganta para besársela después—. Llevas mi marca, mi reclamo y no es más que el principio.

Se incorporó para encontrarse con sus ojos y su boca tomó la de ella al tiempo que sus caderas empezaban a crear un delicioso vaivén tan antiguo como el desierto.

Se amaron lentamente, disfrutando uno del otro, creando un vínculo que iba más allá de cualquier promesa del destino, uno que los unía por quienes eran, por quienes habían sido y serían juntos. Se aferró a él, acompasándole en cada embestida, gimiendo en su oído cuando no era su boca la que se los tragaba. Se dejó ir, totalmente rendida a ese hombre, entregándose sin medida y recibiendo a cambio la misma entrega. Unidos íntimamente a la luz de la lumbre, con el cielo nocturno y el desierto como únicos testigos, se rindieron al placer.

CAPÍTULO 25

El sol todavía no había salido, pero el horizonte ya empezaba a teñirse de naranjas, desterrando la oscuridad de la noche. Jasmine se arrebujó todavía más en la manta de viaje, evitó mirar a su espalda, hacia la tienda que, desde aquella distancia era un punto en el mar de arena y mantuvo los ojos al frente, hacia el lugar que, una vez que el astro rey se elevase, le mostraría el camino correcto.

Algo la había despertado en mitad de la noche, en la cama que había terminado compartiendo con Sharif después de que la llevase en brazos desde la manta en la que habían yacido frente al fuego. Habían seguido jugando entre las sábanas, dedicándose a amarse con tranquilidad unos momentos y a aparearse con fiereza en otros. La noche había sido intensa, lo suficiente para que ambos cayesen rendidos en un sueño profundo y pacífico.

Al principio se había resistido a despertar, demasiado cómoda y calentita en el abrazo de su amante, pero al final había cedido a los instintos que habían vivido en ella desde que tenía memoria; alguien la llamaba.

Se había levantado en plena oscuridad, el fuego prácticamente se había extinguido por completo y solo quedaban los rescoldos, todavía anaranjados. Salió de la tienda envuelta en la manta de viaje que ocupaba la cama que no había sido utilizada y la recibió el silencio y el frescor de la noche baharí.

«*Jasmine*».

Su nombre pareció traerlo el viento, un susurro que penetró en su mente

además de en sus oídos.

«*El badra de la Maktabat alsahra*».

Giró sobre sí misma, buscando en la oscuridad la procedencia de esa voz, sintiendo en su alma que la conocía y, al mismo tiempo, con el temor de no saber quién la estaba llamando.

—¿Quién eres? ¿Quién está ahí?

Una suave brisa con aroma a incienso la envolvió durante un brevísimo instante, esta pareció dejar un surco en la arena mientras se alejaba más allá de la lumbre. Algo volvió a tirar de ella, la necesidad de seguir en esa dirección la llevó a poner un pie delante de otro y avanzar en medio de la noche hacia el desierto.

No sabía el tiempo que llevaba andando, ni siquiera se había planteado detenerse o dar media vuelta, en su mente solo existía el avanzar y lo hizo hasta que ese tirón desapareció.

«*Guardiana*».

La voz sonó ahora con más fuerza en su mente, procedía de algún punto a su izquierda y, cuando se giró en aquella dirección vio la silueta de alguien que caminaba hacia ella portando en su mano derecha un candil cuya luz se derramaba por las ropas beduinas de su propietario.

—Gracias por acudir a mi llamado, guardiana de Bahir.

La voz del hombre parecía resonar en el desierto y despertaba en ella un anhelo que no acababa de comprender. Este continuó avanzando hasta que la luz los bañó a ambos y Jasmine pudo contemplar el rostro del desconocido cubierto por parte del turbante.

—¿Quién...?

La pregunta se quedó a medias cuando vio los ojos azules enmarcados por la tela del turbante, unos ojos que eran una réplica de los del hombre que amaba. Al momento volvió a su mente el extraño relato que había escuchado de labios de Sharif, el del inesperado y místico encuentro.

—Anshar. —El nombre surgió solo de sus labios y, fue recibido por el

recién llegado con una peculiar sonrisa que quedó desvelada cuando se retiró el pañuelo del rostro.

—Hacía tiempo que nadie me llamaba por mi nombre —respondió con voz suave, invitante—. Es bueno saber que no se ha olvidado por completo.

El corazón le dio un vuelco y se quedó pasmada mirando al hombre frente a ella.

—Es... estoy... ¿estoy soñando?

Su pregunta pareció hacerle gracia, porque él negó con la cabeza.

—No, Jasmine, compañera de mi descendiente, no estás soñando, pero tampoco estás despierta —le dijo al tiempo que le tendía la mano—. El que hayas respondido a mi llamado, es prueba de ello.

Miró su mano y posó la de ella con cierto resquemor. En el momento en que sus dedos tocaron los de él, sintió una ráfaga de calor atravesándole el cuerpo y, al momento se encontró vestida por una túnica de color azul claro con bordados plateados; todo un detalle, puesto que todo lo que había llevado puesto era una manta.

—Uoh... gracias, señor.

Asintió y dejó ir sus dedos.

—¿Por qué... por qué estoy aquí?

—Necesito tu ayuda, necesito que protejas a alguien.

Aquello la tomó por sorpresa.

—¿Mi señor?

—Necesito que protejas el alma de mi hijo, como ya lo hiciste una vez. — Sus palabras no tenían sentido, pero tampoco es que fuese necesario que la tuviesen—. Se ha derramado sangre en el desierto, vidas de inocentes cuyo único pecado ha sido ignorar la verdad, algunas veces el pasado debe quedar en el lugar en el que se vio como presente, otras es necesario que salga a la luz por el bien de aquellos que viven en el futuro. Es tu deber proteger ese futuro, como lo fue desde que Ibrahim te nombró la Badra de la Biblioteca hace ya tantas vidas.

La implicación de dichas palabras empezaba a filtrarse poco a poco en su

mente y lo hacía con una considerable cantidad de negación.

—Guarda su puerta una vez más y permite que se haga la justicia por la que grita el desierto. —La miró a los ojos—. Protege su alma, Jasmine, pues ha recorrido un largo camino para volver a encontrarse con la tuya.

Aquel inesperado y misterioso encuentro había tenido su final en su propia cama, todavía en brazos de su compañero, como si nunca la hubiese abandonado, pero la delicada túnica azul con bordados plateados que todavía llevaba puesta, le decía que, de algún modo, aquello había sucedido en realidad.

Se arrebujó de nuevo en la manta y levantó la mirada cuando los primeros rayos del sol aparecieron por fin y, con ellos, el espejismo tuvo lugar. Poco a poco, como un pintor que va descubriendo una pintura ya existente bajo un lienzo en blanco, el pedregoso oasis empezó a desvelarse y, en su parte central, como si la montaña hubiese surgido del desierto y esculpido una enorme entrada con colosales columnas, se podía apreciar la Biblioteca del Desierto.

Respiró profundamente, calibró la brújula de modo que la condujese directamente hacia ese punto y empezó a caminar. No habría más de media hora de trayecto a pie, uno que había hecho desde que era una niña pequeña y, su padre, la había llevado por primera vez a aquel místico lugar.

No dejaba de ser curioso cómo siempre había visto a la raza *tygrain* como algo mágico y de otro mundo y, sin embargo, algo como el hecho de un oasis escondido a plena vista en medio del desierto, guardián de la mayor colección de historia de la humanidad, lo había considerado algo... normal.

Sacudió la cabeza, dedicó un último pensamiento al hombre que había dejado dormido en la tienda y se apresuró a alcanzar su meta antes de que el sol se levantase lo suficiente y el espejismo desapareciese para cualquiera que no estuviese ya a los pies del oasis.

Hubiese preferido coger el bendito jeep y dirigirse allí en coche, pero si lo arrancaba, lo más probable era que despertase al tigre, así que le tocaba hacer el camino a pie. Avanzó a buen paso, cubriendo la distancia en el tiempo esperado, el incipiente calor del desierto despertaba ya de su letargo nocturno amenazando

con disecar hasta a las pobres plantas, por suerte, a esas horas de la mañana todavía no se podían hacer huevos fritos sobre las dunas, con lo que estaba a salvo. Llegó al borde del oasis y dejó escapar un aliviado suspiro, había algo en ese lugar, no sabía si era el aroma de las plantas, el conjunto de vegetación, el aire o qué narices, pero siempre la había hecho sentirse mejor, más ligera...

«Necesito que protejas el alma de mi hijo, como ya lo hiciste una vez. Es tu deber proteger ese futuro, como lo fue desde que Ibrahim te nombró la Badra de la Biblioteca hace ya tantas vidas».

Las palabras del señor del desierto se colaron en su mente con la misma claridad que las había escuchado anoche, pero ahora, a la luz de un nuevo día, estas poseían una dimensión mucho mayor y más increíble.

—No, ni lo pienses, Jasmine, o la cabeza empezará a darte vueltas como la de la niña de *El Exorcista*.

Atravesó el sendero que se iniciaba en el desierto, recorría parte del oasis y desembocaba en la entrada del edificio levantado por sus ancestros. El estar allí, ante ese enorme dintel de piedra, era siempre aterrador y único, hacía que te sintieses insignificante ante la magnificencia de los antiguos, ante la cantidad de siglos y de historia que habría visto pasar.

Sacudió la cabeza y avanzó, conocía aquel lugar como la palma de la mano, así que, por lo mismo, supo que alguien más había traspasado el umbral antes que ella. Nada más pasar el dintel, se encontró con el sistema de espejos posicionado de modo que la luz lo inundaba todo. Un par de lámparas eléctricas descansaban así mismo en un lado del pasillo principal, lámparas que ella sabía no había utilizado recientemente.

La iluminación del lugar era arcaica, pero efectiva. Una serie de espejos bien colocados reflejaban la luz del exterior creando una luminosidad interior que bien podía competir con la moderna electricidad.

Retrocedió un par de pasos hasta salir por completo del pasillo y empezó a rastrear la entrada con la mirada. Solo la familia Mukhtar tenía acceso a ese lugar, por lo que pensar que alguien más había dado con su ubicación quedaba

más allá de la improbabilidad. Avanzó con cuidado, pegada a la pared y rodeó la fachada del edificio hasta encontrar lo que estaba buscando.

—Oh, voy a mataros, lo juro —masculló para sí, dejando escapar un aliviado suspiro al reconocer el vehículo que había aparcado a la sombra.

Sacudió la cabeza y se acercó al vehículo, este estaba vacío a excepción de unas latas de gasolina y un par de bolsas que solían utilizar para transportar algunos de los manuscritos que recolectaban alrededor del mundo.

—Vale, está bien, si pasa algo, al menos tendré guardaespaldas.

Sonrió para sí, acarició la puerta con los dedos y estaba a punto de dar media vuelta cuando reparó en algo. Frunció el ceño y se acercó a la puerta del copiloto, se asomó y sintió como el color empezaba a abandonar su rostro cuando reconoció la bolsa de arpillera que había quedado tirada en el suelo del coche como cualquier cosa. La levantó y no pudo evitar que su mirada volase hacia la entrada con absoluta negación.

—No... esto... esto tiene que ser un error...

Aquella era su bolsa, la misma que Sharif había visto como rescataban de las ruinas antes de que estas saltasen por los aires.

Sharif se desperezó, tenía ganas de ronronear y posiblemente se habría permitido hacerlo si su gatita no se hubiese escabullido de la cama con tanta rapidez. Había sido consciente del momento en que había dejado el lecho, tuvo que morderse una risita para no delatarse, especialmente cuando empezó a tropezar dentro de la tienda y terminó maldiciendo a toda la raza humana.

Estaba saciado, su gato estaba tan contento que se habría puesto a hacer cabriolas de estar en forma felina y, en honor a la verdad, él también.

Jasmine había bajado las barreras, su dulzura y entrega lo había desarmado, la pasión que burbujeaba en sus venas equiparaba a la suya y aportaba ese momento picante y divertido a su relación. Era una completa caja de sorpresas y disfrutaba inmensamente descubriendo que cosas guardaba dentro.

Cerró los ojos y extendió sus sentidos, buscándola. Intuía que estaba intentando pagarle con la misma moneda, dándole un oportuno plantón y hacerle probar de su propia medicina. Poco sabía ella que su unión era como un GPS para su gato, cuánto más tiempo pasaran juntos, más fuerte se haría su vínculo. Y Shar estaba deseando pasar mucho más tiempo con ella, toda una vida empezaba a resultar muy apetecible teniéndola como compañera de viaje.

La sintió cerca de la tienda, parecía algo nerviosa, como si hubiese algo que la preocupase y eso despertó su curiosidad natural.

—Bien, puedes salirte con la tuya, Jasmi —murmuró para sí, acomodándose de nuevo, manteniendo la mente abierta para ella y sondeando al mismo tiempo los alrededores hasta quedarse tranquilo—. Disfruta mientras puedas, que luego llegará mi turno.

Sonrió satisfecho, bostezó y cerró los ojos una vez más.

Una vez se traspasaba el umbral de la biblioteca del desierto, era cómo si el tiempo se detuviese, como si entre esas paredes, el reloj dejase de contar los segundos. El pasado era demasiado seductor y Jasmine siempre había tenido debilidad con su seducción.

Apretó los dedos alrededor de la bolsa de arpillera que llevaba en la mano, el corazón le latía a toda velocidad, tronándole en los oídos mientras avanzaba por el largo corredor principal. Una tras otra fue atravesando salas, escuchando el eco de sus pasos a medida que avanzaba, en otro momento se habría detenido a contemplar los mosaicos de las paredes, a recrearse en los altos techos esculpidos en la piedra, pero no hoy, no ahora, no cuando su corazón y su alma rogaban una y otra vez que hubiese una explicación válida para la presencia de esa bolsa en el jeep.

La primera de las grandes salas se abrió por fin ante ella, la sencillez de los previos pasillos cambiaba completamente aquí, pasando a un juego de color y

mosaicos que tenía importantes reminiscencias con la habitación en cuya excavación había estado trabajando. Sus pasos resonaron sobre el suelo alertando al hombre que, de espaldas a ella leía algún antiguo pergamino sobre la gran mesa de piedra que presidía la habitación.

—Bienvenida, ratoncilla.

Su voz resonó, amplificada por la acústica de la estancia, se giró lentamente y la miró con esos ojos que una vez había creído amables y que hoy la miraban de una manera que le provocaba escalofríos.

—Idris.

CAPÍTULO 26

—Bueno, te has tomado tu tiempo, guardiana —la recibió su primo. Su voz estaba lejos de ser la del hombre que conocía. Su tono era acerado, la forma en que la miraba con horrible superioridad.

—Idris, ¿qué significa todo esto? ¿Qué haces aquí?

La manera en que la miraba le daba escalofríos y, a pesar de todo, no podía evitar reconocer en él a uno de los hombres de su vida, alguien a quien quería como a un hermano.

—¿Qué hago aquí? —repitió su pregunta—. Nada más y nada menos que pasearme por lo que en otra hora fue mi hogar.

Su mirada vagó por las paredes con una nostalgia que no tenía razón de ser. Él nunca había pasado demasiado tiempo en la biblioteca, decía que no se sentía a gusto, que era demasiado viejo para él.

—Es curioso cómo hay cosas que nunca cambian a pesar del tiempo transcurrido. —Siguió hablando más para él que para ella, a juzgar por la forma en la que casi susurraba—. Este lugar sigue igual a cómo fue en esa otra vida.

¿Otra vida?

—Nunca pensé que podría encontrarme a mí mismo hasta que empecé a venir aquí contigo, para escoltarte. —Sonrió de soslayo—. Todo formaba parte del mismo destino, era cómo tenía que ser. Tú debías traerme de vuelta, mostrarme el camino, descubrirme mi verdadero legado.

Aquel no era su primo, ese no era el Idris que ella conocía. Esa forma de divagar no era sana.

—Y lo hiciste, sí, pero también te has aliado con mis más acérrimos enemigos, no solo eso, te has encamado con uno de ellos —declaró volviéndose hacia ella con renovado odio—. Debí dejar que muriese, pero entonces habría sido demasiado sospechoso. Y tú estabas allí, siempre cerca de él, te olvidaste incluso de tu prometido... Esperaba que muriese a tus manos, que tu ineptitud natural lo matase, pero no, para una vez que tienes que hacer algo, vas y lo haces bien.

Parpadeo con visible incredulidad.

—Estás... Estás loco, has perdido la cabeza por completo. —No pudo callarlo por más tiempo, era la verdad, lo que estaba viendo ante ella.

Se echó a reír, no le afectó en nada lo que acababa de decirle.

—¿Locura? ¿Me acusas de locura, prima? —Chasqueó la lengua—. La locura no es más que un estado transitorio o genialidad en algunos casos, muchos médicos la han diagnosticado a lo largo de los siglos erróneamente.

Sacudió la cabeza, no podía dejar de mirarle, pero tampoco podía

reconocerle por quién había sido para ella.

—¿Cómo llamarías sino al responsable de los atentados que han asolado Bahir en las últimas semanas? ¡Ha muerto gente! —Estalló, temblando de rabia y dolor.

—Es necesario que el pueblo se libere de su yugo, que descubra quién está realmente detrás del nombre Al-Hanak. —Lo escupió—. Una familia que lleva siglos ocupando un trono que no les corresponde, que tiene a nuestra gente oprimida. Sí, ha muerto gente, las bajas son un mal necesario en todas las guerras.

Negó con la cabeza, incrédula ante lo que estaba escuchando.

—Esto... esto no está pasando, tú no puedes estar detrás de toda esa muerte, no, es imposible —Se negaba a creerlo, aún si las pruebas las tenía delante de sí misma—. Eres médico. Nunca buscarías hacer daño a otras personas.

—Y no lo busco —aseguró con total convicción, como si razonase con ella—. Nuestra gente siempre ha estado a salvo, ha estado de nuestro lado. Si ha habido bajas es por los infieles, los que se niegan a aceptar la verdad y ven a los Al-Hanak como sus únicos dirigentes.

—Porque lo son.

Aquello pareció encenderlo.

—¡No! ¡Son usurpadores! —declaró avanzando como una bala de cañón hacia ella, deteniéndose solo cuando estuvieron nariz con nariz—. Han ocupado un lugar que no les corresponde, han usurpado el derecho de nacimiento del primogénito de Bahir. Él, que fue exiliado, que vagó como un paria por el desierto, que vivió entre inferiores solo porque no era como sus otros preciosos hijos, los *tygrain*.

Negó con la cabeza.

—No, estás equivocado. Él decidió marcharse por voluntad propia...

La miró como si estuviese diciendo la falacia más grande del mundo.

—Tú, de entre toda la gente, ¿dices una tontería semejante? —La cogió del brazo, con mano de hierro, lastimándola y prácticamente la arrastró a través de la

sala hasta la mesa en la que no solo había pergaminos y otros documentos, sino también sus libretas de notas—. Tú sabías de su existencia, la descubriste hace tiempo.

Apretó los labios, mirando sus cuadernos, vislumbrando algunas anotaciones que había hecho él aquí y allá.

—No... no es así, esto... esto no es así... —negó y se giró hacia él, soltándose—. Solo hay una línea de sangre real, una línea de la que descienden los *tygrain*. Nosotros, los Mukhtar somos descendientes de Ibrahim y los hijos de su segunda esposa. ¡Somos guardianes de Bahir!

Se echó a reír y su risa le dio escalofríos.

—¿Guardianes? —Se rió aún más, como si aquello le hiciese tremenda gracia—. Tú, la *Bakra* de *Maktabat Alsahra*, la bibliotecaria de todo este conocimiento, eres incapaz de ver la verdad que está ante tus ojos.

La sujetó del pelo, aferrándole la nuca, acercándola a él de manera que no pudiese apartarse y la empujó contra la mesa.

—Aquí están las pruebas, estúpida, míralas bien, las has tenido al alcance de tu mano, las has investigado y solo has podido descifrar una infinitesimal parte. —Le golpeó la cabeza contra la mesa con tal fuerza que, de no haber estado intentando soltarse haciendo palanca, habría podido haberla matado. En cambio, el golpe sí le produjo tal aturdimiento que terminó cayendo al suelo, mareada—. Nosotros, los *Mukhtar*, somos descendientes del primer príncipe Baharí y una de las hijastras de Ibrahim. Una de las hijas de la segunda esposa del nómada con su difunto marido. Nuestro linaje desciende de dos grandes casas. —Señaló los documentos—. ¡Somos los únicos y verdaderos príncipes de Bahir!

—No... no es... cierto —Se llevó una mano a la cabeza y sus dedos notaron sangre a través del pelo—. Eso no es... posible.

«¿*Jasmine*? ¿*Dónde diablos estás?*».

—Sharif... —Respondió de manera automática.

«*En la biblioteca*».

Un seco gruñido atravesó su mente.

«Tú y yo vamos a tener una jodida conversación, profesora, una que no te va a gustar ni un poco».

Las lágrimas resbalaron por sus mejillas, escucharle era un alivio, a pesar de su cabreo.

«Es Idris, él es el responsable de todo. Está... Ha perdido el juicio. Cree que mi familia es la verdadera heredera de Bahir, que somos descendientes del primer príncipe».

—Tu príncipe no es más que un usurpador. —Replicó él, pensando que se estaba justificando al haber pronunciado el nombre del príncipe Al-Hanak—. Hubiese sido mejor que no hubiese salido del accidente, el helicóptero debía haber explotado en el aire.

Lo miró al reparar en sus últimas palabras.

—No. —Negó una vez más—. Tú... tú estabas allí, estabas... nos estaban disparando a todos, tú...

Se encogió de hombros.

—No eran mis hombres —replicó con un chasquido—. Al parecer era el grupo que tu prometido y el principito llevaban tiempo rastreando. Fue un auténtico encuentro fortuito. Si tuviesen mejor puntería, sin duda los hubiesen derribado. Una verdadera pena, tu prometido sería un buen vínculo para nuestra familia. Por medio del matrimonio, habríamos posicionado a una de las más fuertes familias de Bahir de nuestro lado. Una lástima.

«Está bien, gatita, mantente alejada de él. No lo provoques. Estoy cerca».

Apretó los labios al escuchar de nuevo la voz de Sharif.

«No, quédate en la tienda, no lograrás encontrar la entrada».

«Un poco tarde para eso, gatita. ¿De verdad pensabas que no me iba a dar cuenta de que te habías largado de mi cama? He pecado de confiado, pero no volverá a ocurrir otra vez. Si vuelves a escabullirte de esa manera, te ato a la cama».

«El sol hace tiempo que ha salido, no la encontrarás. Vagaras por el desierto y a estas horas... Por favor, no seas imprudente».

«Eres mi compañera, Jasmine, sería capaz de encontrarte y seguirte hasta el puñetero fin del mundo».

«Por favor, Shar, se lo prometí. Le prometí que te mantendría a salvo».

«Jason entendería mi postura ahora mismo».

Sacudió la cabeza mentalmente.

«Anshar, príncipe, me ha visitado el señor del desierto. Él desea que todo esto acabe, sabía que yo soy la única que puede ponerle fin. Si tan solo hubiese sabido antes que Idris era el responsable. No puedo creerlo, no me cabe en la cabeza que mi primo haya causado tanta muerte y destrucción. ¿Con qué clase de monstruo hemos estado conviviendo?».

«Jasmine, eres mía y yo cuidaré eternamente de lo que es mío».

—Pese a todo, todavía está el jefe de los Abdul Wahid, podríamos forjar una alianza con él. —Sus palabras la devolvieron a la conversación—. Está muy bien considerado por la gente, sobre todo después de haber acudido en ayuda de los Al-Hanak durante el ataque al campamento.

La mención de tal masacre la enervó.

—Mis diarios, los... los cogiste tú —masculló entre dientes, luchando contra el dolor en el rostro—. Tú... esa gente... las explosiones... ¡Asesino!

—Estaban expoliando el palacio de nuestro padre real —declaró abriendo los ojos como un lunático—. ¡No tenían derecho a desenterrar nuestro pasado!

Movió la cabeza muy lentamente al tiempo que empezó a reptar hacia atrás, alejándose de él para poner espacio entre ambos e intentar levantarse.

—¿Y tú tenías derecho a hacerlo volar por los aires?

—Nadie tocará lo que me pertenece.

—Eres un maldito asesino.

—Soy un baharí, uno que desciende del primer príncipe del desierto, un líder.

—¿Líder de qué? ¿De un puñado de bárbaros tan carentes de escrúpulos y empatía como tú?

Volvió a ir hacia ella, dispuesto a golpearla de nuevo, pero esta vez estaba

preparada.

—No te acerques a mí. —Lo amenazó con un cuchillo, el mismo que había escondido en la bolsa—. ¡No te atrevas a tocarme otra vez!

Miró el cuchillo y soltó una carcajada, entonces se llevó la mano a la espalda y arrancó una pistola de la cintura.

—¡Tú harás lo que yo diga, estúpida cría! —La apuntó con el arma directo a la cabeza—. Ya me he cansado de tus continuos lloriqueos. Tú, que lo has tenido todo, que eres la querida heredera Mukhtar. Se acabó. Es hora de que hagas algo útil, de que comprendas cuál es tu lugar.

Levantó la barbilla sin dejar de aferrar el cuchillo entre los dedos.

—Soy guardiana y compañera de un príncipe *Tygrain* —declaró con furioso orgullo—. Y soy leal a la única familia real reconocida en Bahir, los Al-Hanak, como lo ha sido mi estirpe desde el principio de los tiempos.

—¡Traidora! —Golpeó su brazo, haciéndole perder el cuchillo y volvió a agarrarla, apretando el cañón del arma contra su sien.

—Tú, tú deberías comprender la enormidad de todo esto, mejor que nadie, tú, que sabes la verdad y te niegas a verla —escupió, manchándola con su saliva—. Pero que se puede esperar de alguien nacido de una perra como la que desposó mi tío. No eres más que una mujer, no eres digna de la sangre que corre por tus venas, no eres digna de ser llamada princesa, pero todavía puedes servir como recordatorio de que no deben subestimarme.

Su rostro adquirió una brutalidad enfermiza, la manera en que apretó los dientes, la ilusión que brillaba en sus ojos la aterró y ese miedo activó la supervivencia impresa en sus genes. Dejó de intentar que la soltase de su férreo agarre en la nuca y levantó las manos y le clavó los dedos y las uñas con saña en la cara, arañándole, ejerciendo toda la presión de la que fue capaz hasta que un culetazo de la pistola contra la mejilla la apartó de un golpe, haciéndola caer.

—¡Putas!

Apenas tuvo tiempo de ver como dirigía el cañón del arma hacia ella y, un segundo después el sonido de un disparo retumbaba de forma atronadora en la

sala.

«¡*Jasmine!*».

Sintió el impacto clavándose en su cuerpo, el dolor surgiendo casi al mismo tiempo que la sorpresa y, duplicándose con el segundo estallido del arma que acabó también sobre ella.

Se llevó la mano al vientre y bajó la mirada para encontrar un charco de sangre tomando forma, empapando la blusa celeste.

—Que el señor del desierto, mi querido padre, te acoja en sus brazos y perdone a una pecadora como tú.

La voz de su primo pareció llegar desde muy lejos, como cada sonido presente en la habitación. El dolor la entumecía, las fuerzas la abandonaban y fue incapaz de moverse, solo podía yacer allí, mirando al macabro ser que una vez había sido como un hermano y que hoy no había dudado un segundo en dispararle.

Un fiero gruñido inundó los pasillos de la biblioteca, elevándose como un repetido eco que precedió la entrada de un enorme tigre de bengala.

«*Shar... ten... cuidado... está... arma...*».

No pudo continuar, el aire empezó a faltarle, el respirar se estaba convirtiendo en una carrera de fondo, una a la que no podía hacer frente. Escuchó voces, rugidos, todo ello entremezclado con nuevos estallidos del arma de fuego, quería mirar, quería asegurarse de que él estaría bien. Intentó responder cada vez que él hablaba, le rogó cuando sintió la rabia y la desesperación de su tigre, pero la oscuridad empezó a caer como una película ante sus ojos, una mortaja heladora parecía envolverla en unos amorosos brazos y, con el conocimiento que solo se adquiere cerca de la muerte, envió a su compañero un susurro.

«*Shar... te... quie...o*».

CAPÍTULO 27

—Engendros, seres antinaturales que os habéis apropiado de algo que no os pertenece. —La demencia de Idris estaba más allá de toda discusión, su alma se había corrompido, su tigre no deseaba otra cosa que acabar con él, especialmente después de ver cómo había atentado contra la vida de su amada.

«Shar... ten... cuidado... está... arma...».

Su voz llegaba apagada a través de su vínculo, podía sentir como su alma se iba apagando poco a poco y aquello lo estaba enloqueciendo. Su tigre quería sangre, quería venganza con tanto ahínco como quería ir hacia su compañera, protegerla.

La envolvió en calidez, diciéndole sin palabras que estaba allí con ella, que no iba a dejarla sola y empezó a rodear a ese maldito, posicionándose de manera protectora entre ella y el arma.

Desnudó los dientes en una clara amenaza. ¿Cómo se atrevía a herir a su compañera?

—La verdadera línea de sangre corre libre de mácula, pura, humana y a la vez inmortal —se jactó—. Habéis mantenido engañado al pueblo, a las tribus que os ven como dioses y os veneran como tal. Pero todavía hay tiempo para hacer que abran los ojos, algunos ya lo han hecho, han visto la verdad.

«Jasmine, háblame. Habla conmigo, gatita».

Su vínculo parecía diluirse, sentía en lo más profundo de su alma que la

estaba perdiendo y la sola idea lo enloquecía.

No hubo respuesta de su parte, apenas si una caricia mental que le provocó más dolor que alivio. Tenía que ir con ella, necesitaba abrazarla, mantenerla junto a él.

—¡Yo soy el verdadero príncipe de Bahir y tú eres un usurpador!

Levantó la pistola con un gesto de absoluto delirio y disparó sin vacilar, el primero de los proyectiles levantó esquirlas allí dónde había estado un segundo antes, el próximo fue un silbido al lado de sus sensibles orejas y el tercero salió disparado hacia el techo cuando su enorme cuerpo felino impactó contra él, derribándolo, yendo deliberadamente a la yugular.

«*Shar... no... no lo mates...*». La voz de su compañera frenó a su tigre en el último momento. «*Tú... tú no eres un asesino... no... no te manches las... manos... con su sangre*».

Rugió en alto, furioso, su mente nublada por el deseo de sangre, de caza de su felino.

«*Merece morir*».

Su tigre expresó su acuerdo en esas palabras.

«*No por tu... mano... por favor, no... por tu mano*».

El enfado que corría por sus venas era tal que rugió en el rostro de aquel maldito y sintió un instantáneo y morboso placer al verle palidecer de absoluto miedo.

«*No vuelvas a acercarte a ella o juro por lo más sagrado que te mataré*».

Envió sus palabras a través del enlace que mantenían los *tygrain* con las primeras familias y vio cómo estas eran recibidas. Retrocedió de mala gana, dejándole ir y le dio la espalda con un golpe de la cola. Tenía que ir a ella, necesitaba llegar a su compañera.

—Estúpido y débil, así sois los Al-Hanak —Escuchó sisear un segundo antes de que un salvaje grito le perforase los oídos y su tigre saltase por sí mismo, girando sobre las patas y abalanzándose a continuación sobre la amenaza que se cernía sobre él con un cuchillo. No pensó, su gato estaba fuera de sí, cerró

las fauces en el brazo, sus dientes actuaron como cuchillas, cortando la carne, los tendones, llegando al hueso y desgarrando de un tirón el miembro. La sangre le salpicó el pelo, le inundó la lengua y los gritos de desesperado dolor le molestaron en los oídos. Escupió con asco su trofeo y rugió, avanzando por cada pequeño retroceso que ese bastardo daba arrastrándose por el suelo, enseñó los dientes y...

«*Shar... te... quie...o*».

El tiempo se detuvo. Sharif nunca experimentó un frío igual, era cómo si su alma se hubiese marchitado de repente, como si la vida le hubiese sido arrancada de las manos dejándolo completamente yermo. Le dio la espalda a su presa y la contempló a través de los ojos de su tigre un segundo antes de que fuesen los suyos los que diesen cuenta de la horrible magnitud de lo que ocurría. Ella yacía boca arriba en un charco de sangre, con el pelo esparcido por el suelo y la cabeza girada hacia un lado. La pose era antinatural, fría, yerma, sin vida.

Se arrastró en continua negación, lo que su alma le decía no podía ser verdad. Se dejó caer de rodillas, empapándose con ese rojo líquido de vida, sin poder respirar, los pulmones totalmente colapsados mientras los ojos se le llenaban de lágrimas y negaba a esa realidad.

—¿Jasmine? ¿Pequeña? —Extendió la mano con cuidado, con miedo, le acarició la mejilla todavía caliente pero supo que ella ya no estaba allí—. ¿Jasmi? No... cariño, por favor, no... no puedes... no puedes irte...

Recogió su cuerpo, un maniquí desmadejado que todavía conservaba el calor de la vida. Agudizó el oído, negándose a perderla, buscando algún pequeño hálito presente en ella y, durante un segundo creyó escuchar el lejano latido de su corazón. Aquello le llevó a buscarla a través de su vínculo con una desesperación nacida de la pérdida, se aferró a él como si fuese un salvavidas, atándolo a su propia vida y apretó el moribundo cuerpo contra él.

—No puedes irte, no todavía —musitó en su pelo, luchando con las lágrimas que caían solas por su rostro, su alma gritando como lo había hecho una vez tanto tiempo atrás—. No quiero vivir esta vida sin ti.

De algún modo lo sabía, sabía lo que era vivir una vida sin ella y no quería volver a experimentarlo. No tenía sentido y, al mismo tiempo, ahora lo tenía todo.

—No puedes abandonarme, compañera, no ahora que nos hemos encontrado de nuevo.

La desesperación lo llevó a rezar, a rogar cómo jamás lo había hecho, echó la cabeza hacia atrás y rugió en dolorosa agonía.

—¡Padre! —Clamó desesperado, su alma gritando, llorando como nunca antes lo había hecho en esta vida—. Padre, por favor, te necesito. No te la lleves, no permitas que me la quiten otra vez. Es tu hija, por favor, ayúdala, por favor...

Sentía que la perdía, que su vida se iba alejando cada vez con mayor rapidez, que no podía retenerla.

—Perdóname, Jasmine, perdóname por no haberte buscado antes, por no haberte reconocido cuando eras una niña, por no haber podido amarte en esta vida con la misma intensidad que en la otra. Te he estado esperando eternamente aún sin saberlo y ahora, ahora que te encuentro, te voy a perder. No, me niego. Si te vas, me iré contigo. No te irás sola, compañera, mi alma se irá contigo y te abrigará cuando tengas frío, te consolará cuando te sientas sola, será tuya y solo tuya, pues es por ti que he nacido otra vez, solo para encontrarte.

La acurrucó en su regazo, besándole la cabeza, llorando por ella como un niño.

—Te quiero, mi princesa, te querré en cada una de las vidas en las que volvamos a encontrarnos. Te lo prometo, Jasmine, te lo prometo.

«Hijo mío».

La voz resonó tanto en su mente como en la sala haciendo que Sharif levantase la mirada y se encontrase con la de él, allí de pie, como esa vez que se había acercado a él en las ruinas, que lo había visto sin saber realmente quién era en verdad.

—Ashar. —Tragó, pronunciando su nombre, reconociéndole de nuevo como no lo había hecho en mucho tiempo—. Por favor, padre. No te la lleves, no

me la quites.

El recién llegado caminó hasta ellos y, como un niño que teme que le quiten lo más preciado, reaccionó abrazando aún más apretadamente a su moribunda compañera.

—Por favor, llévame a mí si es preciso, si uno de los dos tiene que irse contigo, llévame a mí —aseguró totalmente desesperado—. Ella tiene toda una vida por delante, un futuro que disfrutar. No se la arrebates, te lo ruego.

El hombre era una versión más adulta de él mismo, las diferencias eran mínimas, si bien estaban ahí. En cierto modo tenía algo de los tres hermanos, era el primer eslabón de una raza que había nacido de su sangre. Lo vio extender la mano y notó su peso sobre el hombro.

—Ningún hijo mío, *tygrain* o humano, dios o inmortal, perderá jamás esa parte de sí mismos que los une a la vida y a la eternidad. —Aquellas palabras no eran nuevas, su mente las reconocía, como lo hacía su alma, pues habían sido pronunciadas muchas vidas antes—. Padeciste las injusticias del destino, fuiste un *tygrain* atrapado en un cuerpo humano. Pero eso nunca te hizo dejar de creer, no te rendiste y la encontraste, tal y como debía suceder porque ella estaba ahí para ti, siempre lo estará sin importar que vida te toque vivir.

Su mano vagó entonces hasta su rostro y le borró las lágrimas con los dedos, mirándolas como si fuese algo que no concibiese en una persona.

—Pero esa fue otra vida, una que debes olvidar pues el destino ha querido premiarte devolviéndote todo lo que te quitó —declaró volviendo a mirarle a los ojos—. Ahora tu alma es eternamente *tygrain*.

—¿De qué sirve un alma eterna si no tienes con quién compartirla? —murmuró aferrándose más a ella—. No la quiero, si no está Jasmine junto a mí, no la quiero.

Esos ojos tan parecidos a los suyos se entrecerraron ligeramente.

—¿Estarías entonces dispuesto a dividirla, a seccionarla y entregarle una parte a ella, príncipe del desierto?

—Se la daría entera si con ello vive.

—Perder tu alma es condenarla a ella a vivir una vida sin ti.

Negó con la cabeza y bajó la mirada sobre el cuerpo al que se le agotaba el tiempo.

—He sido la única causa de su sufrimiento aun cuando ni siquiera sabía de su existencia —murmuró—. Por mí, ella ha padecido. Ha sido herida por mis propias heridas, ha sido abandonada por aquellos que debimos estar a su lado para cuidarla, se muere porque prefirió arriesgar su vida antes de disponer de la mía. No es justo que ella pague por mis faltas.

—No, no lo es y no pagaré por ellas. —Sus palabras lo calmaron, aún si su corazón y su alma seguía gritando—. Has perdido ya una vida, Sharif, pero ella ha decidido darte una nueva al retener tu alma incluso antes de que tú reclamases la suya. Devuélvele el favor, guíala en esta nueva vida y camina a su lado por toda la eternidad.

Sus labios empezaron a curvarse hacia arriba, formando una sonrisa auténtica, una que nunca le había visto, ni en esta ni en otra vida.

—Os quiero, hijo, os quiero a todos y cada uno de mis descendientes por igual, nunca lo olvides.

Con eso, depositó un tierno beso en la frente de su compañera y, como si de una descarga eléctrica se tratase, su cuerpo se arqueó y sus labios se abrieron en busca de un desesperado jadeo en busca de aire; la primera bocanada de una nueva vida.

—Cuida de ella, Sharif, cuidaos mutuamente.

Inclinó la cabeza y desapareció delante de sus ojos.

—¿Sha... Shar?

El susurro de su nombre hizo que mirase inmediatamente hacia abajo, encontrándose con los ojos azules de Jasmine clavados en él.

—Sí, amor, soy yo, eternamente —murmuró bajando sobre su rostro, besándola en la frente—. Todo está bien, te tengo.

—¿Qué...? ¿Qué ha...? ¿Qué ha pasad...?

Negó con la cabeza, la besó en la frente y se levantó con ella del suelo.

—Que he perdido alguna de mis siete vidas, posiblemente me haya salido alguna cana y... bueno, nada de eso tiene realmente importancia ahora mismo.

—¿Estoy muerta?

—¿Te parece que estás muerta?

Ella bajó la mirada sobre sí misma y se tensó en sus brazos.

—Me dispararon.

—Sí.

—Yo... creo que morí, en algún momento yo... no podía alcanzarte y...

—Shh —Apoyó la frente contra la suya—. Tú estás aquí, yo estoy aquí y eso hace que seamos dos con una larga vida por delante.

Ella inspiró profundamente y volvió a dejar escapar el aire antes de rodearle con los brazos y enterrar el rostro en su cuello.

—Pensé que no volvería a verte, que te perdía... —Notó sus lágrimas y el suave y silencioso llanto que ya no podía seguir conteniendo—. Él. Fue él, Sharif, todo este tiempo, siempre fue él. Ha perdido la cabeza por completo, mató a toda esa gente, hizo que lo creyesen, que lo siguiesen... ¿Por qué? ¿Por qué no me di cuenta antes? ¿Por qué nadie lo notó?

—Shh —Le cubrió la cabeza con la mano, manteniendo su rostro contra su cuello mientras la llevaba en brazos. Tenía que sacarla de allí, no deseaba que viese lo que había hecho su felino—. Ya ha acabado todo, pequeña.

Intentó apartarse, levantar el rostro, pero no se lo permitió.

—No lo hagas, Jasmine.

—¿Está muerto?

Apretó los dientes y negó con la cabeza.

—No.

Ella asintió.

—No quiero que su sangre manche tus manos —aceptó en un susurro.

—Casi te mata. —Y aquello era lo que más lo enfurecía, el no haber podido acabar con él. De hecho, el malnacido debía seguir vivo, probablemente desangrándose en esos momentos, pero con el suficiente ánimo cómo para

abandonar el lugar, a juzgar por su ausencia en la sala y el rastro de sangre que conducía al pasillo.

—Tú me has salvado, todo está bien.

No, no lo estaba, ni por asomo, pero no iba a preocuparla ahora con minucias.

—Está herido, lo suficiente como para que encuentre la muerte antes o después —confesó, no quería ocultarle nada si podía evitarlo—. He alertado ahora mismo a las tribus, si abandona este lugar, le darán caza y, reclamaran justicia.

Volvió a hundir el rostro en su cuello, buscando su calor.

—Todo esto ha ocurrido por mi culpa —musitó—. Fueron mis notas, mis investigaciones... Él, lo confundió todo, no sé... no sé cómo llegó a esa equivocada conclusión, pero... Si yo no hubiese...

Le giró el rostro, le levantó la barbilla y la miró.

—Nadie que haya cometido las atrocidades que ha cometido él, merece siquiera un solo pensamiento de tu parte y, mucho menos que te culpes por algo de lo que no eres responsable —le aseguró con absoluta convicción—. Su locura es la única culpable de lo ocurrido y él, el único responsable.

—¿Qué voy a hacer ahora? —Sacudió la cabeza—. Mi padre... esto le destrozará. Y Thomas, dios mío, su propio hermano... ¿Cómo voy a decírselo? ¿Cómo van a creer que algo así... que él ha podido?

—Lo has visto con tus propios ojos, lo has experimentado en tu propia carne, yo estoy de testigo, mi guardiana, no hay poder en el maldito universo que se atreva a negar lo que hemos presenciado hoy aquí —le aseguró con vehemencia—. Lo que haya que hacer, lo haremos juntos. No voy a dejarte, Jasmine, ni siquiera cuando vayas al baño. No después de lo que acabo de pasar. Ni hablar, necesitaré al menos todo un año pegado a ti para recuperarme de esto.

—Eso es mucho tiempo.

—Solo es un grano de arena en el basto desierto de nuestra eternidad, compañera, ve haciéndote a la idea, porque ese es exactamente el tiempo que

voy a pasar amándote.

Sus palabras trajeron de nuevo lágrimas a sus ojos.

—Te quiero —musitó—. Te he querido desde... antes de que supiese que existías.

—Te quise en un pasado que está difuso en mi mente, estoy aprendiendo a amarte en un presente que ya no concibo sin ti y te amaré el resto de mi vida, como si cada instante contigo fuese el primero y el último.

—¿Me lo prometes, *compañero*?

Esa dulce y pequeña concesión, reconociéndolo como suyo, lo enterneció.

—Sí, *compañera*, te lo prometo.

Con eso la apretó contra él, abrazándola, saboreando no solo su presencia, su nueva vida, sino el amor que cada vez se hacía más grande en su pecho y que pronto lo inundaría por completo.

Mientras ella siguiese estando a su lado, no necesitaba nada más.

CAPÍTULO 28

Tres meses después...

Oasis Abdel Haqq

Bahir.

—¿Estás bien?

Jasmine sonrió cuando notó los labios de su amante en el cuello, sus brazos rodeándola, pegando la delicada y casi transparente tela de la túnica contra su cuerpo.

—Lo estoy —aceptó, le rodeó la nuca con la palma y se inclinó para que pudiese encontrar sus labios—. Gracias por traerme aquí.

—Ambos somos un par de nómadas, el desierto es capaz de calmar nuestras almas cuando nada más lo hace —murmuró tras su beso—. Es el lugar del que procedemos, en el que nació nuestro pasado y dónde lo hará nuestro futuro.

Descansó su peso sobre él, bajó los brazos y rodeó los suyos, duplicando el abrazo.

—He terminado de traducir el diario —murmuró, jugando distraída con las cuentas de la pulsera, la cual ahora llevaba una fila más, una de ámbar que ella le había regalado la noche anterior.

La besó tras la oreja.

—Creí que habíamos llegado a un acuerdo sobre lo que hay ahí escrito.

Sonrió y dejó escapar un suspiro. Sharif le había pedido que abandonase la traducción, ambos sabían perfectamente cuál había sido el final de aquella historia y con eso era suficiente. Después de todo lo ocurrido en los últimos tres meses, habían optado por mantener su reencuentro con Anshar en secreto, tenían en su mesa suficientes cosas de las que encargarse cómo para ponerse a explicar el porqué de la aparición del padre de la raza y los secretos que se habían revelado.

—Nadie va a leerlo, alteza, dejaré que quemes mis anotaciones y los diarios, si ese es tu deseo, en esa deliciosa fogata que veo frente a la tienda.

La besó en el cuello, haciéndola sonreír.

—Pero sí hay un par de pasajes que me gustaría que leyese antes de despedirnos para siempre del pasado.

Resopló, pero lo hizo con tal desgana que sabía que estaba fingiendo.

—De acuerdo, lo haré —aceptó apoyando la barbilla en su coronilla—. ¿Has conseguido localizar a Thomas?

La pregunta era una que se había oído en boca de distintas personas a lo largo de ese último mes. Su primo, al igual que su padre, habían acusado la muerte de Idris y su participación como cabecilla de los atentados de Bahir con profunda tristeza. A su padre le había costado aceptar que el hombre al que había querido como a un hijo, a quién había llegado a criar tras la muerte de sus padres, se había convertido en un fanático y había roto el juramento más sagrado de los Mukhtar. Thomas, por su parte, no se había sorprendido tanto, de hecho, su reacción había sido la de alguien cuyas sospechas se habían hecho realidad. El dolor en su rostro ante la traición, la pena ante la pérdida y la impotencia de no saber si hubiese podido hacer algo que lo cambiase todo.

—Sí, hablé con él esta mañana —respondió a su pregunta—. Me llamó él, de hecho, desde algún lugar de la India. Quería desearme felicidad, recordarme que siempre que necesitase un hermano, todavía podría contar con él y que, si tú me hacías llorar, te recordase que la piel de un tigre puede hacer una preciosa y calentita alfombra para mi habitación.

—Estoy empezando a coleccionar amenazas como regalos de boda —se quejó él—. Primero Alí, ahora Thomas... ¿Quién será el próximo?

Sonrió y ladeó la cabeza para besarle en la mejilla.

—No te preocupes, mi príncipe, yo te protegeré.

Le devolvió el beso y continuó abrazándola mientras contemplaban la maravillosa puesta de sol que teñía el desierto de varios colores.

—Ha decidido alejarse para poner en orden sus pensamientos, creo que, de alguna forma, no se perdona por lo que le ocurrió a Idris —continuó en voz baja, triste—. Conozco a Thomas, puede que le lleve algún tiempo encontrarse de nuevo a sí mismo, pero lo hará. Cuando sienta que su alma vuelve a estar en paz, volverá a la familia.

Sin duda, el horror y el terror que había sembrado, las vidas que había

arrebatado, serían una cicatriz permanente en Bahir y en sus gentes. Los atentados habían sido un duro golpe contra la seguridad y la paz de un país acostumbrado a vivir hasta el momento lejos de conflictos armados de cualquier tipo. Esto era como estallar la burbuja, los periódicos y los medios de comunicación habían empezado a sacar encuestas que hablaban de un cambio de mentalidad en los ciudadanos, que evidenciaba su preocupación por que las guerras que azotaban oriente medio terminasen llegando a sus puertas. Aquellas eran cosas en la que los dirigentes del país tendrían que trabajar a partir de ahora y ya habían empezado a hacerlo con la reconstrucción de las áreas destruidas, mostrando a su gente que nada atentaría contra la libertad del pueblo, que nadie los sometería con el terror.

Ciertamente ayudaba el que los medios se hubiesen hecho eco sobre el golpe que las fuerzas de seguridad Baharí habían dado a los supuestos terroristas y que las tribus nómadas hubiesen hecho una declaración conjunta en la que anunciaban una duradera alianza para hacer frente a los ataques que quisieran perpetrar contra su propio pueblo.

Si bien todavía se especulaba con quién era realmente el cerebro del movimiento y qué había pasado con él, las detenciones de algunos personajes importantes dentro de la cúpula administrativa del país, así como de empresarios conocidos y otros subalternos relacionados con la causa, había apaciguado la opinión pública.

No dejaba de sorprenderle la cantidad de gente que había aparecido relacionada con los planes de Idris, las promesas que había hecho eran del todo absurdas y basadas en la obtención de poder y riquezas. Lo que había pensado era algo reducido, algo personal, se había convertido en una compleja trama que llevaba años fraguándose y de la que posiblemente todavía quedase alguna ramificación sin encontrar.

—En cuanto a Alí, no deberías quejarte, alteza, no creas que no vi cómo te brillaban los ojos cuando te regaló ese precioso semental. —Lo acusó entre risitas, entonces se aclaró la voz y lo imitó—. «*Oh, sí cariño. ¿Quién es la cosa*

bonita de papá? ¿Quién lo es?». De veras, Shar, no sé si querías casarte con la yegua o conmigo.

Lo escuchó bufar, pero a juzgar por los temblores de su cuerpo contra el suyo, se estaba riendo.

—Tú tampoco le hiciste ascos a esa ostentosa joya que te regaló a ti — replicó, mordiéndole el lóbulo de la oreja a propósito—. De hecho, la llevas puesta.

Se llevó la mano al cuello y tocó el intrincado diseño de la hermosa joyería baharí confeccionada en *granate demantoide* y oro.

—Tú me pediste que la llevase, señor esposo.

—Um, me gusta cómo suena eso.

Sí, también a ella, aunque los preparativos para la boda la habían vuelto tan loca que había estado a punto de salir corriendo una semana antes del enlace. De no ser por Sarah, habría atravesado la puerta de palacio y se habría encerrado en la biblioteca para no volver a salir nunca más.

—¿Crees que Jason estará conforme?

—Creo que mi hermano se ha estado riendo de lo lindo desde que descubrí que eras mi compañera, posiblemente haya rodado por el suelo con mis patéticos intentos por conquistarte y convencerte de que yo era el único para ti.

—Es curioso cómo juega el destino, como entreteje los caminos de modo que aquellos que están destinados a encontrarse lo hagan —murmuró disfrutando de aquellos momentos en soledad después de un día tan ajetreado—. Da igual lo mucho que corras o en qué dirección lo hagas, al final, si es tu destino, llegarás al lugar que está marcado para ti.

Y aquello había ocurrido también con Idris. Él había encontrado su propio destino en el desierto, así como la muerte. Después de lo ocurrido en la biblioteca, había escapado a pie, internándose en el basto mar de arena, dejando un reguero de sangre tras su estela. Tal y como Sharif le había dicho entonces, las tribus habían sido puestas sobre aviso sobre quién era el responsable y, siguiendo su propio código, habían tomado en sus manos la arcaica justicia por

la que se regían. Jasmine se había negado a escuchar los detalles, solo sabía que cada uno de los jefes de las siete tribus había obtenido justicia y que estas habían sido curadas del insidioso cáncer con el que habían estado conviviendo sin saberlo desde hacía demasiado tiempo.

Esa misma mañana habían recibido también un regalo de bodas conjunto de la nueva alianza tribal, una enorme y maravillosa alfombra baharí tejida a mano, la misma que ahora protegía el suelo de la tienda beduina que había sido instalada en aquella zona del oasis Abdel Haqq y en dónde los recién desposados pasarían su noche de bodas como mandaba la tradición.

—El nuestro nos ha traído hasta aquí, hasta este momento y estoy agradecido por ello —le susurró él al oído, apretándola con suavidad—. Ahora, si aspiras a que lea algo, será mejor que lo traigas, porque de lo contrario, ese cuaderno tuyo y los diarios van a alimentar el fuego mientras yo disfruto recorriendo el cuerpo de mi esposa.

Se zafó de sus brazos con una risita, se giró hacia él y lo amonestó con un dedo.

—Todo lo bueno se hace esperar, mi señor.

—He estado esperándote toda una eternidad, amor mío, ¿no te parece suficiente?

—Sí, lo ha sido —aceptó volviendo a él, pegando su cuerpo al de él mientras le rodeaba el cuello con los brazos y notaba sus manos ciñéndose a su cintura—. Pero aquí estoy y soy toda tuya.

—Te quiero, mi dulce Jasmine.

Sonrió, viendo el amor presente en esos bonitos ojos azules.

—Y yo a ti, eternamente, *tygrain*.

Se puso de puntillas alcanzando sus labios y, en el momento en se encontraron con los suyos, todo lo demás, debió esperar.

EPÍLOGO

Sharif acarició el pelo negro de su esposa, la sábana había resbalado de su cuerpo desnudo, dejando a la vista las intrincadas figuras de hena que adornaban su piel. Ambos habían pasado una buena cantidad de tiempo jugando en ese patio, sobre todo él, que había encontrado una nueva diversión recorriendo las líneas sobre su piel con la lengua. Sonrió para sí, le acarició la mejilla con el dorso de los dedos y se levantó, abandonando la cama matrimonial para cumplir la última de sus promesas.

Se envolvió con una túnica y cogió el cuaderno de notas y el diario de encima de la mesa auxiliar, echó un último vistazo a la cama y apartó la cortina. Las estrellas cuajaban el cielo, tímidas ante la brillante luz de la luna llena que hoy iluminaba las milenarias arenas del desierto. Caminó hacia el fuego y lo atizó, despertando los rescoldos y convirtiéndolos en llamas, antes de alimentarlo y sentarse cómodamente con las piernas cruzadas.

Abrió el libro por el lugar que le había dejado marcado Jasmine y leyó, por última vez el fragmento de aquella vida pasada en la que ambos se habían amado por primera vez.

«Supe que la encontraría incluso antes de oír su voz, de sentir su aroma, de verla con los ojos de mi alma. El destino es azaroso incluso para los hijos de

los dioses, incluso para aquellos que vivimos entre dos mundos sin pertenecer realmente a ninguno. A todos y cada uno de nosotros nos tiene reservada una tarea, un camino, una meta de la que difícilmente podemos escapar. Y ella era la mía. Una hembra humana, un alma afín que deseaba repudiar, ahorrarle mi propia maldición y vergüenza y de la que sin embargo, jamás pude alejarme.

Su voz era como un arrullo en mis oídos, su aroma despertaba mi hambre y hacía que quisiera ser lo que ella tan humildemente solicitaba, lo que sus ojos me rogaban, merecedor del alma tan pura que parecía reclamar la mía.

Sin conocer todavía el motivo me encontré respondiendo a su presencia, deseando ser el único que la salvara, el único por el que ella respirara y, lo que empezó como puro egoísmo y una necesidad de tener algo solo para mí, algo que no me pudiese ser arrebatado, sentó las bases de lo que sería mi vida a partir de entonces.

Ella resultó ser cualquier cosa menos insignificante, no a mis ojos, ni a mis oídos, en un parpadeó lo fue todo para mí y por primera vez en mi vacía existencia supe lo que era estar completo.

Ese primer encuentro me pareció más largo que toda la eternidad y el siguiente transcurrió tan rápido que apenas me di cuenta de nada que no fuese mi alma gemela. Fui a ella lleno de miedo y de incertidumbre, me mostré tal cual era y sus ojos me abrieron las puertas de algo que hasta entonces no había experimentado; el amor.

Fueron sus manos las que templaron a la bestia oculta en mi ser, la que dotaron de humanidad mis frustrados anhelos, me dio una vida que me permitió compartir a su lado, me aportó tanta riqueza que con solo respirar su esencia podría vivir eternamente. Fue luz dónde yo sólo era oscuridad, me mostró lo que significaba pertenecer a alguien, ser todo para ese ser y el regalo que yo podía hacerle, lo que ambos podríamos poseer.

Conocí esa dicha que experimentaron mis padres antes que yo, comprendí lo que siempre había ignorado, amé y fui amado por ella y al fin encontré el lugar que siempre había buscado, aquel que estaba en mí y que nunca supe ver.

Soy Arif, primer hijo de Anshar y Sahira, hermano de Khaled y Zahira y primer guardián de la estirpe Tygrain.

Cogió la página que acababa de leer entre sus dedos, sonrió y la acercó a las llamas, dejando que el fuego se llevase los recuerdos del pasado y dejase en su lugar el brillante y ansiado presente.

—Si las quemas de una en una, vas a pasarte toda la noche aquí, Shar. — Los brazos de su esposa lo rodearon, sintió sus pechos desnudos contra la espalda y no pudo evitar responder con un ronroneo—. Lanza todo el pasado al fuego y vuelve a la cama conmigo, tigre, creo que empieza a picarme de nuevo la marca que dejaste en mi piel.

—Um... no podemos dejar que eso suceda, ¿verdad?

Dejó que los pergaminos cayesen sobre las avivadas llamas, seguido del cuaderno con las transcripciones y tomó la mano que le ofrecía su compañera, siguiéndola como un hombre enamorado hacia la promesa del más caliente de los edenes.

FIN

SOBRE LA SERIE AL-HANAK

El *Sultanato de Bahir* es un país ficticio situado entre los *Emiratos Árabes* y el *Sultanato de Omán*, su cultura y tradiciones son una mezcla de las hindúes y musulmanas «*adaptadas*» a los propósitos de mi historia y, como tales, difieren en algunos aspectos de su verdadera esencia.

Recordar que esta es una «obra de ficción» y, como tal, he optado por crear un país y una cultura que recoge pequeños guiños que se alejan de las costumbres «*reales*» de las distintas etnias aquí reflejadas.

Espero que os hayáis enamorado de los príncipes *tygrain* y de su peculiar forma de ver la vida y de sus propias costumbres.

Nos vemos en la próxima entrega de **Lover Tygrain Al-Hanak**.

Kelly Dreams

^[1] El señor del desierto en árabe.

^[2] Hermanita en árabe.

[3] *Biblioteca del desierto* en árabe.

[4] Luna de Sangre

[5] *Compañera* en árabe.